

# María Luisa Bombal

## OBRAS COMPLETAS

TOMO 2

La amortajada  
Testimonio autobiográfico  
El árbol... y otros escritos

NOVELA | VOLUMEN DOBLE



Lectulandia



Este segundo tomo además de sus aclamadas novelas trae una selección de cartas y entrevistas que hablan sobre la vida íntima y pública de la autora.

**Lectulandia**

María Luisa Bombal

# **Obras completas, Tomo 2**

ePub r1.0  
Titivillus 04.11.17

María Luisa Bombal, 2005  
Compilador: Lucía Guerra Torres

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Testimonio Autobiográfico

---

Nací el 8 de junio de 1910. El primer cónsul alemán en Santiago fue mi bisabuelo y su apellido era Precht. De modo que, por mi madre, venimos de los alemanes de Valparaíso que después, como tú sabes, se fueron a Viña del Mar. Mis ancestros eran hugonotes franceses que emigraron a Alsacia y el tipo que mató a Chejov era pariente nuestro... Amado Alonso siempre me hacía bromas respecto a esto y yo le contestaba «¡Pero qué culpa tengo yo!»... Por el lado de mi padre, los Bombal llegaron a Chile huyendo de la dictadura de Rosas... Muchos años después me impactó la dictadura de Rosas, pero, en la niñez, las historias de su crueldad eran una leyenda para mí (canta) «¡Vamos a aunarnos / nos traicionó / y en la victoria / se quedó».

Nací en el Paseo Monterrey, era precioso, ¡lindo!, todo cubierto de madreselvas, los señores se paseaban conversando y veíamos el mar y los barcos que pasaban... ¡Viña era una maravilla!... El otro día, hace como un año, fui y casi me desmayé de asco, todavía está la casa de mi niñez, pero todo pavimentado, con los autos allá arriba y una estación de servicio en la esquina donde vivían los Segnoret. En esa época, Viña *era* la ciudad jardín, ahora le llaman la ciudad jardín, pero están muy equivocados. Claro que yo no puedo decirlo porque me llaman antipatriota... ¡Ya lo han dicho bastante! Los niños íbamos todos los días a jugar a la playa, como paseo de familia... El Neno Dittborn, Eugenio, era precioso. Una vez lo robamos con mis hermanas y lo escondimos en nuestra casa porque hablaba tan lindo. Nosotros hacíamos castillos de arena y el Neno hablaba, los inauguraba, por eso lo adorábamos... él era más chico que nosotros, debe haber tenido unos cinco años cuando lo robamos, pero lo increíble es que ya adulto todavía se acordaba... ¡Fue una época feliz!

Como a los ocho años, escribí mis primeros poemas que eran muy malos. A la luna, a un canario y unos versos que elogiaban los copihues blancos. Cuando se lo mostré a mi tío Roberto, él dijo: «Ay, esta niñita ¿por qué no escribe sobre los copihues colorados? ¡Qué lata! ¡Copihues blancos! ¡Qué tontería! ¡Qué desabrido!», pero, para mí, hasta ahora, los copihues blancos y la lluvia son la verdadera acogida del sur... Mi padre murió cuando yo tenía nueve años, era su hija predilecta y un tío decía que, si al retrato de mi padre le sacábamos el bigote, era igual a mí. Mi madre nos leía los cuentos de Andersen y de Grimm, los traducía directamente del alemán. Nosotros nos sentábamos y ella nos leía de ediciones alemanas, así que crecimos leyendo todo lo nórdico, todo lo alemán, desde chiquitas... más que lo chileno, todo lo nórdico. De modo que nos educamos dentro de esa línea. En *Washington, ciudad de las ardillas*, cuento que mi madre nos enseñó que todos los sapos son príncipes y llevan una corona en la cabeza y que, debajo de algunos caracoles, a veces se puede

encontrar una sirenita llorando... (permanece en un silencio melancólico). Todo eso viene de los cuentos de Andersen y Grimm que nos leía mi madre, después en Estados Unidos, conocí a los descendientes de Grimm... Además, como nos educamos en colegios franceses, también conocíamos lo francés. En Viña, las Monjas Francesas y, después, cuando nos fuimos a Francia, en el Colegio Notre-Dame de l'Assomption, que era un colegio archicatólico, ¡dos misas por la mañana!... Ahora, al llegar a Francia, no sufrimos ninguna sensación de desajuste porque era tan bueno este colegio de las Monjas Francesas que no teníamos ni acento. Nos tomaban por francesas, siempre francesas. Pero nosotros manteníamos el castellano en la casa y además en la escuela, que era un internado, había muchas alumnas españolas de familias aristocráticas.

Un libro que me impresionó mucho, yo creo que es el único que me ha inspirado profundamente, lo habré leído a los catorce años porque me lo dio mi primo Antonio Bombal que era muy poeta, muy escritor, pero nunca publicó nada, es *Victoria*, de Knut Hamsun, noruego. Eso sí que me ha inspirado toda la vida, creo que fue la base. Si yo tengo alguna influencia fue eso, claro que después lo he releído y lo encuentro mucho más materialista que yo, *matter of fact*. Me impactó tanto porque es la historia de un desencuentro, ellos dos nacieron para amarse, pero, por la situación social, nunca se dicen nada. Como te digo, después lo he vuelto a leer y me parece que es más realista de lo que yo pensaba en esa época. También me impresionó mucho *María*, de Jorge Isaacs (empieza a reír divertida), ¡qué romántico!, ¡con qué amor se miraban! y cuando el pobre Efraín supo de la muerte de María...

¡Ah! Se me había olvidado contarte que de niña en Chile pasaba mis vacaciones en Malleco, en el fundo de los Möller, ¡era tan lindo!, también a los ocho años empecé a estudiar violín con Paco Moreno, quien decía que yo tenía muy buen arco, pero me pilló que tocaba de memoria porque la cabeza nunca me dio para la música, igual que Brígida en *El árbol*. Después ya no estudié más violín, o era la literatura o la música, no se pueden hacer las dos cosas.

A los diecisiete años, escribí una tragedia de amor y se la mostré a Ricardo Güiraldes, que era muy amigo de mi familia y él, desde entonces, me empezó a llamar «colega», ¡imagínate! Algo increíble es que en esos años en París, yo iba a la misma iglesia a la que iba quien fue mi marido con sus hijos, que tienen la edad mía... Y, a los dieciocho, entré a la Sorbona donde obtuve un certificado de literatura francesa. Prosper Mérimée me encantaba con su lógica y escribí acerca de su obra para obtener el certificado que me daba derecho a ser profesora de literatura francesa. Yo quería seguir con la literatura hispánica, pero, para eso, debía ingresar al programa de literatura comparada y ahí exigían el latín... ¡qué lata!... ¡el latín me pareció insoportable! y por eso no soy licenciada en Letras. Ya en el liceo leí a Pascal que también es muy lógico, y cuando yo era joven, ¡era muy lógica!... Fui gran lectora de Paul Valéry, aunque ahora hace años que no lo he leído... A Baudelaire y Verlaine sí que los leo siempre, esa música como que me alivia.

... Y leí también a Rimbaud. A mí me comparan con Rimbaud y yo me siento halagadísima, pero me comparan en la parte mala (ríe), porque Rimbaud escribió y después ¡plaaaf! desapareció; se hizo comerciante el pobrecito... el niño se desapareció, se metió en la marina mercante y de ahí no salió más... ¡un chispazo y fuera!

En la Sorbona, mi profesor Ferdinand Strowski nos hizo escribir un cuento a la manera de Perrault y yo escribí un cuento muy misterioso. Se trataba de un hombre con un sentido alegre de la vida que llegaba silbando a una habitación. Y así estaba, muy contento, cuando empezaba a sentir la presencia de alguien detrás de una cortina, presentía a alguien. Entonces él le hablaba, pero no podía nunca ver a esa presencia que él amaba... «¿Por qué es usted tan trágica?», me preguntó Strowski cuando me entregó el primer premio. No le contesté nada, pero era la imaginación que se adelantaba a lo que yo era.

Cuando uno es joven le atrae lo trágico, ahora tengo una pena inmensa, pero quiero apartarme de lo trágico; es bastante trágico ya no saber qué le va a pasar a uno, qué es lo que va a venir. Yo tengo bastante fe, pero me da mucho susto... cuando uno no ha sufrido la tragedia, uno se queda admirada como ante una maravilla, igual que en la Biblia. Uno siente que hay algo superior, cualquier personaje es trágico para bien o para mal. La tragedia es un desafío a Dios, hay una comunicación con algo superior que castiga o recompensa. Hay como un mensaje del otro mundo, del más allá. La Margarita de Goethe a mí me producía una profunda tristeza, pero ella no es trágica, sufre un drama romántico, yo diría. El desafío está en Fausto, Margarita me inspira tristeza, es drama del corazón, pero no terror, como la música de Wagner. Thomas Mann me latea, demasiado concepto y teoría sobre las personas. Me lo he leído todo, pero me latea, lo encuentro aburrido. En *La montaña mágica*, los personajes son todos inventados para que discutan... En cambio la tragedia, ese desafío a Dios me sobrecoge... La religión ha jugado un papel importante en mi vida, aunque he estado muchos años peleada con Él; y así me castigó no más. Pero yo estaba amargada y después, Él se puso más generoso conmigo...

En París, también estudié arte dramático con Charles Dullin, lo hacía escondida. Mi mamá se vino y yo me quedé en París con mis tíos, vivía en un pensionado, pero pasaba los fines de semana y las vacaciones con ellos. Tú comprendes que en esa época meterse al teatro era de lo peor... Entonces, Dullin utilizaba a sus alumnos de la escuela para salir a escena y hacer papelitos menores, por ejemplo, entrar y decir «La comida está servida» (tono teatral) ¿comprendes tú? (ríe) *El hijo de don Quijote* se llamaba la pieza, todavía me acuerdo del nombre, entonces yo vestida pasaba con una bandeja, unos amigos de la familia estaban entre el público y fueron a decirle a mi tío Pepe. Al otro día mi tío fue y me volvió a ver salir a escena, ¡qué escándalo! Mi tío, muy serio, me llamó y me dijo: «María Luisa, te sales del teatro ahora mismo y le escribiré a tu mamá diciéndole que, de ahora en adelante, no nos hacemos más responsables de ti». Así que por eso renuncié al teatro, pero en el fondo, renuncié

porque no era mi vocación.

En esos años estaba Huidobro en París con la chiquilla Amunátegui, no se habían separado todavía, pero no lo conocí porque casi todos los amigos nuestros eran franceses. A quien sí que conocí fue a la Teresa Wilms, la mamá de la Silvia y de la Chepa. La Chepa era una fregada, se peleaba mucho con su mamá, así como yo con mi hija. La Teresa era de la edad de mi madre, de la generación anterior. Don Guillermo, taaan alemán... Era una familia muy rara, imagínate que en una taza de té, el mozo servía vino... (ríe).

Mi tío siempre nos llevaba a conferencias, no me acuerdo cómo se llamaba esa sociedad, pero en fin... ¡Les Annales! Así se llamaba y a esta sociedad iban todos los escritores famosos a dar conferencias... Y ahí fue donde conocí a Paul Valéry, él leyó un poema en que tenía que silbar y muy serio empezó «Les temps, les temps» y cuando trató de silbar, no podía y nos largamos todos a reír y él también se rió... ¡Amoroso! ¡Muy divertido! Ahora yo no alcancé a conocer a André Breton y los escándalos de los surrealistas. Todas esas cosas eran ajenas a los estudiantes, ¿comprendes?, totalmente ajenas... no nos importaban un pito, nos importaban *los textos* (tono doctoral) nada más... Todo lo moderno, no. Sólo conocí a Breton y a otros artistas modernos en los Estados Unidos.

Cuando regresé a Chile en 1931, sentí una gran alegría, estaba muy contenta yo. Inmediatamente me conecté con los intelectuales, con Marta Brunet, con Pablo y Barrenechea. De repente, entonces, pasé al mundo de los intelectuales, así que no sufrí el cambio porque todos estaban muy unidos con Francia también. Ese año se produjo la caída de Ibáñez y desfilé con ellos porque mataron a un médico a las cuatro de la mañana porque había toque de queda... y el pobre iba a atender a un moribundo. Entonces se hizo esta enorme manifestación y desfilamos todos, yo era muy jovencita... Eso fue lo que hizo renunciar a Ibáñez porque vio pasar a todo Chile. Ahora yo tenía conciencia sin saber qué significaba una dictadura; pero veía que vivíamos como en la cárcel... la gente vivía muy hostilizada, sobre todo en Viña, como que tuvieron que retirar a los carabineros, eso yo lo vi... Pero mi compromiso era de tipo moral, no político, y en eso coincido con la actitud de Borges. Además, pensaba que la política era cosa de hombres, «¡que se ocupen ellos!, a mí me gusta este árbol, este río, voy a ir a la estancia, voy a ir a un concierto... ¡que se frieguen los hombres!... ellos matan... yo me dedico a otras cosas...». En Chile no vi la pobreza, ahora creo que la vería, y en Argentina tampoco, el mayordomo que se ocupaba en la estancia de cuidar la puerta, nos invitaba a tomar té y en Chile, las empleadas nos trataban muy bien y la gente del campo sacaba a los niños a pasear a caballo.

Partí a la Argentina en 1933 y me fui a vivir a la casa de Pablo Neruda, que estaba casado con Maruca, él era cónsul de Chile. Pablo no iba a ninguna parte sin mí y su mujer, pero ella se aburría tanto, fíjate, que en las reuniones sociales pedía permiso y se recostaba. Pablo corría a taparla... Así que yo era la compañera de Pablo y así

conocí todo el ambiente artístico, hasta al propio Matos Rodríguez. ¡Uy!, ¡las peleas que teníamos con Matos!... Un día le dije que era un *macró*, *cafique* quiere decir eso en francés; él, muy sorprendido, me preguntó por qué y yo le contesté (ríe) que porque vivía de la Cumparsita, de la che Papusa y de la muchacha del circo... «Pero ¡por qué eres tan agresiva!», replicó... Matos Rodríguez me hizo bastante la corte, era un Don Juan y nunca le faltaba una querida. Una vez me invitó a su fundo en el Uruguay y yo, tan bruta, me metí en el auto cuando veo correr detrás de mí a los escritores. Ya estábamos en el muelle cuando veo que se bajan, corren al auto y me sacan de un ala... Ellos me protegían siempre, parece que en el tal fundo hacían una vida bastante desordenada y los escritores corrieron a rescatarme de la Cumparsita (ríe). ¡Estaba la Cumparsita allá en el fundo! Entonces, después de eso, ya se terminaron mis relaciones con Matos; la última vez que lo vi, fue en el teatro, entró con una rubia altanera, me abrazó, gordo y gigantón como era, y yo le dije: «¡Ay, Matos! y ¿quién es esa rubia?», entonces él me miró y comentó muy serio: «Bueno, no has cambiado». Yo era una tanderera en ese sentido, en esas cosas, pero en lo literario siempre fui muy seria, con un gran respeto a la literatura y la cultura. Fíjate que Matos me dijo un día: «¡Oh, gran escritora, hazme una letra de tango! ¡Ah que no puedes!», y yo, aceptando el desafío, empecé a escribir... «Desandando lo andado / yo vuelvo al pasado...» (ríe). ¡Y hasta ahí no más llegué! ¡No pude seguir!

En esa época conocí también a Borges, pero él circulaba en un mundo más cerrado, más intelectual. Nuestro grupo era más literario... Oliverio Girondo, Norah Lange, Federico García Lorca, Conrado Nalé Roxlo, Alfonso Reyes... Georgie era de un grupo más intelectual, pero me hice íntima de Georgie... Todos estos grupos eran muy unidos en el fondo, se respetaban entre ellos, no se veían porque se aburrían... A Victoria Ocampo yo no la visitaba porque me aburría... Además, yo también tenía mi grupo de filólogos, pues, Henríquez Ureña, ¡Amado Alonso! Como no tenía máquina de escribir, iba al Instituto Filológico, donde me prestaban una. Yo escribía y pasaba mis cosas al final de la mesa mientras ellos hacían su sesión de filólogos, pero me desesperaba... ¡no podía concentrarme!, porque mientras yo trataba de escribir, ellos discutían las raíces de la palabra «ventana» o decían que «cortina» venía de «cortis»; era como que, para caminar, uno primero tuviera que analizar cómo mueve los pies, oye.

Los escritores de mi grupo eran gente de gran talento, gente *vital*, no gente de lámpara y vaso de agua, como son los conferencistas (ríe)... me dan ganas de tomar un vaso de vino... Considerábamos que un escritor era un ser de excepción, un ser maravilloso, como persona, como cabeza y como corazón. No nos importaban las faltas que teníamos, y las peleas, no eran peleas, eran discusiones sobre literatura. Ahora, Macedonio Fernández y Alfonsina Storni no circulaban, porque ya estaban muy alto. Alfonsina era profesora y tenía muchas obligaciones. Ya te conté cuando Neruda, como a las cuatro o cinco de la mañana, me hizo que la llamara por teléfono para que viniera al restaurante donde estábamos. Era un lugar bohemio, un ambiente

intelectual un poco loco... Y ella me pitó porque me respondió que lo sentía mucho, pero acababa de ponerse el sombrero para salir a hacer clases al liceo... ¡A las cuatro de la mañana! Me pitó, aunque Alfonsina era muy seria. Nosotros admirábamos tanto su poesía...

Ahora en cuanto a nuestra relación con la sociedad, todos teníamos una actitud muy humana, pero no comprometida con la política, lo político «na que ver», como dicen aquí... Nos interesaba la gente, ¿comprendes tú? El señor de la esquina que estaba viviendo una tragedia, el hombre que nos venía a dejar un ramo de flores, la señora que cantaba tangos... Escribíamos porque nos gustaba hacerlo y nos pagaban bien, pues era una época floreciente en las letras, tanto para los escritores como para los editores. La posición nuestra era muy natural y no vivíamos la carga del compromiso social. Además, éramos muy correctos, excepto cuando se nos ocurría dirigir el tráfico a las tres de la mañana (ríe).

Federico García Lorca estrenó sus piezas de teatro en Buenos Aires, y mi marido, Jorge Larco, fue el decorador de todas esas obras... Como un año estuvo en Buenos Aires, después se fue y ésa fue su muerte. Cuando partió, fuimos todos a dejarlo, y cuando el barco se alejaba, gritábamos: «¡Federico! ¡Federico! ¡Federico!» (conmovida). Él presentía su muerte, el día que partía estaba muy triste y yo entonces le pregunté: «Pero, Federico, ¿qué no estás contento de regresar a tu tierra?», y él me respondió: «No, chica, allá van a pasar cosas terribles». Ahora yo no sé si debo contar... esto es íntimo, pero políticamente lo sabía todo, su muerte, claro, no la sabía, pero la presentía. Allí en Buenos Aires, Federico y Neruda se hicieron amigos. Ahora, por Federico, yo conocí a Jorge Larco, en el grupo de pintores, y me casé y ¡así no más me fue! ¡A la semana ya estábamos tirándonos los platos por la cabeza!

Con Borges paseábamos por el riachuelo, él me contaba lo que escribía y yo le contaba lo que escribía. Una tarde le hablé de *La amortajada* y me dijo que ésa era una novela imposible de escribir porque se mezclaba lo realista con lo sobrenatural, pero no le hice caso y seguí escribiendo... Después nos íbamos al cine porque éramos locos por el cine y, cuando terminaba la película, nos íbamos a un restaurante donde tocaban tangos. Todas las semanas, yo estaba invitada a la casa de Borges por su mamá. Ya te conté la pelea mía con Guillermo de Torre... Un día que llegué a la casa, la mamá de Borges me dijo: «María Luisa, no cruces la puerta porque Guillermo te anda buscando para matarte...». Una noche que estábamos comiendo, Guillermo se puso a despotricar contra los escritores latinoamericanos. Para él, ninguno de nosotros valía un pito... Borges ya estaba publicando su poesía y yo ya había escrito *La última niebla*. Entonces, ofendidos, le preguntamos quiénes eran, según él, los buenos escritores, y con su acento tan español, respondió: «¡Azorín! ¡Azorín!». Se puso a darnos una larga lección, subió y trajo un libro precioso de Azorín que estaba hasta dedicado. Y, cuando todos se pararon de la mesa, con Borges nos pusimos a corregir el estilo, como si fuera prueba de galera, con comentarios al margen que decían: «Repetición», «cambiar adjetivo», «mal gusto», «error de sintaxis». Y, por

supuesto, que cuando Guillermo abrió el libro, se puso furioso y me quería matar. Por Jorge Larco, conocí a los pintores más destacados de la época. Al gran pintor uruguayo Jorge Figari, quien vivió esta historia tan linda y tan trágica que yo quería escribir sobre él. «¿Por qué se hizo pintor?», le pregunté un día y me contó que, años atrás, se había producido el asesinato de un político y a dos muchachos que pasaban los habían hecho reos bajo el cargo de asesinato. Figari no era pintor todavía, era juez, él fue a ver a los muchachos a la prisión y se dio cuenta de que había algo político detrás y que estos pobres muchachos eran víctimas. Entonces combatió, tomó partido y defendió a estos dos jóvenes; por razones políticas lo repudiaron, lo hicieron renunciar como juez y todo el mundo se apartó de él, hasta su propia familia. Uno de estos muchachos le decía: «Por favor, no se sacrifique más por nosotros»... Figari, que venía de una familia de fortuna, iba a su fundo con su hijo menor en brazos y, para hacerlo caminar al niño, le ponía una pelota adelante y así llegaban a pie al fundo. Y entonces Figari, que ya estaba aislado de todo, empezó a revisar cajones y baúles en la vieja casona y se encontró con dibujos y acuarelas que había hecho de niño. Empezó a pintar y de ahí nació el gran pintor Figari, de esa tragedia, como una cosa de Dios.

Durante esos años, Victoria Ocampo me pidió una reseña de la película *Puerta cerrada* para la revista *Sur* porque en esa época ningún crítico se iba a dignar comentar un filme del cine nacional. Me la pidió porque todos sabían que a Borges y yo nos encantaba el cine. De modo que me fui a ver *Puerta cerrada*, que era un melodrama tremendo, con tangos, pero tenía alguna belleza, tenía emoción y Libertad Lamarque estaba fantástica. A mí me conmovió y, desde el punto de vista cinematográfico, este melodramón estaba bien hecho. Y entonces yo, honradamente, escribí una crítica lindísima a favor, la primera que se hacía en *Sur* a favor del cine criollo y de Libertad, a quien los escritores consideraban cursi. Ellos creían que yo iba a hacer una sátira, porque soy bien buena para reírme, pero mi crítica fue muy positiva y tuvieron que publicarla, puesto que me la habían pedido. A raíz de esa crítica hubo conmoción y se vendieron todos los ejemplares de *Sur*. Salir en esa revista de intelectuales era muy importante para el cine nacional. Entonces vino el director Luis Saslavsky a pedirme que el próximo guión lo hiciera yo. El grupo de *Sur* me criticó mucho por haber aceptado, pero a mí siempre me ha gustado la parte romántica del melodrama. Decidí hacer *María*, de Jorge Isaacs, y Luis me guiaba con los términos y expresiones del cine (primer plano, blackout, etc.). Ya estaba por terminar el guión cuando el productor me dijo que no iban a poder filmarlo porque los herederos de Isaacs ya habían vendido los derechos a Estados Unidos por treinta y ocho mil dólares. Yo me quedé helada hasta que Luis me dijo: «Mire, Bombal, haga su propia María». Y pensé, claro, por qué no, voy a hacer mi historia igual de romántica, de fin de siglo y que pase en la Argentina. Escribí un melodrama también, te voy a decir, pero más romántico, más cultivado, aunque me imponían muchas cosas, que Libertad cantara, por lo menos, tres veces, que siempre tenía que ser

buena, porque si no perdía a su público. Pero así y todo, me salió un guión lindo. Y la música de fondo era de Chopin. Así, en 1937, salió *La casa del recuerdo*, que tuvo un éxito fantástico. La heroína era hija bastarda de un aristócrata y, desde niña, se miraba por encima del muro con el niño del lado. Hasta un duelo metí yo (ríe divertida), ¡a mí me encantan los duelos!... Un día que entran a la iglesia, el amigo del protagonista la llama a ella «hija de una mujerzuela» y él lo reta a duelo... Como en *María*, él se va lejos por un tiempo y ella se muere porque tenía una enfermedad desconocida, oía campanas... oía campanas... tenía algo al cerebro, seguro, y ella se desesperaba tanto y se quejaba a su madre de su destino tan injusto... Mis amigos escritores me aconsejaron que sacara mi nombre de la película, pero Luis Saslavsky rehusó y me hizo participar en todo, ahí conocí a Libertad Lamarque y, cuando terminaron de filmar, me sometieron toda la película para que yo la revisara. Y el cine argentino cambió porque, imitando *La casa del recuerdo*, empezaron a hacer otras películas de fines de siglo y hasta del emperador del Brasil (ríe). Terminé las historias de tango yo y, si no las terminé enteramente, empezó a nacer toda esa cosa romántica.

En Estados Unidos trabajé en doblaje con Ramón Sender y Ciro Alegría en el año cuarenta y tres, antes de que naciera mi hija... Es fregado el doblaje, no es un trabajo creador porque hay que repetir, es ser un obrero, pero es muy bien pagado. A veces uno no sabe qué hacer con las cosas más sencillas... Me acuerdo que una vez, un actor español en close-up decía: «¡Baasta! ¡Baasta!», la traducción, claro, era «enough» que en inglés se pronuncia con una vocal muy cerrada. Yo no hallaba qué hacer para encontrar un equivalente que mejor correspondiera a la boca tan abierta del actor cuando decía «¡Baasta!» y la cámara lo mostraba tan de cerca... Con Ciro éramos muy amigos, era un chiquillo muy culto y con un gran amor por Chile. Después también hice publicidad en inglés con Cantuarias. Fueron buenas experiencias.

Viví veintinueve años en Estados Unidos, yo digo treinta porque sale más fácil. Pero tú sabes que en ese país los escritores están tan dispersos que no existen los grupos, el único modo de comunicarse con ellos es a través de sus editores. Ahora, cuando fui representando al PEN Club, fue cuando conocí a Sherwood Anderson, a Elskine Caldwell... Fuimos todos a la Casa Blanca y nos recibió Roosevelt. Claro que yo seguí manteniendo contacto con los escritores latinoamericanos y, cuando iban a Estados Unidos, pasaban a verme... De ahí nació mi gran amistad con Gabriela Mistral, éramos grandes amigas y eso que nos veíamos poco. A Gabriela la conocí en Buenos Aires, cuando yo ya había publicado, era admiradora de ella desde chica. Gabriela me leyó a mí cuando estaba en el Brasil y desde allá me enviaba unas cartas muy lindas... Cuando pasó por Buenos Aires, Angélica Ocampo, la hermana de Victoria, me mandó a decir que Gabriela quería verme, así la conocí. Y después la volví a ver en los Estados Unidos, en Los Angeles, en Nueva York, y creo que fui una de las primeras personas que la vio muerta, que le trajo flores... se las puse sobre el pecho, estaba preciosa Gabriela... (emocionada). Su secretaria me avisó que había

muerto y que había dejado una carta inconclusa para mí. En Los Angeles, ella estaba pasando una tragedia terrible, los chilenos eran muy injustos con ella... dicen que Gabriela se sentía perseguida... es que la perseguían (indignada)... ¡Yo soy testigo! Y allá en Los Angeles la tuvo que defender México... Los chilenos se portaban pésimo con ella, incluso no le entregaban su correspondencia y la dejaban tirada en el baño... ¡Eso yo lo vi!... Entre los lavatorios donde corría el agua... Allá en su casa, en los alrededores de Los Angeles, la mayordoma, el jardinero, y el chofer que tenía le daban pastillas de dormir y hacían fiestocas hasta que ella se dio cuenta y pidió ayuda al cónsul interino de Chile para que le ayudara a echarlos porque tú sabes que allá, por las leyes laborales, etc., no es tan fácil deshacerse de los empleados... Pero, no quiso ayudarla y fue el cónsul de México el que la ayudó... Cuando la vi en su féretro, le comenté a mi marido: «Fíjese que Gabriela estaba aún ahí, no estaba muerta» y él me respondió: «Es que en los seres superiores es así» y tenía razón... A diferencia de Neruda que me llamaba «*Madame Mérimée*» y «abeja de fuego», Gabriela me decía «chiquita», como le decía a todas las escritoras más jóvenes.

Me pides que hablemos de mi obra, pero para mí resulta una laaata, ¡que hablen los críticos!, además, eso está todo en las entrevistas que se han publicado en los periódicos... Bueno, *La última niebla* está inspirada en haber tenido un amante que no tuve... Mi primera experiencia amorosa fue bastante espantosa, yo lo puse a él como marido, la novela tiene una base autobiográfica bastante trágica y desagradable... La experiencia sexual también; en esa época, las regulaciones eran para que las obedecieran los de la clase media... bastante trágica, pero uno no puede hablar de los secretos del corazón y del alma... Son los secretos que uno no puede estar poniendo en la mesa porque se hace algo público ¿ves tú? La novela está basada en mi primer amor, que terminó a balazo limpio.

Comencé *La última niebla* mientras Pablo estaba haciendo los poemas de *Residencia en la tierra*, los dos escribíamos en la cocina de su casa. Recuerdo que un día Pablo me mostró un poema en que tenía la imagen «asustar a una monja con un golpe de oreja», yo la encontré horrorosa, grotesca, y Pablo se enojó mucho. Claro que, en el fondo, eran discusiones amistosas, nos queríamos mucho. Terminé mi novela cuando Pablo ya estaba en España y se la mandé. Yo tenía una carta preciosa en que Pablo me decía: «He hecho una fiesta y ha venido Federico, Aleixandre y todos los amigos y hemos celebrado tu libro». Me decía que yo escribía un mundo que parecía agitado por un agua clara, por un soplo de misterio... (melancólica). Pablo me reprochaba mucho que yo no le diera importancia a lo que había escrito. «Tú no sabes lo que has hecho», me decía, yo no me daba bien cuenta, escribía lo que sentía, pero lo que sí me daba cuenta es que escribía a lo *Madame Mérimée*, muy lógica. Pero lo demás, yo decía, bueno, es lo que yo siento y nunca creí que iba a tener tanta repercusión, no creí, fíjate. En la novela yo puse la niebla de Santiago porque, mientras ocurría esa tragedia terrible, había mucha niebla en Santiago, pero después yo la poeticé. ¿Ves tú? Era mitad verdad y mitad lo que yo hubiera querido...

Después de eso, ya no quise la niebla, de niña siempre me encantó la niebla, ahora la odio, no la puedo soportar.

No me inspiró para nada el feminismo porque nunca me importó. Sí leía mucho a Virginia Woolf, pero porque sus conceptos los hacía novelas y no daba sermones. Nunca fui amiga de Victoria Ocampo, ella era mi editora y fue generosísima conmigo. No me quería, yo creo, porque yo era tan distinta... Ella era tan solemne, tan gran señora y yo estaba en otra onda, como dicen ahora. Además, no sentía que la mujer estaba subordinada, me parece que cada una siempre ha estado en su sitio, nada más. *La última niebla* me parece a mí que es un drama sentimental porque son cuestiones pasionales de la mujer, pero no creo que haya existido una imposición del marido. Era una desilusión de ambos. No se comprendían porque el hombre tiene otro carácter. Entonces ella tenía que llenar ese vacío con lo que ella hubiera querido que fuera... Ahora que tú me preguntas, me doy cuenta de que el que se haya casado para no quedarse solterona, sí era una imposición de la sociedad... Eso que tú dices es muy serio, yo no lo había pensado... Pero eso sí, quedar solterona en esa época era terrible. ¡Dios nos libre!, era como un estigma... Fíjate que es la primera vez que lo veo y lo siento... La mujer solterona quedaba al margen de la vida y de la sociedad. Yo creo que lo social en mi literatura siempre ha sido sólo como un trasfondo, y no por ignorancia, porque lo leía todo, sabía todo, pero no lo pensaba. A mí me interesaban las cosas personales, pasionales, el arte, ¿comprendes?; el arte social no existía para mí. ¡Eso! Era una total indiferencia, total. Porque tenía pasión por lo personal, por lo íntimo, por el corazón, por la naturaleza y por el misterio. Todo lo que fuera social, oye, eso no, pasaba por alto porque no me interesaba, ni me apasionaba, ni me indignaba. No existía para mí porque yo estaba demasiado agarrada con las tragedias personales, el arte y la poesía.

Claro que siempre el hombre y la mujer han sido muy diferentes. El hombre es intelecto, sabe más, es *the power in the throne* mientras la mujer es puro sentimiento. Yo creo que el amor es lo más importante en la vida de una mujer... La mujer es puro corazón, a diferencia del hombre que es la materia gris... Por eso no se entienden... y el estilo de la mujer es menos áspero, menos realista; es un estilo más del corazón, diría yo, porque las mujeres somos sentimentales y no materialistas ¿ves tú? Para mí, lo más importante ha sido siempre el ritmo porque, aunque me guste una palabra y sea la palabra precisa, la rechazo, ¡fuera!, si no entra en el ritmo. Por eso tacho mucho cuando escribo... Siempre busco un ritmo que se parezca a una marea, la oración, es una ola que asciende y desciende y luego vuelve a subir... Yo creo que, en el fondo, soy poeta, mi caso es el del poeta que escribe prosa. Yo soy poeta, pero como tengo una educación francesa, también soy la lógica personificada.

Escribí *La amortajada* porque siempre, fíjate, me aterró la muerte. Me acuerdo que una vez, cuando vivía con Pablo en Buenos Aires, tuve un sueño terrible, soñaba que veía los pies de alguien que estaba acostado, sólo los pies, pero yo sabía que eran los pies de un muerto y desperté espantada, entonces me fui a contarle a Pablo... La

muchacha muerta que ella ve en *La última niebla* no es la primera mujer de Daniel, los críticos se equivocan en esto, yo quería que fuera la primera vez que la protagonista se enfrentaba con la muerte ¿comprendes tú? Ahora yo no creo que la muerte sea algo definitivo, no, la muerte para mí es un despegarse *gradualmente* de la vida, poco a poco... y hay una mujer que está contemplando a la amortajada y siente compasión por lo que a la pobrecita le ocurrió en vida y que sólo llega a comprender en la muerte. Yo creo que hay dos muertes, la primera, que significa comprender, y una segunda muerte que a los seres humanos nos está vedado comprender. Eso lo he creído siempre (enfática).

Ahora con *El árbol* ocurrió algo muy extraño. Fíjate que después de escribir yo *El árbol*, un día en Buenos Aires, entro a la casa de Nina Anguita y ¡allí estaba el árbol! Entonces yo le dije: «Nina, por Dios, yo escribí sobre este árbol mucho antes de conocerlo». Había sido la imaginación que se había adelantado a la realidad... Por eso le dediqué el cuento a Nina... ¿Te das cuenta lo que es la imaginación? Después a mi hija le puse Brigitte, por Brígida en el cuento. A mí antes me gustaba mucho la música clásica, con mi marido en Estados Unidos pasábamos horas escuchando música clásica y ahora no la puedo oír, porque me pone demasiado triste... Mozart siempre me inspiró el juego, la alegría despreocupada de la niñez, porque él nunca dejó también de ser niño, mientras que Chopin es la pasión, el sentimiento y Beethoven, el horror final, el sufrimiento, ese drama que yo no puedo definir.

Mira, la verdad es que Islas nuevas es un cuento que surgió de manera misteriosa. Cuando yo vivía en la Argentina, yo siempre visitaba una estancia, «La Atalaya» se llamaba, allá en la pampa y ahí era testigo de un hecho maravilloso. En la estancia había muchas lagunas y misteriosamente el agua bajaba y aparecían todas estas islas nuevas que después también desaparecían misteriosamente. Era sobrecogedor y este hecho sobrecogedor, maravilloso, me inspiró para imaginar a una mujer que era tan misteriosa como la naturaleza que los hombres *no* comprenden ni quieren comprender. Yolanda, ¡pobrecita!... esa ala como un estigma que la condenaba a la soledad y su cabellera, porque yo siempre he pensado que el pelo de la mujer es como las enredaderas, ¿ves tú?, el pelo las une a la naturaleza, es una prolongación de la naturaleza. Por eso, mi *María Griselda* hunde su cabellera en el río Malleco y en mi cuento *Trenzas* digo que los árboles del bosque y el cabello de la hermana en la ciudad poseen las mismas raíces. Ahora ese cuento está basado en la realidad, eso ocurrió efectivamente a dos hermanas... Mientras una estaba en la quinta, la otra se moría a la misma hora en que se estaba quemando el bosque... Pasó en la Quinta Vergara, allá en Viña.

La verdad es que María Griselda era sólo un esbozo en *La amortajada*, ¿te acuerdas tú? Pero el destino o ella quisieron que yo escribiera su historia. Como tú sabes, yo en Estados Unidos inmediatamente presenté mi obra a Farrar Straus y ellos la aprobaron, pero, como son los editores de allá, me llamaron y me dijeron que tenía que convertir *La última niebla* y *La amortajada* en novelas de, por lo menos,

doscientas páginas. En el caso de *La última niebla*, cambié, cambié todo y escribí en inglés *House of Mist*. Claro que escribía bajo la supervisión de mi marido, que dominaba el inglés a la perfección. Entonces, no hallaba qué hacer con *La amortajada* y, de repente, un día me di cuenta de que podía ampliar la historia de María Griselda. Su belleza es también un estigma, los maravilla a todos, pero sólo produce la desgracia. ¡Tan sola ella siempre!

Me encanta que menciones *Lo secreto*, porque nadie lo ha comprendido... ¡Y nadie escribe sobre ese cuento, cuando es tan importante para mí! Fíjate que cuando yo era chica, me fascinaban las novelas de piratas, cuando llegaba el capitán y daba órdenes, «tú, trae tal cosa, tú, pásame esta otra» (imita lenguaje de piratas). ¡Eran tan divertidos! ¡Me encantaban! Y ¿te acuerdas tú que ellos hablan así en el cuento? El capitán arrogante, dándole órdenes al chico, creyéndose dueño del mundo. En *Lo secreto*, yo ex profeso hice de mis personajes unos verdaderos piratas (ríe). Y entonces van navegando los piratas cuando, en una tormenta, caen al fondo del mar y se encuentran en este lugar tan espantoso... Pero es que han perdido a Dios. Nadie ha entendido que se trata de la pérdida de Dios. Esa situación horrible de enfrentar la nada, de perder todo sentido de la existencia por haber perdido a Dios.

# Novelas

## La amortajada<sup>[\*]</sup>

---

Y luego que hubo anochecido, se le entreabrieron los ojos. Oh, un poco, muy poco. Era como si quisiera mirar escondida detrás de sus largas pestañas.

A la llama de los altos cirios, cuantos la velaban se inclinaron, entonces, para observar la limpieza y la transparencia de aquella franja de pupila que la muerte no había logrado empañar. Respetuosamente maravillados se inclinaban, sin saber que Ella los veía.

Porque Ella veía, sentía.

Y es así como se ve inmóvil, tendida boca arriba en el amplio lecho revestido ahora de las sábanas bordadas, perfumadas de espliego —que se guardan siempre bajo llave, y se ve envuelta en aquel batón de raso blanco que solía volverla tan grácil.

Levemente cruzadas sobre el pecho y oprimiendo un crucifijo, vislumbra sus manos; sus manos que han adquirido la delicadeza frívola de dos palomas sosegadas.

Ya no le incomoda bajo la nuca esa espesa mata de pelo que durante su enfermedad se iba volviendo, minuto a minuto, más húmeda y más pesada.

Consiguieron, al fin, desenmarañarla, alisarla, dividirla sobre la frente.

Han descuidado, es cierto, recogerla.

Pero ella no ignora que la masa sombría de una cabellera desplegada presta a toda mujer extendida y durmiendo un ceño de misterio, un perturbador encanto.

Y de golpe se siente sin una sola arruga, pálida y bella como nunca.

La invade una inmensa alegría que puedan admirarla así los que ya no la recordaban sino devorada por fútiles inquietudes, marchita por algunas penas y el aire cortante de la hacienda.

Ahora que la saben muerta, allí están rodeándola todos.

Está su hija, aquella muchacha dorada y elástica, orgullosa de sus veinte años, que sonreía burlona cuando su madre pretendía, mientras le enseñaba viejos retratos, que también ella había sido elegante y graciosa. Están sus hijos, que parecían no querer reconocerle ya ningún derecho a vivir, sus hijos, a quienes impacientaban sus caprichos, a quienes avergonzaba sorprenderla corriendo por el jardín asoleado; sus hijos ariscos al menor cumplido, aunque secretamente halagados cuando sus jóvenes camaradas fingían tomarla por una hermana mayor.

Está Zoila, que la vio nacer y a quien la entregó su madre desde ese momento para que la criara. Zoila, que le acunaba la pena en los brazos cuando su madre, lista para subir al coche, de viaje a la ciudad, desprendíase enérgicamente de las polleras a las que ella se aferraba llorando.

¡Zoila, antigua confidente de los días malos; dulce y discreta olvidada, en los de

felicidad! Allí está, canosa, pero todavía enjuta y sin edad discernible, como si la gota de sangre araucana que corriera por sus venas hubiera tenido el don de petrificar su altivo perfil.

Están algunos amigos, viejos amigos que parecían haber olvidado que un día fue esbelta y feliz.

Saboreando su pueril vanidad, largamente permanece rígida, sumisa a todas las miradas, como desnuda a fuerza de irresistible.

El murmullo de la lluvia sobre los bosques y sobre la casa la mueve muy pronto a entregarse cuerpo y alma a esa sensación de bienestar y melancolía en que siempre le abismó el suspirar del agua en las interminables noches del otoño.

La lluvia cae fina, obstinada, tranquila. Y ella la escucha caer. Caer sobre los techos, caer hasta doblar los quitasoles de los pinos, y los anchos brazos de los cedros azules, caer. Caer hasta anegar los tréboles, y borrar los senderos, caer.

Escampa, y ella escucha nítido el bemol de lata enmohecida que rítmicamente el viento arranca al molino. Y cada golpe de aspa viene a tocar una fibra especial dentro de su pecho amortajado.

Con recogimiento siente vibrar en su interior una nota sonora y grave que ignoraba hasta ese día guardar en sí.

Luego, llueve nuevamente. Y la lluvia, cae obstinada, tranquila. Y ella la escucha caer.

Caer y resbalar como lágrimas por los vidrios de las ventanas, caer y agrandar hasta el horizonte las lagunas, caer. Caer sobre su corazón y empapararlo, deshacerlo de languidez y tristeza.

Escampa, y la rueda del molino vuelve a girar pesada y regular. Pero ya no encuentra en ella la cuerda que repita su monótono acorde; el sonido se despeña ahora, sordamente, desde muy alto, como algo tremendo que la envuelve y la abruma. Cada golpe de aspa se le antoja el tictac de un reloj gigante marcando el tiempo bajo las nubes y sobre los campos...

No recuerda haber gozado, haber agotado nunca, así, una emoción.

Tantos seres, tantas preocupaciones y pequeños estorbos físicos se interponían siempre entre ella y el secreto de una noche. Ahora, en cambio, no la turba ningún pensamiento inoportuno. Han trazado un círculo de silencio a su alrededor, y se ha detenido el latir de esa invisible arteria que le golpeaba con frecuencia tan rudamente la sien.

A la madrugada cesa la lluvia. Un trazo de luz recorta el marco de las ventanas. En los altos candelabros la llama de los velones se abisma trémula en un coágulo de cera. Alguien duerme, la cabeza desmayada sobre el hombro, y cuelgan inmóviles los diligentes rosarios.

No obstante, allá lejos, muy lejos, asciende un cadencioso rumor.

Sólo ella lo percibe y adivina el restallar de cascos de caballos, el restallar de ocho cascos de caballo que vienen sonando.

Que suenan, ya esponjosos y leves, ya recios y próximos, de repente desiguales, apagados, como si los dispersara el viento. Que se aparejan, siguen avanzando, no dejan de avanzar, sin embargo que, se diría, no van a llegar jamás.

Un estrépito de ruedas cubre por fin el galope de los caballos. Recién entonces despiertan todos, todos se agitan a la vez. Ella los oye, al otro extremo de la casa, recorrer el complicado cerrojo y las dos barras de la puerta de entrada.

Los observa, en seguida, ordenar el cuarto, acercarse al lecho, reemplazar los cirios consumidos, ahuyentar de su frente una mariposa de noche.

Es él, él.

Allí está de pie mirándola. Su presencia anula de golpe los largos años baldíos, las horas, los días, que el destino interpuso entre ellos dos, lento, oscuro, tenaz.

—Te recuerdo, te recuerdo adolescente. Recuerdo tu pupila clara, tu tez de rubio curtida por el sol de la hacienda, tu cuerpo, entonces, afilado y nervioso.

Sobre tus cinco hermanas, sobre Alicia, sobre mí, a quienes considerabas primas —no lo éramos, pero nuestros fundos lindaban y a nuestra vez llamábamos tíos a tus padres—, reinabas por el terror.

Te veo correr tras nuestras piernas desnudas para fustigarlas con tu látigo.

Te juro que te odiábamos de corazón cuando soltabas nuestros pájaros o suspendías de los cabellos nuestras muñecas a las ramas altas del plátano.

Una de tus bromas favoritas era dispararnos al oído un salvaje: ¡uh! ¡uh!, en el momento más inesperado. No te conmovían nuestros ataques de nervios, nuestros llantos. Nunca te cansaste de sorprendernos para colarnos por la espalda cuanto bicho extraño recogías en el bosque.

Eras un espantoso verdugo. Y, sin embargo, ejercías sobre nosotras una especie de fascinación. Creo que te admirábamos.

De noche nos atraías y nos aterrabas con la historia de un caballero, entre sabio y notario, todo vestido de negro, que vivía oculto en la buhardilla.

Era algo así como el gobernador de cuanto nos era hostil en el bosque.

Tenía los bolsillos llenos de murciélagos y mandaba a las arañas peludas, a los ciempiés y a las cuncunas.

Era él quien infundía vida a ciertas ramas secas que al tocarlas se agitaban frenéticas, convertidas en aquellos terroríficos «caballos del diablo», él quien, por la noche, empezaba a encender los ojos de los búhos, quien ordenaba salir a las ratas y ratones.

Dicho personaje llevaba por lo demás una contaduría especial: el censo exacto de los súbditos de su asqueroso dominio; y en su registro, hecho de papel de ortigas, escribía con una cola de lagartija untada en la tinta de los pantanos que chupan.

Durante varios años no pudimos casi dormir temerosas de su siniestra visita.

La época de la siega nos procuraba días de gozo, días que nos pasábamos jugando

a escalar las enormes montañas de heno acumuladas tras la era y saltando de una a otra inconscientes de todo peligro y como borrachas de sol.

Fue en uno de aquellos locos mediodías, cuando desde la cumbre de un haz, mi hermana me precipitó a traición sobre una carreta, desbordante de gavillas, donde tú venías recostado.

Me resignaba ya a los peores malos tratos o a las más crueles burlas, según tu capricho del momento, cuando reparé que dormías. Dormías, y yo, coraje inaudito, me extendía en la paja a tu lado, mientras guiados por el peón Aníbal los bueyes proseguían lentos un itinerario para mí desconocido.

Muy pronto quedó atrás el jadeo desgarrado de la trilladora, muy pronto el chillido estridente de las cigarras cubrió el rechinar de las pesadas ruedas de nuestro vehículo.

Apegada a tu cadera, contenía la respiración tratando de aligerarte mi presencia. Dormías, y yo te miraba presa de una intensa emoción, dudando casi de lo que veían mis ojos: ¡Nuestro cruel tirano yacía indefenso a mi lado!

Aniñado, desarmado por el sueño, ¿me pareciste de golpe infinitamente frágil? La verdad es que no acudió a mí una sola idea de venganza.

Tú te revolviste suspirando y, entre la paja, uno de tus pies desnudos vino a enredarse con los míos.

Y yo no supe cómo el abandono de aquel gesto pudo despertar tanta ternura en mí, ni por qué me fue tan dulce el tibio contacto de tu piel.

Un ancho corredor abierto circundaba tu casa. Fue allí donde emprendiste, cierta tarde, un juego realmente original.

Mientras dos peones hurgaban con largas cañas las vigas del techo, tú acribillabas a balazos los murciélagos obligados a dejar sus escondrijos.

Recuerdo el absurdo desmayo de tía Isabel; todavía oigo los gritos de la cocinera y me duele la intervención de tu padre.

Una breve orden suya dispersó a tus esbirros, te obligó a hacerle instantáneamente entrega de la escopeta, mientras con esos ojos estrechos, claros y fríos, tan parecidos a los tuyos, te miraba de hito en hito. En seguida levantó la fusta que llevaba siempre consigo y te atravesó la cara, una, dos, tres veces.

Frente a él, aturdido por lo imprevisto del castigo, tú permaneciste primero inmóvil. Luego enrojeciste de golpe y llevándote los puños a la boca temblaste de pies a cabeza.

—«¡Fuera!» —murmuró sordamente, entre dientes, tu padre.

Y como si aquella interjección colmara la medida, recién entonces desataste tu rabia en un alarido, un alarido desgarrador, atroz, que sostenías, que prolongabas mientras corrías a esconderte en el bosque.

No reapareciste a la hora del almuerzo.

«Tiene vergüenza» —nos decíamos las niñas entre impresionadas y

perversamente satisfechas. Y Alicia y yo debimos marcharnos cargando con el despecho de no haber podido presenciar tu vuelta.

A la mañana siguiente, como acudiéramos ansiosas de noticias, nos encontramos con que no habías regresado en toda la noche.

—«Se ha perdido intencionalmente en la montaña o se ha tirado al río. Conozco a mi hijo...» —sollozaba tía Isabel.

—«Basta» —vociferaba su marido—, «quiere molestarnos y eso es todo. Yo también lo conozco».

Nadie almorzó aquel día. El administrador, el campero, todos los hombres, recorrían el fundo, los fundos vecinos. «Puede que haya trepado a la carreta de algún peón y se encuentre en el pueblo» —se decían.

A nosotros y a la servidumbre —que el acontecimiento liberaba de las tareas habituales— se nos antojaba a cada rato oír llegar un coche, el trote de muchos caballos. En nuestra imaginación a cada rato te traían, ya sea amarrado como un criminal, ya sea tendido en angarillas, desnudo y blanco, ahogado.

Mientras tanto, a lo lejos, la campana de alarma del aserradero desgajaba constantemente un repetir de golpes precipitados y secos.

Atardecía cuando irrumpiste en el comedor. Yo me hallaba sola reclinada en el diván, aquel horrible diván de cuero oscuro que cojeaba, ¿recuerdas?

Traías el torso semidesnudo, los cabellos revueltos y los pómulos encendidos por dos chapas rojizas.

—«Agua» —ordenaste. Yo no atiné sino a mirarte atemorizada.

Entonces, desdeñoso, fuiste al aparador y groseramente empinaste la jarra de vidrio, sin buscar tan siquiera un vaso. Me arrimé a ti. Todo tu cuerpo despedía calor, era una brasa.

Guiada por un singular deseo acerqué a tu brazo la extremidad de mis dedos siempre helados. Tú dejaste súbitamente de beber, y haciendo mis dos manos, me obligaste a aplastarlas contra tu pecho. Tu carne quemaba.

Recuerdo un intervalo durante el cual percibí el zumbido de una abeja perdida en el techo del cuarto.

Un ruido de pasos te movió a desasirte de mí, tan violentamente que tambaleamos. Veo aún tus manos crispadas sobre la jarra de agua que te habías apresurado a recoger.

Después...

Años después fue entre nosotros el gesto dulce y terrible cuya nostalgia suele encadenar para siempre.

Fue un otoño en que sin tregua casi, llovía.

Una tarde, el velo plomo que encubría el cielo se desgarró en jirones y de norte a sur corrieron lívidos fulgores.

Recuerdo. Me encontraba al pie de la escalinata sacudiendo las ramas cuajadas de gotas de un abeto. Apenas si alcancé a oír el chapaleo de los cascos de un caballo cuando me sentí asida por el talle, arrebatada del suelo.

Eras tú, Ricardo. Acababas de llegar —el verano entero lo habías pasado preparando exámenes en la ciudad— y me habías sorprendido y alzado en la delantera de tu silla.

El alazán tascó el freno, se revolvió enardecido... y yo sentí, de golpe, en la cintura, la presión de un brazo fuerte, de un brazo desconocido.

El animal echó a andar. Un inesperado bienestar me invadió que no supe si atribuir al acompasado vaivén que me echaba contra ti o a la presión de ese brazo que seguía enlazándome firmemente.

El viento retorcía los árboles, golpeaba con saña la piel del caballo. Y nosotros luchábamos contra el viento, avanzábamos contra el viento.

Volqué la frente para mirarte. Tu cabeza se recortaba extrañamente sobre un fondo de cielo donde grandes nubes galopaban, también, como enloquecidas. Noté que tus cabellos y tus pestañas se habían oscurecido; parecías el hermano mayor del Ricardo que nos había dejado el año antes.

El viento. Mis trenzas aleteaban deshechas, se te enroscaban al cuello.

Henos de pronto sumidos en la penumbra y el silencio, el silencio y la penumbra eternos de la selva.

El caballo acortó el paso. Con precaución y sin ruido salvaba obstáculos: rosales erizados, árboles caídos cuyos troncos mojados corroía el musgo; hollaba lechos de pálidas violetas inodoras, y hongos esponjosos que exhalaban, al partirse, una venenosa fragancia.

Pero yo sólo estaba atenta a ese abrazo tuyo que me aprisionaba sin desmayo.

Hubieras podido llevarme hasta lo más profundo del bosque, y hasta esa caverna que inventaste para atemorizarnos, esa caverna oscura en que dormía replegado el monstruoso mugido que oíamos venir y alejarse en las largas noches de tempestad.

Hubieras podido. Yo no habría tenido miedo mientras me sostuviera ese abrazo.

Chasquidos misteriosos, como de alas asustadas, restallaban a nuestro paso entre el follaje. Del fondo de una hondonada subía un apacible murmullo.

Bajamos, orillamos un estrecho afluyente semioculto por los helechos. De pronto, a nuestras espaldas, un suave crujir de ramas y el golpe discreto de un cuerpo sobre las aguas. Volvimos la cabeza. Era un ciervo que huía.

Lenguas de humo azul brotaron de la hojarasca. La noche próxima nos intimaba a desandar camino.

Emprendimos lentamente el regreso.

¡Ah, qué absurda tentación se apoderaba de mí! ¡Qué ganas de suspirar, de implorar, de besar!

Te miré. Tu rostro era el de siempre; taciturno, permanecía ajeno a tu enérgico abrazo.

Mi mejilla fue a estrellarse contra tu pecho.

Y no era hacia el hermano, el compañero, a quien tendía ese impulso; era hacia aquel hombre fuerte y dulce que temblaba en tu brazo. El viento de los potreros se nos vino encima de nuevo. Y nosotros luchamos contra él, avanzamos contra él. Mis trenzas aletearon deshechas, se te enroscaron al cuello.

Segundos más tarde, mientras me sujetabas por la cintura para ayudarme a bajar del caballo, comprendí que desde el momento en que me echaste el brazo al talle me asaltó el temor que ahora sentía, el temor de que dejara de oprimirme tu brazo.

Y entonces, ¿recuerdas?, me aferré desesperadamente a ti murmurando «Ven», gimiendo «No me dejes»; y las palabras «Siempre» y «Nunca». Esa noche me entregué a ti, nada más que por sentirte ciñéndome la cintura.

Durante tres vacaciones fui tuya.

Tú me hallabas fría porque nunca lograste que compartiera tu frenesí, porque me colmaba el olor a oscuro clavel silvestre de tu beso.

Aquel brusco, aquel cobarde abandono tuyo, ¿respondió a una orden perentoria de tus padres o a alguna rebeldía de tu impetuoso carácter? No sé.

Nunca lo supe. Sólo sé que la edad que siguió a ese abandono fue la más desordenada y trágica de mi vida.

¡Oh, la tortura del primer amor, de la primera desilusión! ¡Cuando se lucha con el pasado, en lugar de olvidarlo! Así persistía yo antes en tender mi pecho blando, a los mismos recuerdos, a las mismas iras, a los mismos duelos.

Recuerdo el enorme revólver que hurté y que guardaba oculto en mi armario, con la boca del caño hundida en un diminuto zapato de raso. Una tarde de invierno gané el bosque. La hojarasca se apretaba al suelo, podrida. El follaje colgaba mojado y muerto, como de trapo.

Muy lejos de las casas me detuve, al fin; saqué el arma de la manga de mi abrigo, la palpé, recelosa, como a una pequeña bestia aturdida que puede retorcerse y morder.

Con infinitas precauciones me la apoyé contra la sien, contra el corazón.

Luego, bruscamente, disparé contra un árbol.

Fue un chasquido, un insignificante chasquido como el que descarga una sábana azotada por el viento. Pero, oh Ricardo, allá en el tronco del árbol quedó un horrendo boquete disparejo y negro de pólvora.

Mi pecho desgarrado así, mi carne, mis venas dispersas... ¡Ay, no, nunca tendría ese valor!

Extenuada me tendí largo a largo, gemí, golpeé el suelo con los puños cerrados. ¡Ay, no, nunca tendría ese valor!

Y sin embargo quería morir, quería morir, te lo juro.

¿Qué día fue? No logro precisar el momento en que empezó esa dulce fatiga.

Imaginé, al principio, que la primavera se complacía, así, en languidecerme. Una

primavera todavía oculta bajo el suelo invernal, pero que respiraba a ratos, mojada y olorosa, por los poros entrecerrados de la tierra.

Recuerdo. Me sentía floja, sin deseos, el cuerpo y el espíritu indiferentes, como saciados de pasión y dolor.

Suponiéndolo una tregua, me abandoné a ese inesperado sosiego. ¿No apretaría mañana con más inquina el tormento?

Dejé de agitarme, de andar.

Y aquella languidez, aquel sopor iban creciendo, envolviéndome solapadamente, día a día.

Cierta mañana, al abrir las celosías de mi cuarto reparé que un millar de minúsculos brotes, no más grandes que una cabeza de alfiler, apuntaban a la extremidad de todas las cenicientas ramas del jardín.

A mi espalda, Zoila plegaba los tules del mosquitero, invitándome a beber el vaso de leche cotidiano. Pensativa y sin contestar, yo continuaba asomada al milagro.

Era curioso; también mis dos pequeños senos prendían, parecían florecer con la primavera.

Y de pronto, fue como si alguien me lo hubiera soplado al oído.

—«Estoy... ¡ah!...» —suspiré, llevándome las manos al pecho, ruborizada hasta la raíz de los cabellos.

Durante muchos días vivía aturdida por la felicidad. Me habías marcado para siempre. Aunque la repudiaras, seguías poseyendo mi carne humillada, acariciándola con tus manos ausentes, modificándola.

Ni un momento pensé en las consecuencias de todo aquello. No pensaba sino en gozar de esa presencia tuya en mis entrañas. Y escuchaba tu beso, lo dejaba crecer dentro de mí.

Entrada ya la primavera, hice colgar mi hamaca entre dos avellanos. Permanecía recostada horas enteras.

Ignoraba por qué razón el paisaje, las cosas, todo se me volvía motivo de distracción, goce plácidamente sensual: la masa oscura y ondulante de la selva inmovilizada en el horizonte, como una ola monstruosa, lista para precipitarse; el vuelo de las palomas, cuyo ir y venir rayaba de sombras fugaces el libro abierto sobre mis rodillas; el canto intermitente del aserradero —esa nota aguda, sostenida y dulce, igual al zumbido de un colmenar— que hendía el aire hasta las casas cuando la tarde era muy límpida.

Deseos absurdos y frívolos me asediaban de golpe, sin razón y tan furiosamente que se trocaban en angustiosa necesidad. Primero quise para mi desayuno un racimo de uvas rosadas. Imaginaba la hilera apretada de granos, la pulpa cristalina.

Bien pronto, como se me convenciera de que era un deseo imposible de satisfacer —no teníamos parrón ni viña y el pueblo quedaba a dos días del fundo— se me

antojaron fresas.

No me gustaban, sin embargo, las que el jardinero recogía para mí en el bosque. Yo las quería heladas, muy heladas, rojas, muy rojas y que supieran también un poco a frambuesa.

¿Dónde había comido yo fresas así?

—«... La niña salió entonces al jardín y se puso a barrer la nieve. Poco a poco la escoba empezó a descubrir una gran cantidad de fresas perfumadas y maduras que gozosa llevó a la madrastra...».

¡Ésas! ¡Eran ésas las fresas que yo quería!, ¡las fresas mágicas del cuento!

Un capricho se tragaba al otro. He aquí que suspiraba por tejer con lana amarilla, que ansiaba un campo de mirasoles, para mirarlos horas enteras.

¡Oh, hundir la mirada en algo amarillo!

Así vivía golosa de olores, de color, de sabores.

Cuando la voz de cierta inquietud me despertaba importuna:

—«¡Si lo llega a saber tu padre!» —procurando tranquilizarme le respondía:

—«Mañana, mañana buscaré esas yerbas que... o tal vez consulte a la mujer que vive en la barranca...».

—«Debes tomar una decisión antes de que tu estado se vuelva irremediable».

—«Bah, mañana, mañana...».

Recuerdo. Me sentía como protegida por una red de pereza, de indiferencia; invulnerable, tranquila para todo lo que no fueran los pequeños hechos cotidianos: el subsistir, el dormir, el comer.

Mañana, mañana, decía. Y en esto llegó el verano.

La primera semana de verano me llenó de una congoja inexplicable que crecía junto con la luna.

En la séptima noche, incapaz de conciliar el sueño me levanté, bajé al salón, abrí la puerta que daba al jardín.

Los cipreses se recortaban inmóviles sobre un cielo azul; el estanque era una lámina de metal azul; la casa alargaba una sombra aterciopelada y azul.

Quietos, los bosques enmudecían como petrificados bajo el hechizo de la noche, de esa noche azul de plenilunio.

Largo rato permanecí de pie en el umbral de la puerta sin atreverme a entrar en aquel mundo nuevo, irreconocible, en aquel mundo que parecía un mundo sumergido.

Súbitamente, de uno de los torreones de la casa creció y empezó a flotar un estrecho cendal de plumas.

Era una bandada de lechuzas blancas.

Volaban. Su vuelo era blando y pesado, silencioso como la noche.

Y aquello era tan armonioso que, de golpe, estallé en lágrimas.

Después, me sentí liviana de toda pena. Fue como si la angustia que me torturaba hubiera andado tanteando en mí hasta escaparse por el camino de las lágrimas.

Aquella angustia, sin embargo, la sentí de nuevo posada sobre mi corazón a la

mañana siguiente; minuto por minuto su peso aumentaba, me oprimía. Y he aquí que tras muchas horas de lucha, tomó, para evadirse, el mismo camino de la víspera, y se fue nuevamente, sin que me revelara su secreta razón de ser.

Idéntica cosa me sucedió el día después, y al otro día.

Desde entonces viví a la espera de las lágrimas. Las aguardaba como se aguarda la tormenta en los días ardorosos del estío. Y una palabra áspera, una mirada demasiado dulce, me abrían la esclusa del llanto.

Así vivía, confinada en mi mundo físico.

El verano declinaba. Tormentas jaspeadas de azulosos relámpagos solían estallar, de golpe, remedando los últimos sobresaltos de un fuego de artificio.

Una tarde, al aventurarme por el camino que lleva a tu fundo, mi corazón empezó a latir, a latir; a aspirar e impeler violentamente la sangre contra las paredes de mi cuerpo.

Una fuerza desconocida atraía mis pasos desde el horizonte, desde allí donde el cielo negro y denso se esclarecía acuchillado por descargas eléctricas, alucinantes señales lanzadas a mi encuentro.

—«Ven, ven, ven» —parecía gritarme, frenética, la tormenta.

—«Ven» —murmuraba luego, más bajo y pálido.

A medida que avanzaba me estimulaba un dulce y creciente calor.

Y seguía avanzando, solamente para sentirme más llena de vida.

Corriendo casi, descendí el sendero que baja a la hondonada donde las casas se aplastan agobiadas por la madreSelva mientras los perros subían, ladrando, a buscarme.

Recuerdo que me eché extenuada sobre la silla de paja que la mujer del mayordomo me ofreció en la cocina. La pobre hablaba a borbotones... —«¡Qué tiempo!» «¡Qué humedad!» «Don Ricardo llegó esta tarde». «Está descansando». «Ha pedido que no lo despierten hasta la hora de la comida». «Tal vez será mejor que la señorita se vuelva a su fundo antes de que descargue el aguacero...».

Yo sorbía el mate e inclinaba dócilmente la cabeza.

«Don Ricardo llegó esta tarde». ¡Tan ligados nos hallábamos el uno al otro, que mis sentidos me habían anunciado tu venida!

No te molesté, no. Conocía tus agresivos despertares. Me volví precipitadamente, bajo las primeras gotas de lluvia.

Pero a medida que te dejaba atrás, durmiendo, a medio vestir, en un cuarto con olor a encerrado, sentía disminuir la dulce fiebre que me golpeaba las sienes.

Tenía las manos yertas, tiritaba de frío cuando me senté a la mesa frente a mi padre enardecido... «Estaba escrito que me retrasaría siempre. Tres veces había sonado el gong. Si Alicia y yo no hacíamos más que ‘flojear’, mis hermanos y él trabajaban a la par de los peones... necesitaban comer a sus horas. ¡Ah, si nuestra madre viviera!...».

El día siguiente me lo pasé esperándote. Porque tuve la ingenuidad de pensar que volvías por mí.

Caía la tarde y estaba recostada en la hamaca cuando sentí el latido avisador. Me incorporé, eché a andar y nuevamente empujó en mí ese florecimiento de vida. Y era detenerme y detenerse, también, estacionarse en mí, esa alegría física. Y aletear otra vez con ímpetu no bien apuraba el paso.

Y así fue como mi corazón —mi corazón de carne— me guió hasta la tranquera que abre al norte.

Allá lejos, a la extremidad de una llanura de tréboles, bajo un cielo vasto, sangriento de arrebol, casi contra el disco del sol poniente divisé la silueta de un jinete arreando una tropilla de caballos.

Eras tú. Te reconocí de inmediato. Apoyada contra el alambrado pude seguirte con la mirada durante el espacio de un suspiro. Porque, de golpe y junto con el sol, desapareciste en el horizonte.

Esa misma noche, mucho antes del amanecer, soñaba... Un corredor interminable por donde tú y yo huíamos estrechamente enlazados. El rayo nos perseguía, volteaba uno a uno los álamos —inverosímiles columnas que sostenían la bóveda de piedra; y la bóveda se hacía constantemente añicos detrás, sin lograr envolvernos en su caída.

Un estampido me arrojó fuera del lecho. Con los miembros temblorosos me hallé despierta en medio del cuarto.

Oí entonces, por fin, el aullar sostenido, el enorme clamor de un viento iracundo.

Temblaban las celosías, crepitaban las puertas, me azotaba el revuelo de invisibles cortinados. Me sentía como arrebatada, perdida en el centro mismo de una tromba monstruosa que pujase por desarraigar la casa de sus cimientos y llevársela uncida a su carreta.

—«Zoila» —grité; pero el fragor del vendaval desmenuzó mi voz.

Hasta mis pensamientos parecían balancearse, pequeños, oscilantes, como llama de una vela.

Quería. ¿Qué? Todavía lo ignoro.

Corrí hacia la puerta y la abrí. Avanzaba penosamente en la oscuridad con los brazos extendidos, igual que las sonámbulas, cuando el suelo se hundió bajo mis pies en un vacío insólito.

Zoila vino a recogerme al pie de la escalera. El resto de la noche se lo pasó enjugando, muda y llorosa, el río de sangre en que se disgregaba esa carne tuya mezclada a la mía...

A la mañana siguiente me hallaba otra vez tendida en la veranda con mis impávidos ojos de niña y mis cejas ingenuamente arqueadas, tejiendo, tejiendo con furia, como si en ello me fuera la vida.

El brusco, el cobarde abandono de su amante, ¿respondió a alguna orden perentoria o bien a una rebeldía de su impetuoso carácter?

Ella no lo sabe, ni quiere volver a desesperarse en descifrar el enigma que tanto la había torturado en su primera juventud.

La verdad es que, sea por inconsciencia o por miedo, cada uno siguió un camino diferente.

Y que toda la vida se esquivaron, luego, como de mutuo acuerdo.

Pero ahora, ahora que él está ahí, de pie, silencioso y conmovido; ahora que, por fin, se atreve a mirarla de nuevo, frente a frente, y a través del mismo risible parpadeo que le conoció de niño en sus momentos de emoción, ahora ella comprende.

Comprende que en ella dormía, agazapado, aquel amor que presumió muerto. Que aquel ser nunca le fue totalmente ajeno.

Y era como si parte de su sangre hubiera estado alimentando, siempre, una entraña que ella misma ignorase llevar dentro, y que esa entraña hubiera crecido así, clandestinamente, al margen y a la par de su vida.

Y comprende que, sin tener ella conciencia, había esperado, había anhelado furiosamente este momento.

¿Era preciso morir para saber ciertas cosas? Ahora comprende también que en el corazón y en los sentimientos de aquel hombre ella había hincado sus raíces; que jamás, aunque a menudo lo creyera, estuvo enteramente sola; que jamás, aunque a menudo lo pensara, fue realmente olvidada.

De haberlo sabido antes, muchas noches, desvelada, no habría encendido la luz para dar vuelta las hojas de un libro cualquiera, procurando atajar una oleada de recuerdos. Y no habría evitado tampoco ciertos rincones del parque, ciertas soledades, ciertas músicas. Ni temido el primer soplo de ciertas primaveras demasiado cálidas.

¡Ah, Dios mío, Dios mío! ¿Es preciso morir para saber?

—«Vamos, vamos».

—«¿Adónde?»

Alguien, algo, la toma de la mano, la obliga a alzarse.

Como si entrara, de golpe, en un nudo de vientos encontrados, danza en un punto fijo, ligera, igual a un copo de nieve.

—«Vamos».

—«¿Adónde?»

—«Más allá».

Baja, baja la cuesta de un jardín húmedo y sombrío.

Percibe el murmullo de aguas escondidas y oye deshojarse helados rosales en la espesura.

Y baja, rueda callejuelas de césped abajo, azotada por el ala mojada de invisibles pájaros...

¿Qué fuerza es ésta que la envuelve y la arrebató? Brusca y vertiginosamente se siente refluir a una superficie.

Y hela aquí, de nuevo, tendida boca arriba en el amplio lecho.

A su cabecera el chisporroteo aceitoso de dos cirios.

Recién entonces nota que una venda de gasa le sostiene el mentón. Y sufre la extraña impresión de no sentirla.

El día quema horas, minutos, segundos.

Un anciano viene a sentarse junto a ella. La mira largamente, tristemente, le acaricia los cabellos sin miedo, y dice que está bonita.

Sólo a la amortajada no inquieta esa agobiada tranquilidad. Conoce bien a su padre. No, ningún ataque repentino ha de fulminarlo. Él ha visto ya a tantos seres así estirados, pálidos, investidos de esa misma inmovilidad implacable, mientras alrededor de ellos todo suspira y se agita.

—¿Ana María, te acuerdas de tu madre? —solía preguntarle a veces, casi como en secreto, cuando ella era muy niña.

Y para darle gusto, a cada vez, ella cerraba los ojos y concentrándose fuertemente lograba captar un instante la imagen huidiza de otros ojos muy negros que la miraban burlones tras de tul atado a un breve sombrero. Algo así como un perfume flotaba alrededor de la tierna evocación.

—Claro está que me acuerdo, papá.

—¿Era linda, verdad? ¿Tú la querías?

—Sí, la quería.

—¿Y por qué la querías? —había insistido él un día.

Cándidamente ella había contestado:

—Porque llevaba siempre un velito atado alrededor del sombrero y tenía tan rico olor.

Los ojos de su padre se habían llenado de lágrimas; y, como ella se le arrimara instintivamente, él la había rechazado por primera vez.

—Eres una tonta —le había dicho; luego había dejado el cuarto dando un portazo.

Pero desde ese momento, toda la vida ella sospechó que su padre también había querido a su mujer por la misma razón, por la cual ella, la tonta, la había querido...

Sí, la había querido por su efímero perfume, sus tules alevés... y esa muerte prematura tan desconcertante como el frívolo misterio de sus ojos.

Ahora levanta la mano, traza la señal de la cruz sobre la frente de su hija. ¿No solía despedirla cada noche de idéntica manera?

Más tarde, luego de haber cerrado todas sus puertas, se extenderá sobre el lecho, volverá la cara contra la pared y recién entonces se echará a sufrir. Y sufrirá oculto, rebelde a la menor confidencia, a cualquier ademán de simpatía, como si su pena no estuviere al alcance de nadie.

Y durante días, meses, tal vez años, seguirá cumpliendo mudo y resignado la parte de dolor que le asignó el destino.

Desde el principio de la noche, sin descanso, una mujer ha estado velando,

atendiendo a la muerta.

Por primera vez, sin embargo, la amortajada repara en ella; tan acostumbrada está a verla así, grave y solícita, junto a lechos de enfermos.

—«Alicia, mi pobre hermana, ¡eres tú! ¡Rezas!»

¿Dónde creerás que estoy? ¿Rindiendo cuentas al Dios terrible a quien ofreces día a día la brutalidad de tu marido, el incendio de tus aserraderos, y hasta la pérdida de tu único hijo, aquel niño desobediente y risueño que un árbol arrolló al caer y cuyo cuerpo se dislocó entero cuando lo levantaron de entre el fango y la hojarasca?

Alicia, no. Estoy aquí, disgregándome bien apegada a la tierra. Y me pregunto si veré algún día la cara de tu Dios.

Ya en el convento en que nos educamos, cuando Sor Marta apagaba las luces del largo dormitorio y mientras, infatigable, tú completabas las dos últimas decenas del rosario con la frente hundida en la almohada, yo me escurría de puntillas hacia la ventana del cuarto de baño. Prefería acechar a los recién casados de la quinta vecina.

En la planta baja, un balcón iluminado y dos mozos que tienden el mantel y encienden los candelabros de plata sobre la mesa.

En el primer piso otro balcón iluminado. Tras la cortina movediza de un sauce, ése era el balcón que atraía mis miradas más ávidas.

El marido tendido en el diván. Ella sentada frente al espejo, absorta en la contemplación de su propia imagen y llevándose cuidadosamente a ratos la mano a la mejilla, como para alisar una arruga imaginaria. Ella cepillando su espesa cabellera castaña, sacudiéndola como una bandera, perfumándola.

Me costaba ir a extenderme en mi estrecha cama, bajo la lámpara de aceite cuya mariposa titubeante deformaba y paseaba por las paredes la sombra del crucifijo.

Alicia, nunca me gustó mirar un crucifijo, tú lo sabes. Si en la sacristía empleaba todo mi dinero en comprar estampas era porque me regocijaban las alas blancas y espumosas de los ángeles y porque, a menudo, los ángeles se parecían a nuestras primas mayores, las que tenían novios, iban a bailes y se ponían brillantes en el pelo.

A todos afligió la indiferencia con que hice mi primera comunión.

Jamás me conturbó un retiro, ni una prédica. ¡Dios me parecía tan lejano, y tan severo!

Hablo del Dios que me imponía la religión, porque bien pueda que exista otro: un Dios más secreto y más comprensivo, el Dios que a menudo me hiciera presentir Zoila.

Porque ella, mi mamá, déspota, enfermera y censora, nunca logró comunicarme su sentido práctico, pero sí todas las supersticiones de su espíritu tan fuerte como sencillo.

—Chiquilla, ¡la luna nueva! Salúdala tres veces y pide tres cosas que Dios te las dará en seguida... ¡Una araña corriendo por el techo a estas horas! Novedad tendremos... ¡Jesús, quebraste ese espejo! Torcida va a andar tu suerte mientras no rompas vidrio blanco...

Y, Alicia, figúrate, a medida que iba viviendo, aquellos signos pueriles que sin yo saberlo consideraba ya «¡Advertencia de Dios!» iban cambiando y siendo reemplazados por otros signos más sutiles.

No sé cómo explicarte. Ciertas coincidencias extrañas, ciertas ansiedades sin objeto, ciertas palabras o gestos míos que mi inteligencia no hubiera podido encontrar por sí sola; y tantas otras pequeñas cosas, difíciles de captar y aún más de contar, empezaron a antojárseme signos de algo; alguien, observándome escondido y entretejiendo a ratos parte de su voluntad dentro de la aventura de mi vida.

Claro está, las manifestaciones de ese «alguien» eran oscuras, a menudo contradictorias. Sin embargo, ¿qué de veces me obligaron a preguntarme miedosamente si un Dios muy orgulloso pero también anhelante de que se lo presintiera, se lo buscara, se lo deseara... no alentaba quizás, invisible y cerca?

Pero, Alicia, tú bien sabes que este «valle de lágrimas», como sueles decir, impertérrita a la sonrisa burlona de tu marido; este valle, sus lágrimas y gente, sus pequeñeces y goces acapararon siempre lo mejor de mis días y sentir.

Y es posible, más que posible, Alicia, que yo no tenga alma.

Deben tener alma los que la sienten dentro de sí bullir y reclamar. Tal vez sean los hombres como las plantas; no todas están llamadas a retoñar y la hay en las arenas que viven sin sed de agua porque carecen de hambrientas raíces.

Y puede, puede así, que las muertes no sean todas iguales. Puede que hasta después de la muerte todos sigamos distintos caminos.

Pero reza, Alicia, reza. Me gusta ver rezar, tú lo sabes.

¡Qué no daría, sin embargo, mi pobre Alicia, por que te fuera concedida en Tierra una partícula de la felicidad que te está reservada en tu cielo! Me duele tu palidez, tu tristeza. Hasta tus cabellos parecen habértelos desteñido las penas.

¿Recuerdas tus dorados cabellos de niña? ¿Y recuerdas la envidia mía y la de las primas? Porque eras rubia te admirábamos, te creíamos la más bonita. ¿Recuerdas?

Ahora sólo queda cerca de ella el marido de María Griselda.

¡Cómo es posible que ella también llame a su hijo: el marido de María Griselda!

¿Por qué? ¡Porque cela a su hermosa mujer! ¡Porque la mantiene aislada en un lejano fundo del sur!

La noche entera ella ha estado extrañando la presencia de su nuera y la ha molestado la actitud de Alberto; de este hijo que no ha hecho sino moverse, pasear miradas inquietas alrededor del cuarto.

Ahora que, echado sobre una silla, descansa, duerme tal vez, ¿qué nota en él de nuevo, de extraño... de terrible?

Sus párpados. Son los párpados los que lo cambian, los que la espantan; unos párpados rugosos y secos, como si, cerrados noche a noche sobre una pasión taciturna, se hubieran marchitado, quemados desde adentro.

Es curioso que lo note por primera vez. ¿O simplemente es natural que se afine en

los muertos la percepción de cuanto es signo de muerte?

De pronto aquellos párpados bajos comienzan a mirarla fijamente, con la insondable fijeza con que miran los ojos de un demente.

¡Oh, abre los ojos, Alberto!

Como si respondiera a la súplica, los abre, en efecto... para echar una nueva mirada recelosa a su alrededor. Ahora se acerca a ella, su madre amortajada, y la toca en la frente como para cerciorarse de que está bien muerta.

Tranquilizado, se encamina resuelto hacia el fondo del cuarto.

Ella lo oye moverse en la penumbra, tantear los muebles, como si buscara algo.

Ahora vuelve sobre sus pasos con un retrato entre las manos.

Ahora pega a la llama de uno de los cirios la imagen de María Griselda y se dedica a quemarla concienzudamente, y sus rasgos se distienden apaciguados a medida que la bella imagen se esfuma, se parte en cenizas.

Salvo una muerta, nadie sabe ni sabrá jamás cuánto lo han hecho sufrir esas numerosas efigies de su mujer, rayos por donde ella se evade, a pesar de su vigilancia.

¿No entrega acaso un poco de su belleza en cada retrato? ¿No existe acaso en cada uno de ellos una posibilidad de comunicación?

Sí, pero ya el fuego deshojó el último. Ya no queda más que una sola María Griselda; la que mantiene secuestrada allá en un lejano fundo del sur.

¡Oh, Alberto, mi pobre hijo!

Alguien, algo la toma de la mano.

—«Vamos, vamos...»

—«¿Adónde?»

—«Vamos».

Y va. Alguien, algo la arrastra, la guía a través de una ciudad abandonada y recubierta por una capa de polvo de ceniza, tal como si sobre ella hubiese delicadamente soplado una brisa macabra.

Anda. Anochece. Anda.

Un prado. En el corazón mismo de aquella ciudad maldita, un prado recién regado y fosforescente de insectos.

Da un paso. Y atraviesa el doble anillo de niebla que lo circunda. Y entra en las luciérnagas, hasta los hombros, como en un flotante polvo de oro.

¡Ay! ¿Qué fuerza es ésta que la envuelve y la arrebatata?

Hela aquí, nuevamente inmóvil, tendida boca arriba en el amplio lecho.

Liviana. Se siente liviana. Intenta moverse y no puede. Es como si la capa más secreta, más profunda de su cuerpo se revolviere aprisionada dentro de otras capas más pesadas que no pudiera alzar y que la retienen clavada, ahí, entre el chisporroteo aceitoso de dos cirios.

El día quema horas, minutos, segundos.

—«Vamos».

—«No».

Fatigada, anhela, sin embargo, desprenderse de aquella partícula de conciencia que la mantiene atada a la vida y dejarse llevar hacia atrás, hasta el profundo y muelle abismo que siente allá abajo.

Pero una inquietud la mueve a no desasirse del último nudo.

Mientras el día quema horas, minutos, segundos.

Este hombre moreno y enjuto al que la fiebre hace temblar los labios como si le estuviera hablando. ¡Que se vaya! No quiere oírlo.

—«¡Ana María, levántate!»

Levántate para vedarme una vez más la entrada de tu cuarto. Levántate para esquivarme o para herirme, para quitarme día a día la vida y la alegría. Pero ¡levántate, levántate!

¡Tú, muerta!

Tú incorporada, en un breve segundo, a esa raza implacable que nos mira agitarnos, desdeñosa e inmóvil.

Tú, minuto por minuto cayendo un poco más en el pasado. Y las sustancias vivas de que estabas hecha, separándose, escurriéndose por cauces distintos, como ríos que no lograrán jamás volver sobre su curso. ¡Jamás!

«Ana María, ¡si supieras cuánto, cuánto te he querido!»

¡Este hombre! ¡Por qué aun amortajada le impone su amor!

Es raro que un amor humille, no consiga sino humillar.

El amor de Fernando la humilló siempre. La hacía sentirse más pobre. No era la enfermedad que le manchaba la piel y le agriaba el carácter lo que le molestaba en él, ni como a todos, su desagradable inteligencia, altanera y positiva.

Lo despreciaba porque no era feliz, porque no tenía suerte.

¿De qué manera se impuso sin embargo en su vida hasta volvérselo un mal necesario? El bien lo sabe: haciéndose su confidente.

¡Ah, sus confidencias! ¡Que arrepentimiento la embargaba siempre, después!

Oscuramente presentía que Fernando se alimentaba de su rabia o de su tristeza; que mientras ella hablaba, él analizaba, calculaba, gozaba sus desengaños, creyendo tal vez que la cercarían hasta arrojarla inevitablemente en sus brazos. Presentía que con sus cargos y sus quejas suministraba material a la secreta envidia que él abrigaba contra su marido. Porque fingía menospreciarlo y lo envidiaba: le envidiaba precisamente los defectos que le merecían su reprobación.

¡Fernando! Durante largos años, qué de noches, ante el terror de una velada solitaria, ella lo llamó a su lado, frente al fuego que empezaba a arder en los gruesos troncos de la chimenea. En vano se proponía hablarle de cosas indiferentes. Junto con la hora y la llama, el veneno crecía, le trepaba por la garganta hasta los labios, y comenzaba a hablar.

Hablaba y él escuchaba. Jamás tuvo una palabra de consuelo, ni propuso una

solución ni atemperó una duda, jamás. Pero escuchaba, escuchaba atentamente lo que sus hijos solían calificar de celos, de manías.

Después de la primera confidencia, la segunda y la tercera afluyeron naturalmente y las siguientes también, pero ya casi contra su voluntad.

En seguida, le fue imposible poner un dique a su incontinencia. Los había admitido en su intimidad y no era bastante fuerte para echarlo.

Pero no supo que podía odiarlo hasta esa noche en que él se confió a su vez.

¡La frialdad con que le contó aquel despertar junto al cuerpo ya inerte de su mujer, la frialdad con que le habló del famoso tubo de veronal encontrado vacío sobre el velador!

Durante varias horas había dormido junto a una muerta y su contacto no había marcado su carne con el más leve temblor.

—«¡Pobre Inés! —decía—. Aún no logro explicarme el porqué de su resolución. No parecía triste ni deprimida. Ninguna rareza aparente tampoco. De vez en cuando, sin embargo, recuerdo haberla sorprendido mirándome fijamente como si me estuviera viendo por primera vez. Me dejó. ¡Qué me importa que no fuera para seguir a un amante! Me dejó. El amor se me ha escurrido, se me escurrirá siempre, como se escurre el agua de entre dos manos cerradas.

¡Oh, Ana María, ninguno de los dos hemos nacido bajo estrella que lo preserve...!» —dijo, y ella enrojeció como si le hubiera descargado a traición una bofetada en pleno rostro.

¿Con qué derecho la consideraba su igual?

En un brusco desdoblamiento lo había visto y se había visto, él y ella, los dos junto a la chimenea. Dos seres al margen del amor, al margen de la vida, teniéndose las manos y suspirando, recordando, envidiando. Dos pobres. Y como los pobres se consuelan entre ellos, tal vez algún día, ellos dos... ¡Ah, no! ¡Eso no! ¡Eso jamás, jamás!

Desde aquella noche solía detestarlo. Pero nunca pudo rehuirlo.

Ensayó, sí, muchas veces. Pero Fernando sonreía indulgente a sus acogidas de pronto glaciales; soportaba, imperturbable, las vejaciones, adivinando quizás que luchaba en vano contra el extraño sentimiento que la empujaba hacia él, adivinando que recaería sobre su pecho, ebria de nuevas confidencias.

¡Sus confidencias! ¡Cuántas veces quiso rehuirlas él también! Antonio, los hijos; los hijos y Antonio. Sólo ellos ocupaban el pensamiento de esa mujer, tenía derecho a su ternura, a su dolor.

Mucho, mucho debió quererla para escuchar tantos años sus insidiosas palabras, para permitirle que le desgarrase así, suave y laboriosamente, el corazón.

Y sin embargo, no supo ser débil y humilde hasta lo último.

«Ana María, tus mentiras, debí haber fingido también creerlas. ¡Tu marido celoso de ti, de nuestra amistad!

»¿Por qué no haber aceptado esta inocente invención tuya si halagaba tu amor propio? No. Prefería perder terreno en tu afecto antes que parecerte cándido.

»Más que mi mala suerte fue, Ana María, mi torpeza la que impidió que me quisieras.

»Te veo inclinada al borde de la chimenea, echar cenizas sobre las brasas mortecinas; te veo arrollar el tejido, cerrar el piano, doblar los periódicos tirados sobre los muebles.

»Te veo acercarte a mí, despeinada y doliente: —“Buenas noches, Fernando. Siento haberle hablado aún de todo esto. La verdad es que Antonio no me quiso nunca. Entonces, ¿a qué protestar, a qué luchar? Buenas noches”. Y tu mano se aferraba a la mía en una despedida interminable, y a pesar tuyo tus ojos me interrogaban, imploraban un desmentido a tus últimas palabras.

»Y yo, yo, envidioso, mezquino, egoísta, me iba sin desplegar los labios más que para murmurar: “Buenas noches”.

»Sin embargo, mucho me ha de ser perdonado, porque mi amor te perdonó mucho.

»Hasta que te encontré, cuando se me hería en mi orgullo dejaba automáticamente de amar, y no perdonaba jamás. Mi mujer habría podido decírtelo, ella, que no obtuvo de mí ni un reproche, ni un recuerdo, ni una flor en su tumba.

»Por ti, sólo por ti, Ana María, he conocido el amor que se humilla, resiste a la ofensa y perdona la ofensa.

»¡Por ti, sólo por ti!

»Tal vez había sonado para mí la hora de la piedad, hora en que nos hacemos solidarios hasta del enemigo llamado a sufrir nuestro propio mísero destino.

»Tal vez amaba en ti ese patético comienzo de destrucción. Nunca hermosura alguna me conmovió tanto como esa tuya en decadencia.

»Amé tu tez marchita que hacía resaltar la frescura de tus labios y la esplendidez de tus anchas cejas pasadas de moda, de tus cejas lisas y brillantes como una franja de terciopelo nuevo. Amé tu cuerpo maduro con el cual la gracilidad del cuello y de los tobillos ganaban, por contraste, una doble y enternecedora seducción. Pero no quiero quitarte méritos. Me seducía también tu inteligencia, porque era la voz de tu sensibilidad y de tu instinto.

»Qué de veces te obligué a precisar una exclamación, un comentario.

»Tú enmudecías, colérica, presumiendo que me burlaba.

»Y no, Ana María, siempre me creíste más fuerte de lo que era. Te admiraba. Admiraba esa tranquila inteligencia tuya cuyas raíces estaban hundidas en lo oscuro de tu ser.

»—“¿Sabe lo que hace agradable e íntimo este cuarto? El reflejo y la sombra del árbol arrimado a la ventana. Las casas no debieran ser nunca más altas que los árboles”, decías.

»O aun: “No se mueva. ¡Ay, qué silencio! El aire parece de cristal. En tardes

como ésta me da miedo hasta de pestañear. ¿Sabe uno acaso dónde terminan los gestos? ¡Tal vez si levanto la mano, provoque en otros mundos la trizadura de una estrella!».

»Sí, te admiraba y te comprendía.

»Oh, Ana María, si hubieras querido, de tu desgracia y mi desdicha hubiéramos podido construir un afecto, una vida; y muchos habrían rondado envidiosos alrededor de nuestra unión como se ronda alrededor de un verdadero amor, de la felicidad.

»¡Si hubieras querido! Pero ni siquiera tomaste en cuenta mi paciencia. Nunca me agradeciste una gentileza. Nunca.

»Me guardabas rencor porque te apreciaba y conocía más que nadie, yo, el hombre que tú no amabas».

Pobre Fernando, ¡cómo tiembla! Casi no puede tenerse en pie. ¡Va a desmayarse!

Un muchacho comparte el temor de la amortajada. Fred, que se acerca, pone la mano sobre el hombro del enfermo y le habla en voz baja. Pero Fernando sacude la cabeza, y se niega, tal vez, a salir del cuarto.

Entonces ella observa cómo Fred lo empuja hacia un sillón y se inclina solícito. Y el pasado tierno que la presencia del muchacho volcó en su corazón desborda por sobre esta imagen de Fernando entre los brazos de Fred, el hijo preferido.

Recuerda que, de niño Fred tenía miedo a los espejos y solía hablar en sueños un idioma desconocido.

Recuerda el verano de la gran sequía y aquella tarde en que a eso de las tres, Fernando le había dicho: —«¿Si fuéramos hasta los terrenos que compré ayer?»

Los niños treparon al break sin titubear.

Antonio alegó lo de siempre: que era desagradable salir a esa hora.

Pero ella, para no decepcionar a Fernando y cuidar que los niños expusieran sus cabezas al sol, había aceptado la poco dichosa invitación.

—«Estaremos de vuelta mucho antes de la comida», gritó a su marido en tanto el coche se alejaba. Pero Antonio, que fumaba recostado en la mecedora, ni se dignó agitar la mano.

Y así hubo de sobrellevar muda y ofendida los primeros diez minutos de llanura polvorienta.

Los perros de Fred, esa jauría hecha de todos los perros vagos del fundo, siguieron un instante el carruaje. Luego se quedaron bebiendo en el barro de la acequia.

Los niños se movían incesantemente, gritaban, cantaban, hacían preguntas. Ella, agobiada por el calor, sonreía sin contestarles. Y el coche avanzaba así, entre una doble fila de lechuzas que, gravemente erguidas sobre los postes del alambrado, los miraban pasar.

«Tío Fernando, quiero una lechuza. Toma, aquí tienes tu escopeta, mata una lechuza para mí. ¿Por qué no? ¿Por qué, tío Fernando? Yo quiero una lechuza. Ésa. No, ésa no. Esta otra...».

Y Fernando accedió como accedía siempre cuando Anita se le colgaba de una manga y lo miraba en los ojos. Por temor de caer en desgracia ante la niña, halagaba siempre sus malas pasiones. La llamaba Princesa, y apedreaba junto con ella las pequeñas lagartijas que se escurrían horizontales por las tapias del jardín.

Fernando detuvo los caballos, apoyó la escopeta contra el hombro y apuntó a la lechuza que desde un poste los observaba, confiada, sin moverse.

Una breve detonación paró de golpe el inmenso palpitar de las cigarras, y el pájaro cayó fulminado al pie del poste. Anita corrió a recogerlo. El canto de las cigarras se elevó de nuevo como un grito. Y ellos reanudaron la marcha.

Sobre las rodillas de la niña, la lechuza mantenía abiertos los ojos, unos ojos redondos, amarillos y mojados, fijos como una amenaza.

Pero, sin inmutarse, la niña sostenía la mirada. «No está bien muerta. Me ve. Ahora cierra los ojos poquito a poco... ¡Mamá, mamá, los párpados le salen de abajo!».

Pero ella no la escuchaba sino a medias, atenta a la masa violeta y sombría que, desde el fondo del horizonte, avanzaba al encuentro del carruaje.

«¡Niños, a subir el toldo! Una tormenta se nos viene encima».

Fue cosa de un instante. Fue sólo un viento oscuro que barrió contra ellos ramas secas, pedregullo e insectos muertos.

Cuando lograron trasponerlo, la vieja armazón del break temblaba entera, el cielo se extendía gris y el silencio era tan absoluto que daban deseos de removerlo como a una agua demasiado espesa.

Bruscamente, habían descendido a otro clima, a otro tiempo, a otra región.

Los caballos corrían despavoridos por una llanura que ninguno recordaba haber visto jamás. Y así arrastraron el coche hasta una granja en ruinas.

De pie, en el umbral sin puerta, un hombre parecía esperarlos.

—«¿El camino a San Roberto, por favor?»

El peón —¿era peón?— calzaba botas y tenía una fusta en la mano; los miró extrañamente, tardó un segundo y contestó:

—«Sigán derecho. Encontrarán un puente. Doblen luego a la izquierda».

—«Gracias».

Los caballos emprendieron de nuevo su inquietante carrera. Y entonces, Fred con cautela se arrimó a ella y la llamó en voz muy baja:

—«Mamá, ¿te fijaste en los ojos del hombre? Eran iguales a los de la...»

Aterrada ella se había vuelto hacia su hija para gritarle:

—«Tira esa lechuza; tírala he dicho, que te mancha el vestido».

¿El puente? Cuántas horas erraron en su busca. No sabe.

Sólo recuerda que en un determinado momento ella había ordenado: «Volvamos».

Fernando obedeció en silencio y emprendió aquel interminable regreso durante el cual la noche se les echó encima.

La llanura, un monte, otra vez la llanura y otra vez un monte.

Y la llanura aún.

«Tengo hambre», murmuraba tímidamente Alberto.

Anita dormía, recostada contra Fernando, y la felicidad de Fernando era tan evidente que ella procuraba no mirarlo, presa de un singular pudor.

Bruscamente uno de los caballos resbaló y se desplomó largo a largo.

Dentro del coche se hizo un breve silencio. Luego, como si revivieran de golpe, los niños se precipitaron coche abajo, prorrumpiendo en gritos y suspiros.

Fernando habló por fin. «Ana María, estoy perdido desde hace horas», dijo.

Los niños corrían en la oscuridad del campo. «Aquí debe haber llovido», chillaba Alberto hundido hasta la rodilla en un lodazal.

Apremiado por Fernando el caballo se erguía tambaleante, caía y se volvía a alzar relinchando sordamente.

—«Ana María, más vale no seguir el viaje. Los caballos están extenuados. El coche no tiene faroles. Esperemos que amanezca».

«¡Antonio!», había gemido ella, sintiéndose de pronto muy débil.

Instantáneamente Fernando golpeó las manos para reunir a los niños dispersos.

—«¡Nos vamos! ¡Nos vamos! ¿Y Fred? ¿Dónde está Fred? ¡Fred! ¡Fred!»

—«¡Hu, hu!» —gritó una voz, mientras, a lo lejos, un punto de luz se encendía y apagaba.

—«Se ha llevado la linterna sorda y está jugando a la luciérnaga» —explicaron los hermanos.

Recuerda cómo echó pie a tierra y se internó rabiosa entre las zarzas, mal segura sobre sus altos tacones.

—«Fred, nos vamos. ¿Qué haces aquí?»

Inmóvil ante un arbusto cuyas ramas mantenía alzadas, Fred, por toda respuesta le hizo una seña misteriosa. Y como si le comunicara un secreto, fijó contra el fango el redondel de luz.

Entonces ella vio, pegada a la tierra, una enorme cineraria. Una cineraria de un azul oscuro, violento y mojado, y que temblaba levemente.

Durante el espacio de un segundo el niño y ella permanecieron con la vista fija en la flor, que parecía respirar.

De pronto Fred desvió la luz y la tétrica cosa se hundió en la sombra.

¿Por qué persistió en ella la imagen azul y fría? ¿Por qué sus carnes se apretaban temblorosas mientras volvía hacia el coche apoyada en el hombro de Fred? ¿Por qué había dicho suavemente a Fernando: «Tiene razón. Es peligroso seguir viaje. Esperemos que amanezca»?

Como si hubieran oído una orden, los niños estiraron las mantas.

Distingue aún como en sueños a su hijo Alberto que se acerca a tapanla, que le pega un coscorrón a Fred, para dormir, solo, contra ella y bajo el mismo abrigo.

Nunca, no, nunca olvidó el terror que los sobrecogió al despertar.

Un paso más y aquella noche habían desaparecido todos. El coche estaba detenido

al borde de la escarpa. Y allá, en lo hondo, debajo de una espesa neblina, y encajonado entre las dos pendientes, adivinaron, corriendo a negros borbotones, el río.

Desde aquel día memorable ella había vigilado a Fred, inquieta, sin saber por qué. Pero el niño no parecía tener conciencia de ese sexto sentido que lo vinculaba a la tierra y a lo secreto.

Y aun cuando fue un muchacho insolente y robusto lo siguió cuidando como a un ser delicado. Sólo porque de repente, y en el momento más inesperado, solía mirarla con los ojos pueriles y graves del niño misterioso de ayer.

—«No lo niegues, solía decirle Antonio, es tu preferido, le perdonas todo». Ella sonreía. Era cierto que le perdonaba todo, hasta la rudeza con que se desprendía de ella cuando se inclinaba para besarlo.

¿Y cómo olvidar aquella pequeña mano que durante tres días y tres noches, en el cuarto de una clínica, se aferró a la suya sin soltarla? Durante tres días ella no había comido y durante tres noches había dormido sentada al borde del lecho, torturada por esa mano ávida de Fred, que le transmitía el sufrimiento y la obligaba a hundirse, junto con él, en la pesadilla y el ahogo.

Poco a poco, sin advertirlo, ella se había acostumbrado a su fastidiosa presencia.

Abominaba del deseo que brillaba en los ojos de Fernando, y sin embargo la halagaba ese irreflexivo homenaje cotidiano.

Ahora recuerda, como en una última confidencia, a Beatriz, la íntima amiga de su hija. Recuerda su patética voz de contralto. Apenas sabía cantar, pero cuando ella la acompañaba al piano lograba sobreponer su torpeza. Tenía en la garganta cierta nota de terciopelo, grave y tierna a la vez, que su voluntad prolongaba, amplificaba, sofocaba dulcemente. Recuerda el otoño pasado y sus noches sin luna estridentes y claras.

«Apenas levantados de la mesa, tú, Fernando, te apresurabas a salir con el cigarrillo en los labios, esperando que te siguiera para apoyarme a tu lado contra la balastrada de la terraza. Pero yo corría a instalarme frente al piano. Y Beatriz empezaba a cantar.

»Uno, dos, tres lieder me esperabas de pie, luego te sentabas en el escaño de hierro, la espalda apoyada contra las enredaderas del muro.

»Hasta el salón culebreaba el humo de los cigarrillos, que encendías uno en la colilla del otro, sin compasión por tu salud.

»Nada me importaba tu enervamiento, la humedad que las madre selvas alentaban sobre tus hombros. Mañana estarías enfermo, por cierto, pero ¿era, acaso, yo culpable de que te empeñases, taciturno, en esperarme al frío, culpable de que la música me apasionara cien veces más que tu compañía?

»Muchas veces, inmediatamente después del acorde final subí furtivamente a mi cuarto sin esperar tu vuelta, negándote la limosna de las buenas noches.

»Nunca se me ocurrió pensar que fuera una crueldad inútil; creía que tu presencia o tu ausencia me dejaban indiferente.

»Una noche, sin embargo, entre una romanza y otra me asomé a la terraza.

»No encontré a nadie sobre el escaño de hierro.

»¿Por qué te habías marchado sin avisar? ¿Y en qué momento? Ni a lo lejos resonaba el galope de tus caballos.

»Recuerdo mi desconcierto. Di unos pasos, respiré fuerte, levanté los ojos.

»Había en el cielo un hormigueo tal de estrellas que debí bajarlos casi en seguida, presa de vértigo. Vi entonces el jardín, los potreros crudamente golpeados por una luz directa, uniforme, y tuve frío.

»Frente al piano, otra vez, me acometió un gran desaliento.

»Ya no me interesaba la música ni el canto de Beatriz. No encontraba ya razón de ser a mis gestos.

»Oh, Fernando, me habías envuelto en tus redes. Para sentirme vivir, necesité desde entonces a mi lado ese constante sufrimiento tuyo.

»Qué de veces durante mi enfermedad me incorporé en el lecho para escucharte con delicia rondar la puerta que te había vedado».

¡Pobre Fernando! Ahora se acerca para tocarle tímidamente los cabellos; sus largos cabellos de muerta, crecidos hasta durante esa noche.

Abren de golpe las persianas. Luz gris ¿de amanecer, de atardecer?

Ni una sombra es posible ya en el cuarto a la luz de esta fea luz. Las cosas se destacan con dureza. Algo revolotea pesadamente entre las flores y se posa sobre la sábana, algo abyecto... una mosca.

Fernando ha levantado la cabeza. Por fin logrará lo que tanto anheló.

¿Por qué titubea y detiene su impulso ahora que puede besarla?

¿Por qué la mira fijamente y no la besa? ¿Por qué?

Recién entonces ella ve sus propios pies. Los ve extrañamente erguidos y puestos allá, al extremo de la colcha, como dos cosas ajenas a su cuerpo.

Y porque veló en vida a muchos muertos, la amortajada comprende. Comprende que en el espacio de un minuto inasible ha cambiado su ser. Que al levantar Fernando los ojos había hallado a una estatua de cera en el lugar en que yacía la mujer codiciada.

Cuantos entran al cuarto se mueven ahora tranquilos, se mueven indiferentes a ese cuerpo de mujer, lívido y remoto, cuya carne parece hecha de otra materia que la de ellos.

Sólo Fernando sigue con la mirada fija en ella, y sus labios temblorosos parecen casi articular su pensamiento.

«Ana María, ¡es posible! ¡Me descansa tu muerte!

»Tu muerte ha extirpado de raíz esa inquietud que día y noche me azuzaba a mí, un hombre de cincuenta años, tras tu sonrisa, tu llamado de mujer ociosa.

»En las noches frías de invierno mis pobres caballos no arrastrarán más entre tu fundo y el mío aquel sulky con un enfermo adentro, tiritando de frío y mal humor. Ya no necesitaré combatir la angustia en que me sumía una frase, un reproche tuyos, una mezquina actitud mía.

»Necesitaba tanto descansar, Ana María. ¡Me descansa tu muerte!

»De hoy en adelante no me ocuparán más tus problemas sino los trabajos del fundo, mis intereses políticos. Sin miedo a tus sarcasmos o a mis pensamientos reposaré extendido varias horas al día, como lo requiere mi salud. Me interesará la lectura de un libro, la conversación de un amigo; estrenaré con gusto una pipa, un tabaco nuevo.

»Sí, volveré a gozar los humildes placeres que la vida no me ha quitado aún y que mi amor por ti me envenenaba en su fuente.

»Volveré a dormir, Ana María, a dormir hasta bien entrada la mañana, como duermen los que nadie ni nada apremia. Ninguna alegría, pero tampoco ninguna amargura.

»Sí, estoy contento. Ya no necesitaré defenderme contra un nuevo dolor cada día.

»Me sabías egoísta, ¿verdad? Pero no sabías hasta dónde era capaz de llegar mi egoísmo. Tal vez deseé tu muerte, Ana María».

El día quema horas, minutos, segundos.

Muy entrada la tarde, llega, por fin, el hombre que ella esperaba.

El vacío que hacen alrededor de su cama le previene que se encuentra en la casa y que espera tal vez en la habitación contigua.

Durante un espacio de tiempo que le parece interminable, nada altera el silencio.

Apoyado contra el quicio de la puerta, adivina, de pronto, a su marido.

Lo han dejado solo, dueño y señor de aquella muerte. Y allí está inmóvil, concentrando fuerzas para poder afrontarla con dignidad.

Ella empieza entonces a remover cenizas, retrocediendo entremedio hasta un tiempo muy lejano, hasta una ciudad inmensa, callada y triste, hasta una casa donde llegó cierta noche.

¿A qué hora? No sabría decirlo.

Ya en el tren, extenuada por el largo viaje, había reclinado la cabeza sobre el hombro de Antonio. El ramo de azahares prendido a su manguito alentaba una azucarada fragancia que la mareaba ligeramente y le impedía prestar atención a cuanto le murmuraba su joven marido.

Pero ¿importaba? ¿No repetía acaso lo que le contó ya una, dos y muchas veces?

«... Que ella tejía, no hacía sino tejer en la veranda de cristales que abría sobre el jardín... y que la suerte había querido que el fundo de él, aquella negra selva inculta, no dispusiera de un solo camino transitable; que así, de paso por un camino prestado, pudo admirarla, tarde a tarde, durante un año... que un pesado nudo de trenzas negras doblegaba hacia atrás su cabeza, su pequeña y pálida frente. Aquella primavera, como

para tocar su mejilla, un árbol entraba al aposento, sus ramas cargadas de flores y de abejas... y era fácil para él acecharla entonces; no necesitaba tan siquiera bajarse del caballo... que apenas el invierno acortó los días cobró audacia y fue a apoyar la frente contra los vidrios, y que, largo rato, desde la oscuridad de la noche, solía abismarse en la contemplación de la lámpara, del fuego en la chimenea y de aquella muchacha silenciosa que tejía extendida en una larga mecedora de paja. A menudo, como si lo presintiera allí agazapado tras la oscuridad, ella levantaba los ojos y sonreía distraídamente, al azar. Sus pupilas tenían el color de la miel y despedían siempre la misma mirada perezosa y dulce. La nieve aleteó una vez sobre sus espaldas de intruso; en vano pesaba sobre el ala de su sombrero, y se le adhería a las pestañas. Enamorado ya, perdidamente, continuó a pesar de todo, gozando de esa sonrisa que no iba dirigida a él...».

El ramo de azahares prendido a su manguito, su malsano aroma que la adormecía, le quitaba fuerzas para reaccionar violentamente y gritarle: «Te equivocas. Era engañosa mi indolencia. Si solamente hubieras tirado del hilo de mi lana, si hubieras, malla por malla, deshecho mi tejido... a cada una se enredaba un borrascoso pensamiento y un nombre que no olvidaré».

En aquella fría alcoba nupcial, cuántas veces, al volver del primer sueño, intentó traspasar el espeso velo de la oscuridad que se le pegaba a los ojos.

Su corazón latía azorado. Era tan profunda aquella oscuridad. ¿No estaría ciega?

Estiraba los brazos, palpaba nerviosamente a su alrededor, se aprestaba sofocada a saltar del lecho, cuando una mano de fuego se le posaba sobre el seno, la tumbaba nuevamente hacia atrás. Y como si viniera a tocarle una herida, el gesto de aquella mano imperiosa la tornaba débil y gimiente, cada vez.

Recuerda que permanecía inmóvil, anhelando primero detener, luego desalentar con su pasividad el asalto amoroso; y permanecía inmóvil hasta durante el último, el definitivo beso.

Pero cierta noche sobrevino aquello, aquello que ella ignoraba.

Fue como si del centro de sus entrañas naciera un hirviente y lento escalofrío que junto con cada caricia empezara a subir, a crecer, a envolverla en anillos hasta la raíz de los cabellos, hasta empuñarla por la garganta, cortarle la respiración y sacudirla para arrojarla finalmente, exhausta y desembriagada, contra el lecho revuelto.

¡El placer! ¡Con que era eso el placer! ¡Ese estremecimiento, ese inmenso aletazo y ese recaer unidos en la misma vergüenza!

¡Pobre Antonio, qué extrañeza la suya ante el rechazo casi inmediato! Nunca, nunca supo hasta qué punto lo odiaba todas las noches en aquel momento.

Nunca supo que noche tras noche, la enloquecida niña que estrechaba en sus brazos, apretando los dientes con ira intentaba conjurar el urgente escalofrío. Que ya no luchaba sólo contra las caricias sino contra el temblor que, noche a noche, esas caricias lograban, inexorables, hacer brotar en su carne.

Amanece, había pensado ella, cuando la criada abrió las persianas a su primera mañana de casada, tan escasa era la luz que penetró en la fría estancia.

Sin embargo, su marido la requería desde fuera: «Levántate».

Recuerda como si fuera hoy el jardín estrecho y sin flores, tapizado de musgo sombrío y el estanque de tinta sobre cuya superficie se recortó su propia imagen envuelta en el largo peinador blanco.

Pobre Antonio. ¿Qué gritaba? «Es un espejo, un espejo grande para que desde el balcón te peines las trenzas».

¡Ah, peinarse eternamente las trenzas a esa desoladora luz de amanecer!

Miró afligida el paisaje que se reflejaba invertido a sus pies. Unos muros muy altos. Una casa de piedra verdosa. Ella y su marido como suspendidos entre dos abismos: el cielo, y el cielo en el agua.

—«Lindo, ¿verdad? Mira, lo rompes y se vuelve a armar...».

Riendo siempre, Antonio agitó el brazo para lanzar con violencia un guijarro que allá abajo fue a herir a su desposada en plena frente.

Miles de culebras fosforescentes estallaron en el estanque y el paisaje que había dentro se retorció, y se rompió.

Recuerda. Asiéndose de la balastrada de hierro forjado, había cerrado los ojos, conmovida por un miedo pueril.

—«El fin del mundo. Así ha de ser. Lo he visto».

La nueva casa; aquella casa incómoda y suntuosa donde habían muerto los padres de Antonio y donde él mismo había nacido. Su nueva casa, recuerda haberla odiado desde el instante en que franqueó la puerta de entrada.

¡Qué distinta del pabellón de madera fragante cuyo luminoso interior invitaba a espiar por los cristales!

Tal vez tuviera algún parecido con la vieja casa de su abuela en la ciudad de provincia donde pasó su primera infancia, donde residió durante el invierno y se presentó en sociedad.

Pero ¿dónde están la sala de billar, el costurero, el jardín con olor a toronjil?

Aquí, ni una sola chimenea —y ¡horror!, el espejo del vestíbulo trizado de arriba abajo—; largos salones cuyos muebles parecían definitivamente enfundados de brin.

Recuerda que erraba de cuarto en cuarto buscando en vano un rincón a su gusto. Se perdía en los corredores. En las escaleras espléndidamente alfombradas, su pie chocaba contra la varilla de bronce de cada escalón.

No lograba orientarse, no lograba adaptarse.

Invariablemente, a la caída de la tarde, Antonio instalaba a su mujer en el fondo del cupé, le cubría las rodillas con una piel y se recostaba a su lado.

Jamás llegaron, sin embargo, hasta la casa de la madrina paralítica que dormitaba pegada al brasero de plata. Y la vieja sobreviviente de esa familia extinguida los

esperó, en vano, tarde a tarde, junto al té servido, y bajó a reposar con los suyos sin conocer a la que iba a continuar su raza.

—«Iremos mañana» —suspiraba el enamorado marido apenas el coche franqueaba el portal—, «hoy déjame mirarte, déjame quererte». Y vagaban al azar.

Así, recién casada, trabó conocimiento con aquella ciudad inmensa, callada y triste.

Al final de sus estrechas calles divisaban siempre las escarpadas montañas. La población estaba cercada de granito, como sumida en un pozo de la alta cordillera, aislada hasta el viento.

Y ella, acostumbrada al eterno susurrar de los trigos, de los bosques, al chasquido del río golpeando las piedras erguidas contra la corriente, había empezado a sentir miedo de ese silencio absoluto y total que solía despertarla durante las noches.

La perseguía la imagen del mundo que vio destrozarse el primer día en el estanque. Aquel silencio se le antojaba el presagio de una catástrofe.

Tal vez un volcán ignorado de todos acechaba, muy cerca, el momento de estallar y aniquilar.

Había anhelado entonces refugiarse en algo que le fuera familiar, en un gesto, en un recuerdo.

No reconocía su cuerpo disfrazado de vestidos nuevos, sus cabellos mal peinados. Pero Zoila, ¿por qué la había criado tan haragana? ¿Por qué no le habría enseñado a apretar su pesada cabellera?

Día a día aplazaba el deseo de abrir sus maletas para buscar retratos, objetos, una prenda cordial. El frío, un frío insólito la estaba volviendo cobarde, sin iniciativa, y sus dedos transidos no atinaban ni a anudar un lazo de cinta.

Trataba de pensar en cuanto había dejado hacía tan sólo un par de meses. Entornaba los ojos procurando evocar un cuarto tibio, y no lo veía sino revuelto por la precipitación de la partida; el gran salón de fiestas donde temblaban las lágrimas de cristal de las arañas y donde, con las trenzas recogidas por primera vez, bailó cierta noche locamente hasta el amanecer, y no lo encontraba sino en aquella tarde gris en que su padre le había dicho: «Chiquilla, abraza a tu novio».

Entonces ella se había acercado obediente a ese hombre tan arrogante... y tan rico, se había empinado para besar su mejilla.

Recordaba que al apartarse la habían impresionado el rostro grave de la abuela y las manos temblorosas de su padre. Recordaba haber pensado en Zoila y en las primas, que presentía con el oído pegado a la puerta. Y haber sentido asimismo la solicitud con que la habían rodeado durante tantos años.

Y no; ya no era capaz sino de evocar el temor que se había apoderado de ella a partir de ese instante, la angustia que crecía con los días y el obstinado silencio de Ricardo.

Pero ¿cómo volver sobre una mentira? ¿Cómo decir que se había casado por

despecho?

Si Antonio... Pero Antonio no era el tirano ni el ser anodino que hubiera deseado por marido. Era el hombre enamorado, pero enérgico y discreto a quien no podía despreciar.

Un día, al fin, como si despertara de su embriaguez de amor, su marido la había mirado largamente; una mirada inquisidora, tierna.

—«Ana María, dime, ¿alguna vez llegarás a quererme como yo te quiero?»

¡Dios mío, aquella humildad tan digna! A ella se le habían agolpado las lágrimas a los ojos.

—«Yo te quiero, Antonio, pero estoy triste».

Entonces él había continuado con el mismo tono razonable y dulce.

—«¿Qué debo hacer para que no estés triste? Si la casa no te gusta la transformaré a tu antojo. Si te aburres, sola conmigo, desde mañana veremos gente. Daremos una gran fiesta; tengo muchos amigos aquí».

Pero ella movía de un lado a otro la cabeza murmurando:

—«No, no...».

Ahora le era odioso el tono de Antonio, ahora una sorda aflicción remontaba en ella. ¿Qué le estaba proponiendo? ¿Organizar toda una existencia allí, en ese fondo de mar, sin familia, entre amigos flamantes y servidores desconocidos?

—«Tal vez extrañes ciertas diversiones. Haré venir del fundo un par de alazanes e iremos al parque, por las mañanas. Ana María, habla, di: ¿qué quieres?»

Se había aferrado al brazo de su marido deseando hablar, explicar, y fue aquí donde su pánico, rebelde, saltó por sobre todo argumento:

—«Quiero irme».

Él la miró intensamente. Nunca había visto ella palidecer a nadie. Desde ese momento supo lo que era: una blancura insólita afilando el pómulos, una cara inmóvil donde sólo viven los ojos, brillantes y fijos.

Y fue así como Antonio la devolvió a su padre, por un tiempo.

Ay, no se duerme impunemente tantas noches al lado de un hombre joven y enamorado.

Un desaliento se había apoderado de ella al reanudar su antigua existencia. Parecíale estar repitiendo gestos que hubiera agotado ayer de todo interés.

Erraba del bosque a la casa, de la casa al aserradero, sorprendida de no encontrar ya razón de ser a una vida que se le antojaba completa. ¡Es posible que en algunas semanas nuestros sueños y nuestras costumbres, cuanto parecía formar parte de nosotros mismos pueda volvérsenos ajeno! Bajo el tul del mosquitero su cama le parecía ahora estrecha, fría; estúpido —de un mal gusto que la humillaba— el papel salpicado de nomeolvides que tapizaba el cuarto. ¿Cómo pudo vivir allí tanto tiempo sin cobrarle odio?

Cierta noche soñó que amaba a su marido. De un amor que era un sentimiento extrañamente, desesperadamente dulce, una ternura desgarradora que le llenaba el

pecho de suspiros y a la que se entregaba lacia y ardorosa.

Despertó llorando. Contra la almohada, en la oscuridad, llamó, entonces despacito: «¡Antonio!».

Si en aquel instante hubiera tenido el valor de no pronunciar ese nombre, otro fuera tal vez su destino.

Pero llamó: Antonio, y en ella se había hecho la singular revelación.

«No se duerme impunemente tantas noches al lado de un hombre joven y enamorado». Necesitaba su calor, su abrazo, todo el hostigoso amor que había repudiado.

Recordó un lecho amplio, desordenado y tibio.

Añoró el momento en que aferrado a sus trenzas como para retenerla, Antonio se aprestaba a dormir. Unas sacudidas muy leves contra su cadera venían a anunciarle, entonces, que su marido se desprendía poco a poco de la vida, resbalaba en la inconsciencia. Luego, aquella sien abandonada sobre su hombro de mala esposa empezaba a latir fuertemente, como si toda la sensibilidad de ese cuerpo afluyera y fuera a golpear ahí.

Una gran emoción, un gran respeto la conmovían ahora al pensar con qué generosidad sin límites él le entregaba su sueño.

Y anheló besar esa sien confiada de Antonio, que era de noche la parte más vulnerable de su ser.

Mes a mes, la ausencia —él tardó en acudir al persistente llamado de la familia; reclamaba tiempo para su herida— fue acrecentando el arrepentimiento, la sed amorosa.

Caía el otoño, en la casa de la abuela ardían los primeros braseros cuando Antonio se dignó venir.

Recuerda. Llegaba exhausta del fundo y no atinó tan siquiera a arreglar sus trenzas deshechas, su tez fatigada. Entró directamente al sombrío escritorio donde su marido la esperaba fumando.

—«¡Antonio!»

—«¿Cómo estás?» —replicó una voz tranquila, desconocida.

Muy poca cosa consigue resucitar de aquella entrevista que ahora sabe definitiva.

Reconsidera y nota que de su vida entera quédanle sólo en el recuerdo, como signos de identificación, la inflexión de una voz o el gesto de una mano que hila en el espacio la oscura voluntad del destino.

Qué absurda, qué lejana debió parecerle a Antonio, en aquel momento, la pasión que abrigó por la muchacha ahora despeinada y flaca que sollozaba a sus pies y le rodeaba la cintura con los brazos.

La cara hundida en la chaqueta de un hombre indiferente, ella buscaba el olor, la tibieza del fervoroso marido de ayer.

Recuerda y siente aún sobre la nuca una mano perdonadora que la apartaba, sin

embargo, dulcemente.

Y así fue luego y siempre, siempre.

Vivieron en el fundo que ella indicó, el que le había dado su padre por dote. Pero Antonio guardó su selva negra, conservó su casa y sus intereses en la ciudad.

Un tono fácil, amable, pero jamás en él la alusión, el gesto que le permitieran rehabilitarse. Sin esfuerzo se había desprendido del pasado que a ella la había hecho esclava. Y de noche su abrazo era fuerte aún, tierno, sí, pero distante.

Entonces había conocido la peor de las soledades, la que en un amplio lecho se apodera de la carne estrechamente unida a otra carne adorada y distraída.

Su primogénito no consiguió devolverle el amor ni el espíritu de Antonio.

La enfermedad y la muerte tampoco crearon entre ellos la amarra del dolor.

Pero ella había aprendido a refugiarse en una familia, en una pena, a combatir la angustia rodeándose de hijos, de quehaceres.

Y eso acaso la salvó de nuevas y funestas pasiones. ¿Eso? No.

Fue que, a pesar de todo, durante su juventud entera no terminó de agotar los celos, el amor y la tristeza de la pasión que Antonio le había inspirado.

¡Él, en cambio, la engañó tantas veces!

Su vida galante subía hasta ella en una ola de anónimos y delaciones. Hubo un tiempo en que desdeñosa, aunque dolorida, rehuía las confianzas, amparada en su categoría de mujer legítima, segura de que ello representaba una elección, un puesto de honor definitivo en el corazón distante de su marido.

Hasta el día aquel...

Fue una mañana. Retrasada a causa de sus largos cabellos, desde el cuarto de baño consideraba, a través de la puerta medio abierta, el dormitorio en desorden, cuando Antonio entró inesperadamente de vuelta de la caza. Creyéndose solo, mantenía el sombrero echado sobre la oreja y masticaba una ramita de boj. Segundos después, al acercarse al velador para depositar la cartuchera, su bota tropezó con una chinela de cuero azul.

Y entonces, oh entonces —ella vio y nunca pudo olvidarlo—, brutalmente, con rabia casi, la arrojó lejos de sí de un puntapié.

Y en un segundo, en ese breve segundo se produjo en ella el brusco despertar a una verdad, verdad que llevó tal vez dentro desde mucho y esquivaba mirar de frente. Comprendió que ella no era, no había sido una de las múltiples pasiones de Antonio, una pasión que las circunstancias habían encadenado a su vida. La toleraba nada más; la aceptaba, tascando el freno, como la consecuencia de un gesto irremediable.

Recuerda. Se había echado despacito hacia atrás, anhelando furiosamente pasar inadvertida. Atisbó un suspiro, luego el crujir del lecho bajo el peso del cuerpo de Antonio.

Era una mañana de sol y el día se anunciaba esplendoroso. Contra los vidrios empavonados de la ventana golpeaban en multitudes las libélulas. Del jardín subían los gritos de los niños persiguiéndose con la manguera de regar.

Todo un día de calor por delante. Tener que peinarse, que hablar, ordenar y sonreír. «¿La señora está triste con un tiempo tan lindo?...» «Mamá, ven a jugar con nosotros...» «¿Qué te pasa? ¿Por qué estás siempre de mal humor, Ana María?».

Tener que peinarse, que hablar, ordenar y sonreír. Tener que cumplir el túnel de un largo verano con ese puntapié en medio del corazón. Se había apoyado contra la pared, de golpe horriblemente fatigada.

Sus ojos se habían llenado de lágrimas que enjugó en seguida, pero ya, silenciosas, afluían otras, y otras, y otras... No recuerda haber llorado nunca tanto.

Pasaron años. Años en que se retrajo y se fue volviendo día a día más limitada y mezquina.

¿Por qué, por qué la naturaleza de la mujer ha de ser tal que tenga que ser siempre un hombre el eje de su vida?

Los hombres, ellos, logran poner su pasión en otras cosas. Pero el destino de las mujeres es remover una pena de amor en una casa ordenada, ante una tapicería inconclusa.

En vano había agotado los inconscientes métodos de la pasión para reconquistar a Antonio; ternura, violencia, reproches, mutismo, asedio amoroso. Él la evitaba cariñosa y miedosamente, o fingía ignorar sus sombrías actitudes.

Pero, a veces, cuando extenuada moralmente, una momentánea indiferencia la hacía moverse con naturalidad, la simpatía y la confianza de su marido brotaban hacia ella espontáneamente. Entonces la invitaba a la ciudad, la llevaba al teatro, y hasta acompañábala a las tiendas. Y conversaba con ella de ella y de él, de los niños y de la vida «que era tan triste a pesar de todo», así decía él, él, la alegría hecha persona...

—Eres la mujer con más encanto que he conocido. Es lástima que seas mi mujer, Ana María —solía también decirle en aquellas ocasiones; y sus dientes tan blancos relucían en esa sonrisa suya que parecía tan franca; sus ojos prodigiosamente castaños la envolvían entre burlones y tiernos, y para no desviar el curso de esa caricia distante, ella refrenaba su impulso de echarle los brazos al cuello y besar esa hermosa frente de varón varonil.

¡Curioso esto de haber tenido que portarse así con los seres que ella más amó! Con Antonio, con sus hijos.

«Hay que ser juiciosa en amor», solía aconsejarse a sí misma.

Y había logrado en efecto muy a menudo ser juiciosa. Había logrado adaptar a su propio vehemente amor al amor mediocre y limitado de los otros. Temblando de ternura y de verdad a menudo logró sonreír, frívolamente, para no espantar aquel poquito de amor que venía a su encuentro. Porque el no amarlos demasiado sea tal vez la mejor prueba de amor que se pueda dar a ciertos seres, en ciertas ocasiones.

¿Es que todos los que han nacido para amar viven así como ella vivió?, ¿ahogando minuto a minuto lo más vital dentro de sí?

Recuerda todavía aquel viaje absurdo y como de pesadilla cuando en el tren ella debía constantemente pararse y pasearse por los pasillos, a fin de adormecer su inquietud.

¡Oh!, aquel tren que corría en la noche menos rápido que su pensamiento, hacia la ciudad donde esperaba sorprender a Antonio.

¡A todo! Estaba dispuesta a todo, y a no tener piedad, ni caer en indulgencias de ninguna especie. Oleadas de furor la acometían por momentos con tanta violencia que la garganta se le apretaba en un espasmo doloroso...

Se ve aún, llegando de amanecer a una estación solitaria.

Luego fue aquella humillante antesala en el domicilio particular del abogado, a quien tuviera la audacia de hacer despertar. Recuerda como si fuera ayer su silencio reprobador al escucharla, y la delicadeza, la lentitud con que medía su respuesta:

—«No, esto no debe hacerse, Ana María, piense que Antonio es el padre de sus hijos; piense que hay medidas que una señora no puede tomar sin rebajarse. Tal vez sus propios hijos la criticarían más adelante. Por lo demás, qué le puede importar a usted esa infeliz mujer a quien más que seguro va a pesarle dentro de muy poco la imprudencia que está cometiendo...» ¡Un momento!, había exclamado de pronto intempestivamente. «Un momento», había agregado vacilante, luego habíase escurrido del cuarto.

¡No, aunque su vida entera nunca condescendiera a volver a verlo, no, en el fondo nunca guardó rencor al pobre hombre que, conociéndola desde niña, la había traicionado en sus planes tan bondadosa y torpemente como lo hubiera hecho su propio padre!

El hecho fue que cuando la puerta volvió a abrirse había sido el propio Antonio quien había entrado al cuarto severo y pálido.

Acostumbrado siempre a ganar las batallas sobre una mujer temerosa de la herida que con una sola palabra tuviera el poder de infligirle, iniciaba ya un ademán de altanería, cuando temblando de ira ella empezó a injurarlo por primera vez en su larga vida de casados. Y las injurias brotaron primero inteligentes y sagaces, luego tan absurdas e injustas que calló de golpe, avergonzada, dispuesta de antemano a toda represalia.

Pero no.

Él había continuado mirándola atentamente como lo hiciera durante todo su vehemente apóstrofe. Luego.

—¡Sin embargo me quieres! —había exclamado al fin con voz apenada—. ¡Y cuánto me quieres! Dime ¿por qué, por qué?

Muy poco tiempo había durado aquella insólita reconciliación. Y muy pronto había vuelto él a su cortés indiferencia y ella a su inquina tan fuerte como el amor con que lo había vuelto a amar por el espacio de unas breves semanas.

«Sufro, sufro de ti como de una herida constantemente abierta».

Durante años se había repetido en voz baja esta frase porque tenía el misterioso don de hacerla estallar en lágrimas. Tan sólo así lograba detener unos instantes el trabajo de la aguja ardiente que le laceraba sin tregua el corazón. Durante años, hasta el agotamiento, hasta el cansancio.

«Sufro, sufro de ti...», empezaba a suspirar un día cuando, de golpe, apretó los labios y calló avergonzada, ¿a qué seguir disimulándose a sí misma que, desde hacía tiempo, se forzaba para llorar?

Era verdad que sufría; pero ya no la apenaba el desamor de su marido, ya no la ablandaba la idea de su propia desdicha. Cierta irritación y un sordo rencor secaban, pervertían su sufrimiento.

Los años fueron hostigando luego esa irritación hasta la ira, convirtieron su tímido rencor en una idea bien determinada de desquite.

Y el odio vino a prolongar el lazo que la unía a Antonio.

El odio, sí, un odio silencioso que en lugar de consumirla la fortificaba. Un odio que la hacía madurar grandiosos proyectos, casi siempre abortados en mezquinas venganzas.

El odio, sí, el odio, bajo cuya ala sombría respiraba, dormía, reía; el odio, su fin, su mejor ocupación. Un odio que las victorias no amainaban, que enardecían, como si la enfureciera encontrar tan poca resistencia.

Y ese odio la sacude aún ahora que oye acercarse al marido y lo ve arrodillarse junto a ella.

Él no la ha mirado. Casi instantáneamente hunde la cara entre las manos y desploma medio cuerpo sobre el lecho.

Largo rato así inmóvil, parece, lejos de su mujer muerta, considerar algún ayer doloroso, un mundo infinito de cosas.

Ella siente con repugnancia pesar sobre su cadera esa cabeza aborrecida, pesar allí donde habían crecido y tan dulcemente pesado sus hijos. Con ira se pone a examinar por última vez esa cabellera castaña, ese cuello, esos hombros.

Repentinamente la hiere un detalle insólito. Muy pegada a la oreja advierte una arruga, una sola, muy fina, fina como un hilo de telaraña, pero una arruga, una verdadera arruga, la primera.

Dios mío, ¿aquello es posible? ¿Antonio no es inviolable?

No. Antonio no es inviolable. Esa única, imperceptible arruga no tardará en descolgarse hacia la mejilla, donde se abrirá muy pronto en dos, en cuatro; marcará, por fin, toda su cara. Lentamente empezará luego a corroer esa belleza que nada había conseguido alterar, y junto con ella irá desmoronando la arrogancia, el encanto, las posibilidades de aquel ser afortunado y cruel.

Como un resorte que se quiebra, como una energía que ha perdido su objeto, ha decaído de pronto en ella el impulso que la erguía implacable y venenosa, dispuesta siempre a morder. He aquí que su odio se ha vuelto pasivo, casi indulgente.

Cuando él levanta la cabeza, ella advierte asombrada que llora. Sus lágrimas, las primeras que le ve verter resbalan por sus mejillas sin que él atine a enjugarlas, sorprendido por el arrebato de su propio llanto.

¡Llora, llora al fin! O puede que sólo llore su juventud que siente ida con esa muerte; puede que sólo llore fracasos cuyo recuerdo logró durante mucho tiempo aventar y que afluyen ahora inaplazables junto con el primer embate. Pero ella sabe que la primera lágrima es un cauce abierto a todas las demás, que el dolor y quizás también el remordimiento han conseguido hender una brecha en ese empedernido corazón, brecha por donde en lo sucesivo se infiltrarán con la regularidad de una marea que leyes misteriosas impelen a golpear, a roer, a destruir.

De hoy en adelante, por lo menos, conocerá lo que importa llevar un muerto con el pasado. Jamás, no gozar jamás enteramente de nada. En cada goce, hasta el más simple —una luna de invierno, una noche de fiesta— cierto vacío, cierta extraña sensación de soledad.

A medida que las lágrimas brotan, se deslizan, caen, ella siente su odio retraerse, evaporarse. No, ya no odia. ¿Puede acaso odiar a un pobre ser, como ella destinado a la vejez y a la tristeza?

No. No lo odia. Pero tampoco lo ama. Y he aquí que al dejar de amarlo y odiarlo siente deshacerse el último nudo de su estructura vital. Nada le importa ya. Es como si no tuviera ya razón de ser ni ella ni su pasado. Un gran hastío la cerca, se siente tambalear hacia atrás. ¡Oh esta súbita rebeldía! Este deseo que la atormenta de incorporarse gimiendo: «¡Quiero vivir. Devuélvanme, devuélvanme mi odio!».

—«Vamos...».

Del fondo de una carretera, ardiente bajo el sol, avanzan a su encuentro inmensos remolinos de polvo. Hela aquí arrollada en impalpables sábanas de fuego.

—«Vamos, vamos».

—«¿Adónde?»

—«Más allá».

Resignada, reclina la mejilla contra el hombro hueco de la muerte.

Y alguien, algo, la empuja canal abajo a una región húmeda de bosques. Aquella lucecita, a lo lejos, ¿qué es? ¿Aquella tranquila lucecita? Es María Griselda, que se apresta a cenar. Junto con el crepúsculo ha pedido la lámpara y ha hecho disponer el cubierto sobre la mesa de mimbre de la terraza. Junto con el crepúsculo los peones abrieron las compuertas para regar el césped y los tres macizos de clavelinas. Y del jardín sumergido sube hacia la solitaria una ola de fragancia.

Las falenas aletean contra la pantalla encendida, rozan medio chamuscadas el blanco mantel.

¡Oh, María Griselda! No tengas miedo si sobre la escalinata los perros se han erguido con los pelos erizados; soy yo.

Secuestrada, melancólica, así te veo, mi dulce nuera. Veo tu cuerpo admirable y

un poco pesado que soportan unas piernas de garza. Veo tus trenzas retintas, tu tez pálida, tu altivo perfil. Y veo tus ojos, tus ojos estrechos, de un verde sombrío igual a esas natas de musgo flotante, estancadas en la superficie de las aguas forestales.

María Griselda, sólo yo he podido quererte. Porque yo y nadie más logró perdonarte tanta y tan inverosímil belleza.

Ahora soplo la lámpara. No tengas miedo, deseo acariciarte el hombro al pasar.

¿Por qué has saltado de tu asiento? No tiembles así, me voy, María Griselda, me voy.

Una corriente la empuja, la empuja canal abajo por un trópico cuya vegetación va descolorándose a medida que la tierra se parte en mil y mil apretados islotes. Bajo el follaje pálido, transparente, nada más que campos de begonias. ¡Oh, las begonias de pulpa acuosa! La naturaleza entera aspira, se nutre aquí de agua, nada más que de agua. Y la corriente la empuja siempre lentamente, y junto con ella, enormes nudos de plantas a cuyas raíces viajan enlazadas las dulces culebras.

Y sobre todo este mundo por el que muerta se desliza, parece haberse detenido y cernirse, eterna, la lívida luz de un relámpago.

El cielo, sin embargo, está cargado de astros; estrella que ella mire, como respondiendo a un llamado, corre veloz y cae.

«¡No te vayas, tú, tú...!»

¿Qué grito es éste? ¿Qué labios buscan y palpan sus manos, su cuello, su frente?

Debiera estar prohibido a los vivos tocar la carne misteriosa de los muertos.

Los labios de su hija, acariciando su cuerpo, han detenido en él ese leve hormigueo de sus más profundas células, la han vuelto, de golpe, tan lúcida y apegada a lo que la rodea, como si no hubiera muerto nunca.

—«Mi pobre hija, te conocí arrebatos de cólera, nunca una expresión desordenada de dolor como la que te impulsa ahora a sollozar, prendida a mí con fuerza de histérica. ‘Es fría, es dura hasta con su madre’, decían todos. Y no, no eras fría; eras joven, joven simplemente. Tu ternura hacia mí era un germen que llevabas dentro y que mi muerte ha forzado y obligado a madurar en una sola noche.

»Ningún gesto mío consiguió jamás provocar lo que mi muerte logra al fin. Ya ves, la muerte es también un acto de vida.

»No llores, no llores, ¡si supieras! Continuaré alentando en ti, evolucionando y cambiando como si estuviera viva; me amarás, me desecharás y volverás a quererme. Y tal vez mueras tú, antes que yo me agote y muera en ti. No llores...».

Vienen, la levantan del lecho con infinitas precauciones, la acomodan en una larga caja de madera. Un ramo de claveles rueda sobre la alfombra. Lo recogen y se lo echan a los pies. Luego van amontonando el resto de las flores sobre ella como quien tiende una sábana.

¡Qué bien se amolda el cuerpo al ataúd!

No la tienta el menor deseo de incorporarse. ¡Ignoraba que pudiera haber estado tan cansada!

Ve oscilar el cielo raso; resbalar; sus ojos entreabiertos perciben casi en seguida otro, blanqueado hace poco; es el de su cuarto de vestir.

Una enorme rasgadura, obra del último temblor, la hace reconocerse luego en el cuarto de alojados. Largas filas de habitaciones van mostrándole así ángulos, moldes, vigas familiares. Ante cada puerta se produce matemáticamente un breve alto y ella adivina que la excesiva estrechez del umbral dificulta el paso de quienes la cargan.

He aquí, sacrilegio, que pisotean la alfombra azul. ¿Quién se habrá atrevido a traerla al vestíbulo? ¿Y para qué? El piso lustrado sienta mil veces mejor al estilo de la casa.

Allí, expuesta al sol y a un constante ajeteo, va a marchitarse lo que, hasta hace poco, era el refugio de sus días de invierno. Sólo por hallarse extendida en un cuarto lejano y casi siempre cerrado se había conservado intacta y azul la alfombra azul.

Cuando el vendaval azotaba fuera, sus hijos solían hacerle una invitación singular que intrigaba a los extraños.

Decían: «Vamos a la playa». La playa era aquel cuadrado de alfombra esponjosa; allí corrían a recostarse de niños, con sus juguetes; más tarde con sus libros.

Y parecía realmente que el frío y el mal tiempo se detuvieran al borde de ese pedazo de lana cuyo color violento y alegre aclaraba los ojos y el humor, y que las horas transcurrieran en el cuarto cerrado más cálidas, más íntimas.

Ella no hubiera permitido jamás que llevaran la alfombra azul al vestíbulo. ¿Quién se atrevió a abusar así de su enfermedad?

Dios mío, las aguas no se habían cerrado aún sobre su cabeza y las cosas cambiaban ya, la vida seguía su curso a pesar de ella, sin ella.

De pronto el cielo sobre sí.

Cae entonces en cuenta que está en el descanso de la escalinata que baja al jardín. Aquí, el alto es más prolongado. Acaso estén cobrando fuerzas para seguir adelante.

¡El cielo! Un cielo plomizo donde los pájaros vuelan bajo. Dentro de unas horas lloverá nuevamente.

¡Qué hermoso atardecer desapacible y mojado! Nunca los amó así, y sin embargo, a éste le descubre su hosca belleza y hasta la regocija el leve soplo de aire que parece venir a rozarla por las juntas de la caja.

Ahora se siente sacudida, descendida. Ahora descansa en el último peldaño.

Aquí, era aquí donde se acurrucaba a tomar sol. Largamente permanecía reclinada con la mejilla contra el último peldaño, para robarle un poco de calor. Cuando sus hijos eran niños solían pegar también el oído, asegurando que algo se movía dentro, que la piedra palpitaba como un reloj o un corazón. Regada, esparcía el olor particular que despiden las pizarras después que, con esponja, se ha borrado en ellas las tareas.

Otra vez corre el cielo sobre su cabeza.

¡Adiós, adiós piedra mía! Ignoraba que las cosas pudieran ocupar tanto lugar en nuestro afecto.

El cortejo ha echado a andar sobre el césped. Ella se siente impelida en un insólito vaivén; diríase que mecen blandamente el ataúd. Y de pronto presiente, reconoce los fuertes brazos de sus dos hijos soportándolo atrás y adivina que a los pies la izquierda flaquea ligeramente porque va sostenida por su padre. Tratando de compensar ese desmayo, Ricardo presta el fervor de su apoyo a la derecha, ella lo sabe.

Y está segura de que muchos la rodean y muchos la siguen. Y le es infinitamente dulce sentirse así transportada, con las manos sobre el pecho, como algo muy frágil, muy querido.

Por primera vez se siente entrar con majestad en la gran calle de árboles. Ya no la exaspera el altivo continente del álamo; por primera vez nota que su follaje tiene ondulación y reflejos de agua agitada.

Vienen luego a su encuentro los macizos eucaliptos. A lo largo de sus troncos cuelgan, desprendidas, estrechas lonjas de corteza que descubren, por vetas, una desnudez celeste y lechosa.

Ella piensa enternecida: «Es curioso. Tampoco lo noté antes. Pierden corteza igual que las culebras la piel en primavera...».

El viento levanta remolinos de hojas secas que golpean la caja con violencia de guijarros. Poco a poco se despeja el cielo. Ella divisa el disco, aún pálido, de la luna, en su cuarto creciente.

Ya el cortejo se interna en el bosque.

Y a ella la acometen deseos de apretar, de hacer crujir bajo el pie las espesas capas de agujas de pino que lo tapizan entero de color hierro enmohecido, deseos de inclinarse para mirar, por última vez, esa gran red plateada, nocturna huella tejida pacientemente encima por las babosas.

Ya la envuelven como un tercer sudario los vahos que suben del suelo, todo el acre perfume de las plantas que viven a la sombra.

Han franqueado los límites del parque. Ahora la llevan a campo traviesa.

Más allá del rastrojal se extiende el terreno lagunoso. Una pesada neblina flota casi al ras del suelo, se apelotona entre los juncos.

El andar del cortejo se hace lento, difícil, toma por fin la cadencia de una marcha fúnebre.

Alguien se hunde en el fango hasta la rodilla; entonces el ataúd oscila violentamente y uno de sus costados toca tierra.

Ansias desconocidas la conmueven. ¡Oh, si la depositaran allí, a la intemperie! Anhela ser abandonada en el corazón de los pantanos para escuchar hasta el amanecer el canto que las ranas fabrican de agua y luna, en la garganta; y oír el crepitar aterciopelado de las mil burbujas del limo. Y aguzando el oído percibir aún el silbido siniestro con que en la carretera lejana se lamentan los alambres eléctricos; y

distinguir, antes del alba, los primeros aleteos de los flamencos entre los cañaverales. ¡Ah, si fuera posible!

Pero no, no es posible. Ya la han enderezado, ya avanzan nuevamente.

De pronto un muro que limita el horizonte le recuerda el cementerio del pueblo y el amplio y claro panteón de familia.

Y hacia allá es a donde tiende la marcha.

La invade una gran tranquilidad.

Hay pobres mujeres enterradas, perdidas en cementerios inmensos como ciudades —y horror— hasta con calles asfaltadas. Y en los lechos de ciertos ríos de aguas negras las hay suicidas que las corrientes incesantemente golpean, roen, desfiguran y golpean. Y hay niñas, recién sepultas, a quienes deudos inquietos por encontrar, a su vez, espacio libre, en una cripta estrecha y sombría, reducen y reducen deseos casi hasta de borrarlas del mundo de los huesos. Y hay también jóvenes adúlteras que imprudentes citas atraen a barrios apartados y que un anónimo hace sorprender y recostar de un balazo sobre el pecho del amante, y cuyos cuerpos, profanados por las autopsias, se abandonan, días y días, a la infamia de la morgue.

¡Oh, Dios mío, insensatos hay que dicen que una vez muertos no debe preocuparnos nuestro cuerpo! Ella se siente infinitamente dichosa de poder reposar entre ordenados cipreses, en la misma capilla donde su madre y varios hermanos duermen alineados; dichosa de que su cuerpo se disgregue allí, serenamente, honorablemente, bajo una losa con su nombre.

### TERESA ANA MARÍA CECILIA...

Su nombre, todos sus nombres, hasta los que desechó en vida. Y bajo éstos, dos fechas separadas por un guión.

Como el cortejo llega por fin a su destino, la última ráfaga de viento extingue, de golpe, el gorjeo de un surtidor. Dentro del panteón la noche va apagando las pedrerías del vitral. Frente al altar, el padre Carlos, revestido del alba y la estola, mueve los labios, sacude con unción el hisopo.

Que la paz sea contigo, Ana María, niña obcecada, voluntariosa y buena. Y que Dios te asista y reciba en Sí. Ese Dios del que te empecinaste en vivir apartada.

—Pero, si yo no tengo alma, padre. ¿No lo sabía? Te oigo todavía suspirar con fingida tristeza a fin de atajar mis amonestaciones.

Y te recuerdo aún mucho antes: colegiala menudita y bulliciosa, siempre distraída en la capilla, pero siempre primera en Historia Sagrada.

Aquellos exámenes de «fin de año» a los que especialmente invitado por la Madre Superiora yo no pudiera dispensarme de asistir, me confrontaban año tras año a una Ana María investida de un entusiasmo religioso muy ajeno a su idiosincrasia cotidiana.

¡Cuán vívida y fervorosamente lograbas comunicarnos episodios e imágenes!

Aquella gran maravilla: la zarza que ardiera y ardiera sin consumirse, y del medio de la cual una voz llamó de pronto: ¡Moisés, Moisés!

Y la milagrosa escala, poblada de ángeles y arcángeles que Dios tendiera a Jacob durante el sueño.

Y el Mar Rojo levantando sus aguas y abriéndose mansamente para dar paso al pueblo elegido.

Y la mano misteriosa inscribiendo en pleno festín sacrílego las tres palabras que anunciaran a Baltazar la inminente destrucción de su reino...

—Claro, me advertía la Madre Superiora, siempre será primera en Historia Sagrada porque la Historia Sagrada la entretiene; ¡pero vaya usted a hacerle la pregunta más elemental en Catecismo!

—Déjela, Reverenda Madre, déjela, insinuaba yo con cautela, después de todo, no hay camino, por estrecho que sea, que no lleve a Dios.

Recuerdo aún aquel día en que tu padre, afligido, viniera a consultarme.

—Carta del Sagrado Corazón, padre Carlos. La Madre Superiora desea hablar en serio conmigo respecto a Ana María... No se imagina, padre Carlos, cuánto le agradecería fuera usted en mi lugar a enterarse de la situación. Yo no sabría...

—Pero ¿de qué situación se trata, don Gonzalo? Dígame las quejas que tienen contra Ana María.

—Bueno, parece ser que la niña dijo...

—Dije durante la clase de costura mientras bordábamos y madre Carmela nos explicaba entre una lectura y otra lo que era el Cielo... dije que no me importaría en absoluto no ir al Cielo porque me parecía un lugar bastante aburrido.

Hube de refrenar una sonrisa ante la expresión desesperada de madre Carmela, tan jovencita casi como sus alumnas, y aplazando el momento de aconsejarle no tratar de un tema tan delicado durante la clase de costura, me incliné hacia ti.

—Bueno, hija, y dime, ¿cómo te gustaría que fuera el Cielo?

Durante el celaje de un instante lo pensaste, luego:

—Me gustaría que fuera lo mismo que es esta tierra. Me gustaría que fuera como la hacienda en primavera cuando todas las matas de rosales están en flor, y el campo todo verde, y se oye el arrullo de las palomas a la hora de la siesta... Me gustaría, eso sí, algo que no hay en la hacienda... me gustaría que hubiera venaditos que no fueran asustadizos y vinieran a comer en mi mano... Y me gustaría también que mi primo Ricardo estuviera siempre conmigo, y se nos diera permiso para dormir de vez en cuando por las noches en el bosque, allí donde el césped es verdadero terciopelo, justo al borde del afluyente...

Callaste. Hubo un silencio.

—¡Pero, si lo que me estás describiendo es el propio Paraíso Terrenal...! —te dije al fin profundamente perturbado.

—En efecto, padre Carlos, el Paraíso Terrenal del cual Adán y Eva fueron expulsados por causa de su desobediencia —intervino a este punto secamente la

Madre Superiora—, porque debo agregar que esta niña es además el peor ejemplo de desobediencia que se ha tenido desde las dos niñas Rozas, usted las recuerda, padre...

¡El Paraíso Terrenal, Ana María! Tu vida entera no fue sino la búsqueda ansiosa de ese jardín ya irremisiblemente vedado al hombre por el querubín de la espada de fuego.

Te recuerdo, adolescente y no obstante ya entregada al demonio de la ira y de la carne. Tu sobresalto de aquel día en que te sorprendí arrodillada en un rincón de nuestra iglesia de campo, de aquella humilde iglesita donde esa alma tuya, que renegabas, guiaba, sin embargo, tus pasos, cuando te sentías realmente desdichada.

—No, padre Carlos, por favor, no me hable de novenas, de nada piadoso... Si estoy aquí es porque hace agradable y fresco a esta hora del día, y además, porque nadie me está aquí mirando a la cara ni preguntándome lo que pienso o lo que no pienso... No, padre, lo siento, pero no tengo la menor intención de cumplir cuaresma... ¿Por qué? Porque estoy enojada con Dios. Eso es todo.

—¿Y se puede saber por qué está usted enojada con Dios?, recuerdo pregunté en tono de chanza mientras nos encaminábamos hacia mi salita parroquial; profundamente aliviado en el fondo de que no hubieras llegado hasta la extremidad de negar Su existencia.

—¿Por qué enojada? Porque su Dios nunca me escucha y nunca me da nada de lo que le pido.

—Tal vez pides lo que no ha de ser bueno para ti.

—Bueno para mí, bueno para mí —rezongaste.

¡Ay, tus ojos tristes, tu mirada desafiante de todo ese verano! Ojos, mirada que ostentabas aún bajo tu preciosa corona de azahares aquel mediodía en que bendije tu matrimonio.

Encontraste manera, sin embargo, de escurrirte a la sacristía inmediatamente después de la ceremonia.

—Adiós, padre, ruegue por mí —suspiraste casi a mi oído, y me abrazaste.

Y naturalmente que rogué por ti. Toda mi vida rogué por ti, por tu felicidad y ante todo, ante todo, por encontrar las palabras que logran volverte a Dios.

—Ana María, en verdad, me preocupa seriamente su actitud.

—Pero, padre, ¿de qué actitud me está usted hablando? ¡Si ahora no falto jamás a misa los domingos y llevo yo misma los niños a comulgar todos los viernes!

Y si no asistí a la Confirmación de Anita el jueves pasado fue porque no me sentía bien, se lo juro...

—No es a lo que me estoy refiriendo, Ana María, y usted lo sabe. Hablaba del Retiro que usted me prometió hacer este verano.

—Ay, padre, no me recuerde esa promesa. Créame, por favor, un Retiro me sería imposible en estos momentos. Tengo demasiado que hacer. Usted no puede darse

cuenta de todo lo que hay que hacer en una casa como la mía, con Alicia, Luis y sus invitados, todos instalados yendo y viniendo como si mi hacienda fuera un balneario, y para colmo, Zoila, todo el tiempo, enfurecida y cada día más mandona. Y Antonio... ¡Oh, padre, si usted supiera lo que Antonio me está haciendo sufrir...! Por eso, créame si le digo que en este momento no podría rezar, ni recogerme, ni tan siquiera pensar...

—Claro está, sólo puedes recogerte y pensar cuando se trata de los miserables menesteres y preocupaciones de este triste mundo.

—¡Y si Dios lo hizo así, padre! ¿No va usted ahora a aconsejarme que menosprecie sus obras?

—¡Ana María, basta!, exclamé terminante, luego preso de una súbita congoja: Hija, en verdad yo ya no sé qué hacer contigo.

—¡Pues yo sí que lo sé, Padre! Reíste de pronto en uno de esos inesperados cambios de humor, parte de tu encanto, y viniendo a sentarte sobre el brazo de mi sillón, inclinaste hacia mí tu sonrisa maliciosa... Pídale a su Dios una gracia muy especial para mí. Un milagro, por ejemplo.

—¡Bueno, ésta sí que es soberbia! ¿Así es que pretende que Dios venga a ti, sin tú molestarte en dar un paso hacia Él?

—¿Por qué no?

—Francamente, hija, francamente, iba yo a indignarme nuevamente cuando la pequeña Anita vino inocentemente a cortar el curso de nuestra discusión.

—El papá manda decir que lo estamos esperando para el partido de bochas, padre Carlos, dijo la niña, Fred y yo jugaremos con papá. Y Alberto y Doro (era el muchacho que ayudaba en la huerta) jugarán con usted.

—¡Y yo!, te oigo todavía exclamar impetuosamente. ¡Que se imaginan ustedes que soy yo...! ¿Quinta rueda de la carreta? No, yo también juego. Puedo turnarme partido por medio con Fred. Y esta vez mi querida Anita, te aseguro que ni Alberto ni Doro van a salirme adelante con las trampas de la última tarde.

—¡Oh, mamá!, musitó la niña con resignación mientras nos encaminábamos hacia la «cancha de bochas», usted cuando no gana siempre cree que es porque le han hecho trampa.

¡Cuán diferente de la joven y turbulenta Ana María que no aceptaba perder en los juegos me pareció aquella otra que hube de visitar hace tan sólo unos días en su lecho de enferma!

—Hija, ¿no te gustaría que te trajera la Santa Eucaristía cuando te sientas un poco mejor? Tal vez te ayudaría a sanar más pronto, insinué discretamente.

—¡Y por qué no! contestaste de inmediato para sorpresa mía, ¿por qué no padre, si con ello puedo darle a usted gusto?

—En ese caso, hija, ¿no le convendría confesarse ahora mismo?, ataqué yo rápidamente, fingiendo no haberme percatado de tu última reflexión.

—Preferiría mañana, padre... El doctor estará aquí en una media hora.

—Media hora nos basta.

—No lo creo, padre; y debo advertirle que nunca hasta ahora hubo de escuchar una lista de pecados mortales y veniales tan larga como va a ser la mía.

—Veo, señora, que el pecado de vanidad llevado hasta vanagloriarse del pecado bien podría ser su pecado mayor —repliqué yo tratando de contestarte a tono.

Me acuerdo, quisiste reír, pero en lugar de ello sofocaste una especie de gemido mientras recaías muy pálida sobre las almohadas. Y de pronto, aterrado, te vi tal cual te sentías y estabas desde hacía mucho: agotada y luchando con sonrisa falsamente traviesa contra un mal lento y sin piedad.

—Por favor, padre, le ruego no mirarme, así... Todavía no estoy muerta, sabe; tuviste aún el valor de hacerme broma. Luego agregaste:

—Pero vuelva mañana, padre, vuelva sin falta, ¿quiere usted?

—Sufre, murmuraba Alicia mientras me acompañaba fuera de la habitación, sin embargo el doctor dice que no hay nada serio que temer por el momento: al contrario hasta nota una ligera mejoría. Pero usted vendrá mañana de todas maneras, ¿no es así, padre? Fue un tal alivio oírle consentir al fin en confesarse. Si usted supiera cuánto he rogado por ello. ¿Y se fijó, se fijó usted en la mirada y la voz tan dulce con que le pedía volver?

Sí, naturalmente, mi pobre Ana María, cómo hubiera podido no haber visto, sentido la mirada y tímida voz con la cual decías: Ven a Dios a través de éste, su humilde servidor.

El coche de la hacienda vino por mí a la mañana siguiente, mucho antes de la hora convenida.

—Un ataque repentino... te fallaba el corazón... hasta se temía no recobraras ya el conocimiento —Doro, todo jadeante, me informó.

¡Ay!, cuán lejos te encontrabas ya en el camino de nuestro último viaje cuando me incliné sobre tus pupilas ausentes que parecían contemplar algo muy fijamente dentro de ti misma.

—Hizo su acto de contrición ayer al consentir en confesarse, ¿no es verdad, padre?, repetía Alicia en medio de sus lágrimas.

Te di la absolución.

Alicia se desplomó sobre el hombro de su marido, compasivo con ella por excepción.

Te administré la Extremaunción.

Luego permanecí a tu lado, rezando esas tres interminables horas que duró tu lucha.

Y digo tu «lucha», porque en aquel estertor que desgarró, sostenido, la garganta de los agonizantes yo siempre adiviné y seguí la marcha determinada del alma en su dura jornada a través del cuerpo hasta la puerta tras la cual te encuentras, Tú, Señor, esperándonos con tu bondad y misericordia infinitas.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Que la paz sea contigo, Ana María, hija, adiós...

Y he aquí que, sumida en profunda oscuridad, ella se siente precipitada hacia abajo, precipitada vertiginosamente durante un tiempo ilimitado hacia abajo; como si hubieran cavado el fondo de la cripta y pretendieran sepultarla en las entrañas mismas de la tierra.

Y alguien, algo atrajo a la amortajada hacia el suelo otoñal. Y así fue como empezó a descender, fango abajo, por entre las raíces encrespadas de los árboles. Por entre las madrigueras donde pequeños y tímidos animales respiran acurrucados. Cayendo, a ratos, en blandos pozos de helada baba del diablo.

Descendía lenta, lenta esquivando flores de hueso y extraños seres, de cuerpo viscoso, que miraban por dos estrechas hendiduras tocadas de rocío. Topando esqueletos humanos, maravillosamente blancos e intactos, cuyas rodillas se encogían, como otrora en el vientre de la madre.

Hizo pie en el lecho de un antiguo mar y reposó allí largamente, entre pepitas de oro y caracolas milenarias.

Vertientes subterráneas la arrastraron luego en su carrera bajo inmensas bóvedas de bosques petrificados.

Ciertas emanaciones la atraían a un determinado centro, otras la rechazaban con violencia hacia las zonas de clima propicio a su materia.

¡Ah, si los hombres supieran lo que se encuentra bajo ellos, no hallarían tan simple beber el agua de las fuentes! Porque todo duerme en la tierra y todo despierta de la tierra.

Una vez más, la amortajada refluyó a la superficie de la vida.

En la oscuridad de la cripta tuvo la impresión de que podía al fin moverse. Y hubiera podido, en efecto, empujar la tapa del ataúd, levantarse y volver derecha y fría, por los caminos, hasta el umbral de su casa.

Pero, nacidas de su cuerpo, sentía una infinidad de raíces hundirse y esparcirse en la tierra como una pujante telaraña por la que subía temblando, hasta ella, la constante palpitación del universo.

Y ya no deseaba sino quedarse crucificada a la tierra, sufriendo y gozando en su carne el ir y venir de lejanas, muy lejanas mareas; sintiendo crecer la hierba, emerger islas nuevas y abrirse en otro continente la flor ignorada que no vive sino en un día de eclipse. Y sintiendo aún bullir y estallar soles, y derrumbarse, quién sabe dónde, montañas gigantes de arena.

Lo juro. No tentó a la amortajada el menor deseo de incorporarse. Sola, podría, al fin, descansar, morir.

Había sufrido la muerte de los vivos. Ahora anhelaba la inmersión total, la segunda muerte: la muerte de los muertos.

## El árbol<sup>[\*]</sup>

---

*A Nina Anguita, gran artista,  
mágica amiga que supo dar vida y  
realidad a mi árbol imaginado; dedico  
el cuento que, sin saber, escribí para ella  
mucho antes de conocerla.*

El pianista se sienta, tose por prejuicio y se concentra un instante. Las luces en racimo que alumbran la sala declinan lentamente hasta detenerse en un resplandor mortecino de brasa, al tiempo que una frase musical comienza a subir en el silencio, a desenvolverse, clara, estrecha y juiciosamente caprichosa.

«Mozart, tal vez» —piensa Brígida. Como de costumbre se ha olvidado de pedir el programa. «Mozart, tal vez, o Scarlatti...» ¡Sabía tan poca música! Y no era porque no tuviese oído ni afición. De niña fue ella quien reclamó lecciones de piano; nadie necesitó imponérselas, como a sus hermanas. Sus hermanas, sin embargo, tocaban ahora correctamente y descifraban a primera vista, en tanto que ella... Ella había abandonado los estudios al año de iniciarlos. La razón de su inconsecuencia era tan sencilla como vergonzosa: jamás había conseguido aprender la llave de Fa, jamás. «No comprendo, no me alcanza la memoria más que para la llave de Sol». ¡La indignación de su padre! «¡A cualquiera le doy esta carga de un infeliz viudo con varias hijas que educar! ¡Pobre Carmen! Seguramente habría sufrido por Brígida. Es retardada esta criatura».

Brígida era la menor de seis niñas, todas diferentes de carácter. Cuando el padre llegaba por fin a su sexta hija, lo hacía tan perplejo y agotado por las cinco primeras que prefería simplificarse el día declarándola retardada. «No voy a luchar más, es inútil. Déjenla. Si no quiere estudiar, que no estudie. Si le gusta pasarse en la cocina, oyendo cuentos de ánimas, allá ella. Si le gustan las muñecas a los dieciséis años, que juegue». Y Brígida había conservado sus muñecas y permanecido totalmente ignorante.

¡Qué agradable es ser ignorante! ¡No saber exactamente quién fue Mozart; desconocer sus orígenes, sus influencias, las particularidades de su técnica! Dejarse solamente llevar por él de la mano, como ahora.

Y Mozart la lleva, en efecto. La lleva por un puente suspendido sobre un agua cristalina que corre en un lecho de arena rosada. Ella está vestida de blanco, con un quitasol de encaje, complicado y fino como una telaraña, abierto sobre el hombro.

—Estás cada día más joven, Brígida. Ayer encontré a tu marido, a tu ex marido,

quiero decir. Tiene todo el pelo blanco.

Pero ella no contesta, no se detiene, sigue cruzando el puente que Mozart le ha tendido hacia el jardín de sus años juveniles.

Altos surtidores en los que el agua canta. Sus dieciocho años, sus trenzas castañas que desatadas le llegaban hasta los tobillos, su tez dorada, sus ojos oscuros tan abiertos y como interrogantes. Una pequeña boca de labios carnosos, una sonrisa dulce y el cuerpo más liviano y gracioso del mundo. ¿En qué pensaba, sentada al borde de la fuente? En nada. «Es tan tonta como linda» decían. Pero a ella nunca le importó ser tonta ni «planchar» en los bailes. Una a una iban pidiendo en matrimonio a sus hermanas. A ella no la pedía nadie.

¡Mozart! Ahora le brinda una escalera de mármol azul por donde ella baja entre una doble fila de lirios de hielo. Y ahora le abre una verja de barrotes con puntas doradas para que ella pueda echarse al cuello de Luis, el amigo íntimo de su padre. Desde muy niña, cuando todos la abandonaban, corría hacia Luis. Él la alzaba y ella le rodeaba el cuello con los brazos, entre risas que eran como pequeños gorjeos y besos que le disparaba aturdidamente sobre los ojos, la frente y el pelo ya entonces canoso (¿es que nunca había sido joven?) como una lluvia desordenada. «Eres un collar —le decía Luis—. Eres como un collar de pájaros».

Por eso se había casado con él. Porque al lado de aquel hombre solemne y taciturno no se sentía culpable de ser tal cual era: tonta, juguetona y perezosa. Sí, ahora que han pasado tantos años comprende que no se había casado con Luis por amor; sin embargo, no atina a comprender por qué, por qué se marchó ella un día, de pronto...

Pero he aquí que Mozart la toma nerviosamente de la mano y, arrastrándola en un ritmo segundo a segundo más apremiante, la obliga a cruzar el jardín en sentido inverso, a retomar el puente en una carrera que es casi una huida. Y luego de haberla despojado del quitasol y de la falda transparente, le cierra la puerta de su pasado con un acorde dulce y firme a la vez, y la deja en una sala de conciertos, vestida de negro, aplaudiendo maquinalmente en tanto crece la llama de las luces artificiales.

De nuevo la penumbra y de nuevo el silencio precursor.

Y ahora Beethoven empieza a remover el oleaje tibio de sus notas bajo una luna de primavera. ¡Qué lejos se ha retirado el mar! Brígida se interna playa adentro hacia el mar contraído allá lejos, refulgente y manso, pero entonces el mar se levanta, crece tranquilo, viene a su encuentro, la envuelve, y con suaves olas la va empujando, empujando por la espalda hasta hacerle recostar la mejilla sobre el cuerpo de un hombre. Y se aleja, dejándola olvidada sobre el pecho de Luis.

—No tienes corazón, no tienes corazón —solía decirle a Luis. Latía tan adentro el corazón de su marido que no pudo oírlo sino rara vez y de modo inesperado—. Nunca estás conmigo cuando estás a mi lado —protestaba en la alcoba, cuando antes de dormirse él abría ritualmente los periódicos de la tarde—. ¿Por qué te has casado

conmigo?

—Porque tienes ojos de venadito asustado —contestaba él y la besaba. Y ella, súbitamente alegre, recibía orgullosa sobre su hombro el peso de su cabeza cana. ¡Oh, ese pelo plateado y brillante de Luis!

—Luis, nunca me has contado de qué color era exactamente tu pelo cuando eras chico, y nunca me has contado tampoco lo que dijo tu madre cuando te empezaron a salir canas a los quince años. ¿Qué dijo? ¿Se rió? ¿Lloró? ¿Y tú estabas orgulloso o tenías vergüenza? Y en el colegio, tus compañeros, ¿qué decían? Cuéntame, Luis, cuéntame...

—Mañana te contaré. Tengo sueño, Brígida, estoy muy cansado. Apaga la luz.

Inconscientemente él se apartaba de ella para dormir, y ella inconscientemente, durante la noche entera, perseguía el hombro de su marido, buscaba su aliento, trataba de vivir bajo su aliento, como una planta encerrada y sedienta que alarga sus ramas en busca de un clima propicio.

Por las mañanas, cuando la mucama abría las persianas, Luis ya no estaba a su lado. Se había levantado sigiloso y sin darle los buenos días, por temor al collar de pájaros que se obstinaba en retenerlo fuertemente por los hombros. «Cinco minutos, cinco minutos nada más. Tu estudio no va a desaparecer porque te quedes cinco minutos más conmigo, Luis».

Sus despertares. ¡Ah, qué tristes sus despertares! Pero —era curioso— apenas pasaba a su cuarto de vestir, su tristeza se disipaba como por encanto.

Un oleaje bulle, bulle muy lejano, murmura como un mar de hojas. ¿Es Beethoven? No.

Es el árbol pegado a la ventana del cuarto de vestir. Le bastaba entrar para que sintiese circular en ella una gran sensación bienhechora. ¡Qué calor hacía siempre en el dormitorio por las mañanas! ¡Y qué luz cruda! Aquí, en cambio, en el cuarto de vestir, hasta la vista descansaba, se refrescaba. Las cretonas desvaídas, el árbol que desenvolvía sombras como de agua agitada y fría por las paredes, los espejos que doblaban el follaje y se ahuecaban en un bosque infinito y verde. ¡Qué agradable era ese cuarto! Parecía un mundo sumido en un acuario. ¡Cómo parloteaba ese inmenso gomero! Todos los pájaros del barrio venían a refugiarse en él. Era el único árbol de aquella estrecha calle en pendiente que, desde un costado de la ciudad, se despeñaba directamente al río.

—Estoy ocupado. No puedo acompañarte... Tengo mucho que hacer, no alcanzo a llegar para el almuerzo... Hola, sí estoy en el club. Un compromiso. Come y acuéstate... No. No sé. Más vale que no me esperes, Brígida.

—¡Si tuviera amigas! —suspiraba ella. Pero todo el mundo se aburría con ella. ¡Si tratara de ser un poco menos tonta! ¿Pero cómo ganar de un tirón tanto terreno perdido? Para ser inteligente hay que empezar desde chica, ¿no es verdad?

A sus hermanas, sin embargo, los maridos las llevaban a todas partes, pero Luis —¿por qué no había de confesárselo a sí misma?— se avergonzaba de ella, de su

ignorancia, de su timidez y hasta de sus dieciocho años. ¿No le había pedido acaso que dijera que tenía por lo menos veintiuno, como si su extrema juventud fuera en ellos una tara secreta?

Y de noche ¡qué cansado se acostaba siempre! Nunca la escuchaba del todo. Le sonreía, eso sí, le sonreía con una sonrisa que ella sabía maquinal. La colmaba de caricias de las que él estaba ausente. ¿Por qué se había casado con ella? Para continuar una costumbre, tal vez para estrechar la vieja relación de amistad con su padre.

Tal vez la vida consistía para los hombres en una serie de costumbres consentidas y continuas. Si alguna llegaba a quebrarse, probablemente se producía el desbarajuste, el fracaso. Y los hombres empezaban entonces a errar por las calles de la ciudad, a sentarse en los bancos de las plazas, cada día peor vestidos y con la barba más crecida. La vida de Luis, por lo tanto, consistía en llenar con una ocupación cada minuto del día. ¡Cómo no haberlo comprendido antes! Su padre tenía razón al declararla retardada.

—Me gustaría ver nevar alguna vez, Luis.

—Este verano te llevaré a Europa y como allá es invierno podrás ver nevar.

—Ya sé que es invierno en Europa cuando aquí es verano. ¡Tan ignorante no soy!

A veces, como para despertarlo al arrebató del verdadero amor, ella se echaba sobre su marido y lo cubría de besos, llorando, llamándolo: Luis, Luis, Luis...

—¿Qué? ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

—Nada.

—¿Por qué me llamas de ese modo, entonces?

—Por nada, por llamarte. Me gusta llamarte.

Y él sonreía, acogiendo con benevolencia aquel nuevo juego.

Llegó el verano, su primer verano de casada. Nuevas ocupaciones impidieron a Luis ofrecerle el viaje prometido.

—Brígida, el calor va a ser tremendo este verano en Buenos Aires. ¿Por qué no te vas a la estancia con tu padre?

—¿Sola?

—Yo iría a verte todas las semanas, de sábado a lunes.

Ella se había sentado en la cama, dispuesta a insultar. Pero en vano buscó palabras hirientes que gritarle. No sabía nada, nada. Ni siquiera insultar.

—¿Qué te pasa? ¿En qué piensas, Brígida?

Por primera vez Luis había vuelto sobre sus pasos y se inclinaba sobre ella, inquieto, dejando pasar la hora de llegada a su despacho.

—Tengo sueño... —había replicado Brígida puerilmente, mientras escondía la cara en las almohadas.

Por primera vez él la había llamado desde el club a la hora de almuerzo. Pero ella había rehusado salir al teléfono, esgrimiendo rabiosamente el arma aquella que había encontrado sin pensarlo: el silencio.

Esa misma noche comía frente a su marido sin levantar la vista, contraídos todos sus nervios.

—¿Todavía está enojada, Brígida?

Pero ella no quebró el silencio.

—Bien sabes que te quiero, collar de pájaros. Pero no puedo estar contigo a toda hora. Soy un hombre muy ocupado. Se llega a mi edad hecho un esclavo de mil compromisos.

...

—¿Quieres que salgamos esta noche?...

...

—¿No quieres? Paciencia. Dime, ¿llamó Roberto desde Montevideo?

...

—¡Qué lindo traje! ¿Es nuevo?

...

—¿Es nuevo, Brígida? contesta, contéstame...

Pero ella tampoco esta vez quebró el silencio.

Y en seguida lo inesperado, lo asombroso, lo absurdo. Luis se levanta de su asiento, tira violentamente la servilleta sobre la mesa y se va de la casa dando portazos.

Ella se había levantado a su vez, atónita, temblando de indignación por tanta injusticia. «Y yo, y yo —murmura desorientada—, yo que durante casi un año... cuando por primera vez me permito un reproche... ¡Ah, me voy, me voy esta misma noche! No volveré a pisar nunca más esta casa...». Y abría con furia los armarios de su cuarto de vestir, tiraba desatinadamente la ropa al suelo.

Fue entonces cuando alguien o algo golpeó en los cristales de la ventana.

Había corrido, no supo cómo ni con qué insólita valentía, hacia la ventana. La había abierto. Era el árbol, el gomero que un gran soplo de viento agitaba, el que golpeaba con sus ramas los vidrios, el que la requería desde afuera como para que lo viera retorcerse hecho una impetuosa llamarada negra bajo el cielo encendido de aquella noche de verano.

Un pesado aguacero no tardaría en rebotar contra sus frías hojas. ¡Qué delicia! Durante toda la noche, ella podría oír la lluvia azotar, escurrirse por las hojas del gomero como por los canales de mil goteras fantasiosas. Durante toda la noche oiría crujir y gemir el viejo tronco del gomero contándole de la intemperie, mientras ella se acurrucaría, voluntariamente friolenta, entre las sábanas del amplio lecho, muy cerca de Luis.

Puñados de perlas que llueven a chorros sobre un techo de plata. Chopin. *Estudios* de Federico Chopin.

¿Durante cuántas semanas se despertó de pronto, muy temprano, apenas sentía que su marido, ahora también él obstinadamente callado, se había escurrido del lecho?

El cuarto de vestir: la ventana abierta de par en par, un olor a río y a pasto flotando en aquel cuarto bienhechor, y los espejos velados por un halo de neblina.

Chopin y la lluvia que resbala por las hojas del gomero con ruido de cascada secreta, y parece empapar hasta las rosas de las cretonas, se entremezclan en su agitada nostalgia.

¿Qué hacer en verano cuando llueve tanto? ¿Quedarse el día entero en el cuarto fingiendo una convalecencia o una tristeza? Luis había entrado tímidamente una tarde. Se había sentado muy tieso. Hubo un silencio.

—Brígida, ¿entonces es cierto? ¿Ya no me quieres?

Ella se había alegrado de golpe, estúpidamente. Puede que hubiera gritado: «No, no; te quiero, Luis, te quiero», si él le hubiera dado tiempo, si no hubiese agregado, casi de inmediato, con su calma habitual:

—En todo caso, no creo que nos convenga separarnos, Brígida. Hay que pensarlo mucho.

En ella los impulsos se abatieron tan bruscamente como se había precipitado. ¡A qué exaltarse inútilmente! Luis la quería con ternura y medida; si alguna vez llegara a odiarla, la odiaría con justicia y prudencia. Y eso era la vida. Se acercó a la ventana, apoyó la frente contra el vidrio glacial. Allí estaba el gomero recibiendo serenamente la lluvia que lo golpeaba, tranquilo y regular. El cuarto se inmovilizaba en la penumbra, ordenado y silencioso. Todo parecía detenerse, eterno y muy noble. Eso era la vida. Y había cierta grandeza en aceptarla así, mediocre, como algo definitivo, irremediable. Mientras del fondo de las cosas parecía brotar y subir una melodía de palabras graves y lentas que ella se quedó escuchando: «Siempre». «Nunca»...

Y así pasan las horas, los días y los años. ¡Siempre! ¡Nunca! ¡La vida, la vida!

Al recobrase cayó en cuenta que su marido se había escurrido del cuarto.

¡Siempre! ¡Nunca!... Y la lluvia, secreta e igual, aún continuaba susurrando en Chopin.

El verano deshojaba su ardiente calendario. Caían páginas luminosas y enceguecedoras como espadas de oro, y páginas de una humedad malsana como el aliento de los pantanos; caían páginas de furiosa y breve tormenta, y páginas de viento caluroso, del viento que trae el «clavel del aire» y lo cuelga del inmenso gomero.

Algunos niños solían jugar al escondite entre las enormes raíces convulsas que levantaban las baldosas de la acera, y el árbol se llenaba de risas y de cuchicheos. Entonces ella se asomaba a la ventana y golpeaba las manos; los niños se dispersaban asustados, sin reparar en su sonrisa de niña que a su vez desea participar en el juego.

Solitaria, permanecía largo rato acodada en la ventana mirando el oscilar del follaje —siempre corría alguna brisa en aquella calle que se despeñaba directamente hasta el río— y era como hundir la mirada en un agua movediza o en el fuego inquieto de una chimenea. Una podía pasarse así las horas muertas, vacía de todo

pensamiento, atontada de bienestar.

Apenas el cuarto empezaba a llenarse del humo del crepúsculo ella encendía la primera lámpara, y la primera lámpara resplandecía en los espejos, se multiplicaba como una luciérnaga deseosa de precipitar la noche.

Y noche a noche dormitaba junto a su marido, sufriendo por rachas. Pero cuando su dolor se condensaba hasta herirla como un puntazo, cuando la asediaba un deseo demasiado imperioso de despertar a Luis para pegarle o acariciarlo, se escurría de puntillas hacia el cuarto de vestir y abría la ventana. El cuarto se llenaba instantáneamente de discretos ruidos y discretas presencias, de pisadas misteriosas, de aleteos, de sutiles chasquidos vegetales, del dulce gemido de un grillo escondido bajo la corteza del gomero sumido en las estrellas de una calurosa noche estival.

Su fiebre decaía a medida que sus pies desnudos se iban helando poco a poco sobre la estera. No sabía por qué le era tan fácil sufrir en aquel cuarto.

Melancolía de Chopin engranando un estudio tras otro, engranando una melodía tras otra, imperturbable.

Y vino el otoño. Las hojas secas revoloteaban un instante antes de rodar sobre el césped del estrecho jardín, sobre la acera de la calle en pendiente. Las hojas se desprendían y caían... La cima del gomero permanecía verde, pero por debajo el árbol enrojecía, se ensombrecía como el forro gastado de una suntuosa capa de baile. Y el cuarto parecía ahora sumido en una copa de oro triste.

Echada sobre el diván, ella esperaba pacientemente la hora de la cena, la llegada improbable de Luis. Había vuelto a hablarle, había vuelto a ser su mujer, sin entusiasmo y sin ira. Ya no lo quería. Pero ya no sufría. Por el contrario, se había apoderado de ella una inesperada sensación de plenitud, de placidez. Ya nadie ni nada podría herirla. Puede que la verdadera felicidad esté en la convicción de que se ha perdido irremediamente la felicidad. Entonces empezamos a movernos por la vida sin esperanzas ni miedos, capaces de gozar por fin todos los pequeños goces, que son los más perdurables.

Un estruendo feroz, luego una llamarada blanca que la echa hacia atrás toda temblorosa.

¿Es el entreacto? No. Es el gomero, ella lo sabe.

Lo habían abatido de un solo hachazo. Ella no pudo oír los trabajos que empezaron muy de mañana.

«Las raíces levantaban las baldosas de la acera y entonces, naturalmente, la comisión de vecinos...».

Encandilada se ha llevado las manos a los ojos. Cuando recobra la vista se incorpora y mira a su alrededor. ¿Qué mira?

¿La sala de concierto bruscamente iluminada, la gente que se dispersa?

No. Ha quedado aprisionada en las redes de su pasado, no puede salir del cuarto de vestir. De su cuarto de vestir invadido por una luz blanca aterradora. Era como si

hubieran arrancado el techo de cuajo; una luz cruda entraba por todos lados, se le metía por los poros, la quemaba de frío. Y todo lo veía a la luz de esa fría luz: Luis, su cara arrugada, sus manos que surcan gruesas venas desteñidas, y las cretonas de colores chillones.

Despavorida ha corrido hacia la ventana. La ventana abre ahora directamente sobre una calle estrecha, tan estrecha que su cuarto se estrella, casi contra la fachada de un rascacielos deslumbrante. En la planta baja, vidrieras y más vidrieras llenas de frascos. En la esquina de la calle, una hilera de automóviles alineados frente a una estación de servicio pintada de rojo. Algunos muchachos, en mangas de camisa, patean una pelota en medio de la calzada.

Y toda aquella fealdad había entrado en sus espejos. Dentro de sus espejos había ahora balcones de níquel y trapos colgados y jaulas con canarios.

Le habían quitado su intimidad, su secreto; se encontraba desnuda en medio de la calle, desnuda junto a un marido viejo que le volvía la espalda para dormir, que no le había dado hijos. No comprende cómo hasta entonces no había deseado tener hijos, cómo había llegado a conformarse a la idea de que iba a vivir sin hijos toda su vida. No comprende cómo pudo soportar durante un año esa risa de Luis, esa risa demasiado jovial, esa risa postiza de hombre que se ha adiestrado en la risa porque es necesario reír en determinadas ocasiones.

¡Mentira! Eran mentiras su resignación y su serenidad; quería amor, sí, amor, y viajes y locuras, y amor, amor...

—Pero, Brígida, ¿por qué te vas?, ¿por qué te quedabas? —había preguntado Luis.

Ahora habría sabido contestarle:

—¡El árbol, Luis, el árbol! Han derribado el gomero.

# Cartas

4 Cuern 1941



Santiago.

Hotel Crillon  
SANTIAGO DE CHILE

GEORGES RUPPENHEIM  
PROPRIETAIRE DIRECTEUR

Para Fabiela en Brasil -

Queridos - Brasil.

Mi tan querida y admirada Fabiela:  
Hace un mes que estaba por escribirte para  
agradecerte con emoción tu maravillosa carta,  
o mejor dicho, tus dos maravillosas cartas.  
- Ya que un día llegó tal a recibir mi  
contestación a la primera.  
Dabo de decirte que tus dos cartas me han lle-  
gado, una vez, en el momento preciso  
en que las necesitaba - y aparte de  
la emoción y el orgullo que me provocan  
con - la generosidad y el estímulo supor  
Fabiela, me han ayudado a sobrellevar  
momentos muy difíciles y muy tristes.  
; por de vez, los releo para sentirme  
con una razón de ser y como con el deber  
de continuar esta lucha que es mi vida;  
lucha material, moral también.



## Hotel Crillon

SANTIAGO DE CHILE

GEORGES SUYPENHIM  
PROPRIETAIRE DIRECTEUR

¡ cómo me gustaría poder algún día con-  
versar largamente con usted! Creo que ~~esta~~  
acumularía entonces voluntad y fuerza para  
varios años de existencia.  
Me se imagina cuánto le agradezco mi inter-  
vención con el Presidente. Ha sido un  
verdadero milagro para mí. Don Pedro me  
ha mandado llamar - sí, sí, para  
colmo de buena coincidencia, que yo me  
encontraba aquí en Chile, de pasada. - y  
me ha dicho: me da el interés que ha  
demostrado usted, fabrika, al desear a su  
vez ayudarme, con la condición, eso sí, que  
yo me quedara en Chile y fuera por fin  
escritora chilena. La semana próxima re-  
anexo, pues, mi situación. Me harán  
secretaria del Dpto de Extensión Cultural  
que va a ser íntegramente reformado. Si  
es que esto se realiza le deberé a usted,  
fabrika, el poder realizar mi obra litera-  
ria, le deberé "la hora de hoy" en que  
yo viva.

Respecto a mi obra y contactando a mis pre-  
suntas le diré que "La Anus Ayuda" es mi  
2ª novela. Mi primer libro se llama "La  
última noche" Lo publiqué en la Argentina



## Hotel Crillon

SANTIAGO DE CHILE

GEORGES KUPPENHEIM  
PROPRIÉTAIRE DIRECTEUR

también, y tuvo bastante repercusión allí, afe-  
sar de ser muy limitado su tiraje. También  
he escrito dos largos cuentos en la revista  
"Sur". Voy a tratar de juntar una con todos  
ellos para mandarlélos - a ver si encuentro  
en su vida, que se muy ocupada, algún  
momento de ocio, para leerme.

Aquí en Chile la recordamos, la admiramos y la  
hacemos cada día más. "Tales" está pa-  
sando a ser una Biblia de cabecera, así  
como lo fue durante tantos años "Psedón".  
Desearnos ardientemente tenerla por acá  
no solo en espíritu sino también en  
persona. Vaya pronto.

y gracias, saluda, con todo mi cariño  
y un fraternal abrazo.

Un! - Luisa Bombal

---

P.D. Si es posible para algo un modesta obsequio  
en Chile, cuenta conmigo, incondicionalmente.  
Su dirección es: Frestal 640 - casa de mi  
madre que se dedica a un abrego y le quedará  
a disposición en cualquier momento para conmigo.

## Selección de cartas

---

Santiago, 4 de enero de 1941

Para Gabriela Mistral

Mi tan querida y admirada Gabriela:

Hace mucho que estaba por escribirle para agradecerle con emoción su maravillosa carta, o mejor dicho, sus dos maravillosas cartas. Ya que nunca llegó usted a recibir mi contestación a la primera.

Debo decirle que sus dos cartas me han llegado, ambas veces, en el momento preciso en que las necesitaba —y aparte de la emoción y el orgullo que me provocaron— la generosidad y el estímulo suyos, Gabriela, me han ayudado a sobrellevar momentos muy difíciles y muy tristes. ¡Qué de veces las releo para sentirme con una razón de ser y como con el deber de continuar esta lucha que es mi vida!; lucha material y moral también, ¡cómo me gustaría poder algún día conversar largamente con ud.! Creo que acumularía entonces voluntad y tesón para varios años de mi existencia.

No se imagina cuánto le agradezco su intervención con el Presidente. Ha sido un verdadero milagro para mí. Don Pedro me ha mandado llamar —figúrese, para colmo de buena coincidencia, yo me encontraba aquí en Chile, de pasada— y me ha dicho que dado el interés que ha demostrado ud, Gabriela, él deseaba a su vez ayudarme, con la condición, eso sí, que yo me quedara en Chile y fuera por fin escritora chilena. La semana próxima se arregla, pues, mi situación. Me harán secretaria del Dpto. de Extensión Cultural que va a ser íntegramente reformado. Si es que esto se realiza le deberé a ud., Gabriela, el poder realizar mi obra literaria, le deberé «la hora de paz» en que yo viva.

Respecto a mi obra y contestando a sus preguntas le diré que «La amortajada» es mi 2.<sup>a</sup> novela. Mi primer libro se llama «La última niebla». Lo publiqué en Argentina también, y tuvo bastante repercusión allí, a pesar de ser muy limitado su tiraje. También he escrito dos largos cuentos en la revista «Sur». Voy a tratar de juntarme con todo ello para mandárselo —a ver si encuentra en su vida, que sé muy ocupada, algún momento de ocio, para leerme.

Aquí en Chile la recordamos, la admiramos y la necesitamos cada día más. «Tala» está pasando a ser una Biblia de cabecera, así como lo fue durante tantos años «Desolación». Deseamos ardientemente tenerla por acá no sólo en espíritu sino también en persona. Venga pronto.

Y gracias, Gabriela. Con todo mi corazón y mi gratitud la abrazo.

María Luisa Bombal

P.D. Si es que necesita para algo mi modesta colaboración aquí en Chile, cuente conmigo, incondicionalmente. Mi dirección es: Forestal 640 —casa de mi madre que se adhiere a mi abrazo y le agradece asimismo su hermoso gesto para conmigo<sup>[1]</sup>.

Tuxedo Park. New-York  
April 14/1948

Mi querida Gabriela<sup>[2]</sup>:

Aquí estoy, siempre por escribirle largas cartas que nunca van más allá de mis intenciones. Pero ud. sabe todo lo que la admiro y quiero, y muy a menudo pienso en ud. a pesar de esta inhibición epistolar de que padezco.

Por correo aéreo le mando *La Amortajada* en inglés. Sale oficialmente el 19 del presente mes. Me encantaría que la leyera. Le he agregado varios episodios que creo la han enriquecido sin quitarle nada de su concisión ni alterar su ritmo.

Junto con el ejemplar para ud. me permito mandarle otro dedicado para Aldous Huxley y le agradecería fuera ud. tan bondadosa como para entregárselo con una buena mención. Me interesaría saber también lo que piensa de ella si la lee. ¡Pero por ningún motivo quiero que esto significare una molestia para ud!

Le escribo a Los Angeles porque no conozco su dirección exacta en Santa Barbara y me da miedo que todo se pierda. ¿Podría ud. hacérmelo saber? Nosotros vivimos aquí en este sitio a una hora y media de N. York. Es precioso y nuestra casa está al borde de un lago ¡pero el invierno fue demasiado duro y estoy curada de espanto de vivir en el campo aquí en el este! Mucho nos gustaría irnos a vivir a California ¡pero depende de tantas cosas!

Mi marido le manda un cariñoso saludo, Brigitte mi hija (¡tres años y medio casi ya!) le manda un beso; es decir me pide que le deje hacer estas crucecitas (+x+X+) para ud. Significan besos.

De mi parte un gran abrazo, y un especial saludo a Connie.

María Luisa Bombal

Mi dirección es nada más que: *Mrs. Fal de Saint-Phalle*, Tuxedo – N. York —por si llega a escribirme. ¡Me daría un gustazo!

New York, 27 de septiembre de 1952

Srta. Gabriela Mora Cruz<sup>[3]</sup>:

Mi mamá me ha transmitido su encantadora carta del 15 de este mes. Me emocionan sus palabras y sentimiento hacia mi obra... que después de todo es mi persona.

Con el mayor gusto si usted lo deseara, le mandaría por carta toda información que pudiera serle útil para su Memoria.

Me agradaría sin embargo que usted me hiciera preguntas muy precisas a las que pudiera contestar como se contesta en un examen. De otra manera uno se pierde en el laberinto de todo lo que deseara decir... y termina desanimada por no contestar ni decir nada.

Un gran abrazo de mi parte a Ricardo y Alicia Latcham y dígales que no los olvido, que nunca los olvidaré.

Y para usted todo mi afecto. Me gustaría mucho conocerla.

María Luisa Bombal

New York, diciembre 1952

Mi querida Gabriela:

Muchas gracias por sus dos cartas que me interesan, me halagan y emocionan. Debe de haber una corriente espiritual un poco mágica entre usted y yo. Sus cartas, su interés por mi obra y mi modesta persona me llegan en un momento muy oportuno. Es decir que justamente desde un año a esta parte, yo me preguntaba a mí misma con tristeza si el hecho de vivir tan alejada de Chile no iría a borrar mis libros del espíritu y el repertorio de los lectores chilenos. Y he aquí que usted me dice que le interesa a la juventud. Es como si mis libros empezaran una nueva vida. Muchas gracias.

Trataré ahora de contestar a sus preguntas rápidamente en esta carta porque quisiera le llegara pronto. Después le escribiré otra más detallada, si es que usted lo desea.

Mi obra es muy corta y yo creo que usted me la nombra toda, salvo creo yo *La historia de María Griselda*, una novela corta que apareció —creo yo— en *Sur* (la revista argentina, hace unos seis años). Usted puede dirigirse de mi parte al Director José Bianco, Cerrito 1222 Buenos Aires. Si no es así, yo se la puedo mandar de aquí por avión, pues apareció en una revista llamada *Norte*; pero prefiero que no le mencione esto último a Pepe Bianco. También mi hermana Blanca puede ayudarle a conseguir *Cielo, mar y tierra*, *Tierra, cielo y mar*, *Mar, cielo y tierra*, ya no recuerdo el orden, y *Las trenzas*. Las señas de mi hermana son: Blanca Bombal de Alvarez de Toledo – Arenales 875 – Buenos Aires.

Yo creo que usted tiene razón al no ver influencia muy directa ni definida en mi pequeña obra. Yo creo que es muy mía. Es decir, el resultado de una compenetración y pasión por «toda literatura». Porque a mí *todo* me apasiona y gusta dentro del mundo de lo escrito: lo clásico, contemporáneo, moderno; lo poético, realista, surrealista, etc. los escritores más opuestos me arrancan la misma emoción. ¡Y son tantos, tantos y qué maravillosos! Yo antes de venir a Norteamérica, por ejemplo, ignoraba todo de Willa Cather, y ahora es uno de mis deleites. Si usted no la ha leído, Gabriela, tiene que leerla. Es una de las más grandes novelistas que hayan existido.

Sin embargo, si alguna influencia tengo más directa; en la *forma*, yo sé que es Prosper Mérimée, sobre el que escribí mi tesis para la licencia de Letras en la Sorbonne. También yo creo que mucho aprendí de François Mauriac. Si usted lee *Genitrix*, allí también hay una muerte que mucho me hizo pensar, aunque naturalmente que mi Ana María es otra cosa y toda mi Amortajada tiene otro sentido y yo creo que en la muerte yo he ido más lejos que Mauriac (¡perdón la modestia!). Espiritualmente mi gran afinidad son los escritores escandinavos. Hans Christian Andersen, Selma Lagerlöff, Knut Hamsun, también un alemán del siglo pasado,

Teodor Sturve, su novela *Inmensee*, que quiere decir «El valle de las abejas», fue una de las revelaciones de mi adolescencia. Así como *Victoria*, de Knut Hamsun.

Bueno, Gabriela, esto es lo primero que se me viene al espíritu al contestar esa pregunta suya de las influencias y preferencias. Pero siempre hay tantas, tantas otras cosas más complejas. No terminaríamos, qué lástima que no podamos conversar. Todo se hace más fácil, ¿no cree usted? Por ejemplo, vea usted, se me olvidaba decirle que *Los cuadernos de Malte Laurids Bridge*, de Rainer María Rilke, fueron mucho tiempo un libro de cabecera para mí. ¿Respecto a mi trabajo desde que estoy en los Estados Unidos? Mi destino (literario) siempre ha sido muy raro, complicado, y difícil, y distinto, casi diría anormal. Comencé escribiendo en francés, que yo consideraba mi idioma, el medio de expresión que había conquistado. Las circunstancias hacen que yo deba volver a Sudamérica y *mi carrera, mi expresión* debió ser en español. Ahora, las circunstancias me empujaron a este país que ha pasado a ser mi país (mi marido es francés-americano, mi hija americana) y resulta pues que me he visto obligada a expresarme en inglés. Tercera etapa, la más difícil y dolorosa, «la prueba de fuego», diría yo.

Aunque no me puedo quejar. Mi libro *House of Mist* que quiere decir «Casa de niebla» tuvo un éxito muy apreciable y me ha dado un nombre aquí. *House of Mist* no es *La última niebla*. Es una nueva novela que yo escribí en inglés (con la ayuda de mi marido para el inglés) basada sobre el tema de mi *Última niebla*. Yo creo que es una joya como novela poética. Algo así como un cuento de hadas moderno. Cómo me gustaría que usted pudiera leerlo. Para ello tendría yo que traducirla al castellano. ¿Ha visto usted situación más absurda para un escritor? ¡Tener que traducirse a su propia lengua! ¿No le comprueba este «detalle» eso que le digo que mi destino de escritor es anormal? Lo mismo me pasa con mi último libro, *The Foreign Minister*, que está inspirado en los últimos días y suicidio de Jan Masaryk. Se lo tengo prometido a Nascimento desde hace años... pero tengo que traducirlo. Y no tengo tiempo; pues resulta que yo estoy escribiendo mucho... en inglés.

Bueno, termino ésta aquí. Mi próxima será más noticiosa. Por favor avíseme recibo de ésta. Yo le escribo como me viene, alocadamente y sinceramente, de otra manera no me decidiría a escribirle nunca. En mi próxima le contaré más de mí personalmente, como usted tan gentilmente lo desea. Pero escríbame usted también de usted personalmente y no me llame «señora», que me hace pensar que tengo 42 años y prefiero olvidarlo. Yo no tengo un año más de 20.

Cariñosamente.

María Luisa Bombal

New York, agosto 1965

Mi querida Blanca<sup>[4]</sup>:

Hace tanto calor que no recuerdo si te escribí ya, o no, o si mi carta ha quedado rezagada yo no sé dónde entre tanto papeleo mío, de Fal y de Brigitte. En todo caso hoy me asaltó la duda que no lo había hecho. Y antes que caiga exhausta mi voluntad, te envío estas breves líneas —«Facts, nothing but facts»—. Perdona.

a) Encantadores los Teyssonneau. Lindísima y culta, ella. Inteligente y sólido, Henri.

b) Los invitados a comer al restaurante más elegante de la Madison Ave. (de la *branche des Longchamps*, el más chic) más no podíamos hacer. Yo a casa no los invité porque hubiera tenido que limpiar el departamento entero, la empleada que venía a hacerlo una vez por semana (9 dólares, if you please, for a few hours) está de vacaciones. Y así pues todo corre por mi cuenta cuando se trata de pasar vacuum cleaner, frotar bañadera, etc. Y en esos días, con el calor, yo no estaba para la pamplina.

Pero fue mejor, porque se comió mejor, se bebió mejor; y todos contentos, y yo descansaba. Así pues pudimos disfrutar de los enamorados.

c) Al día siguiente por la mañana yo hice depositar en el «Waldorf Hotel» —en donde ellos estaban alojados— un ejemplar de *La amortajada* (3.<sup>a</sup> edición Nascimento. Chile) con dedicatoria por supuesto y muy sincera. Naïk llamó por teléfono a la tarde y habló con Fal. Hemos quedado encantados con ellos. Me imagino, espero, ha de ser recíproco.

Respecto a los André de St. Phalle. André está en Francia, y Jacqueline sin él no funciona. Aquí tengo yo para ellos la carta que tú les escribiste. Ya se las depositaré cuando pase el calor.

Brigitte también en Francia invitada por sus múltiples tíos y primos St. Phalle (claro, viaje ida y vuelta más dinero para el bolsillo pagados por Fal), pero de todas maneras se portan muy cariñosos con ella, y ella está feliz paseándose por toda Francia. A la vuelta se vendrá por Londres, en donde está invitada por la madre de su profesor de matemáticas en la Universidad de Cornell en donde ella ha terminado graduándose este año con notas brillantes —sobre todo en *Advanced Mathematics*—. Es el chouchou de este profesor que es inglés —y una eminencia— que quiere que conozca a su familia. N'est ce pas touchant?

Ahora bien, te ruego mandarme la dirección de Blanca Isabel y Nicolás, porque mucho me temo que tú no les des los mensajes míos (esta pluma está para las cafas), voy a tener que cambiarla. Ahora trato ésta. Entiendo que Nicolás se ganó una *bourse française*, como pintor, altamente honorífica. Me gustaría escribirle así como a

Blanca Isabel. *Mándame la dirección de ellos*. Tenemos los retratos de su compromiso y matrimonio encuadrados y con sitio de honor y todo el mundo me pregunta y esta muchacha tan linda, ¿es tu hija?, por Blanca Isabel. Hélas, aunque distinguida y de buena figura Brigitte no tiene la belleza de Blanca Isabel, ni ese *charme* —que resplandece a través mismo de sus fotografías— y no hay argentino que la haya conocido que no nos diga maravillas de ella.

Brigitte es *muy terca* y eso le resta simpatía. «Ne t'en fais pas, me dice Jacqueline, c'est une Saint Phalle». De todas maneras espero este viaje la haya un tanto domesticado... Su breve viaje a Chile le hizo muy bien, para qué decirte los buenos recuerdos que guarda de Uds., y de la Argentina. Son sus «recuerdos de infancia» es decir los felices. Yo estoy orgullosa de lo brillante que ha salido en sus estudios. Ahora para post-graduate se la pelean las más grandes universidades especializadas de Norteamérica, empezando por la M.I.T. (*Massachusetts Institute of Technology*; en donde los estudiantes son muchos de ellos mismos profesores). Pero ella eligió la Universidad de Chicago, que se ha especializado en las ciencias abstractas y que le paga aparte de los estudios 2800 dólares al año, es decir casa y comida. Por suerte *tiene* que vivir dentro del recinto de la Universidad, que tiene casas departamentos para sus estudiantes becados. Así, pues yo estaré con menos «credo en la boca». Pero para serte franca yo preferiría que ella se casara bien, así como Blanca Isabel, que puede ser también colaboradora dentro de la profesión de su marido así como *femme du monde*. Esto de ser una «career girl» no es mucho lo que me gusta.

La «bella tenebrosa» o la «pata de perro» o nuestra madre como te gusta llamarla, está en Chile, después de su viaje fantástico; sobre todo en Alemania, donde la cubrieron de entretención y honores. Muy enojada conmigo, figúrate, porque la hice venir diciéndole que tenía un libro terminado y listo para ser puesto en prensa. En realidad yo creía que así iba a ser; pero escribir es amargo ejercicio de concentración que la difícil vida cotidiana en este país trata siempre de perturbar; así pues no pudo ser. También se ofendió porque yo no iba a Chile con ella. Pero yo no puedo dejar solo a Fal a su edad y con lo loco que se porta cuando se trata de su salud. Tampoco puedo dejar a Brigitte ir y venir sin vigilar sus pasos y estar *presente* y velar se cumpla con ella cuando se trata de sus estudios (que de no estar yo aquí, cuando se enfermó Fal y estuvo en el hospital, ya toda la familia me la tendría trabajando en una oficina habiendo cortado sus estudios). Thibault por suerte tomó conmigo su partido. Después de todo es su hermana; pero sólo desde el año pasado empieza a tenerle cariño y a apreciarla, y *mucho* felizmente.

Thibault acaba de casarse con una muchacha encantadora, viuda ella también y con 2 hijos pequeños. Es lindísima, rica y adora a Thibault y a los tres niños de Thibault por añadidura. Fal y yo avons beaucoup encouragé ce mariage, porque ya era tanta como todas las mujeres corrían detrás de él para pescárselo (pues era ya él mismo riquísimo y un abogado estimado tanto en los Estados Unidos como en

Europa. Además con los años, ya tiene 48, se ha puesto más buenmozo todavía) y como él es bastante picado de la araña, Fal y yo andábamos con el credo en la boca de que fuera a caer en malas manos. Por suerte que a él Hélène lo atrajo siempre más que a todas las de la manada —y *está feliz*, en luna de miel en Europa— y se ven a menudo con Brigitte en los distintos chateaux de la tribu St. Phalle. Si te llegan con el cuento que Hélène es judía, puedes asegurarles que no lo es. Su 1.<sup>er</sup>. marido sí lo era. Un hombre estimadísimo, muy artista y uno de los banqueros más importantes de New York, *Mr. Philip Isles*. Ella se llama Hélène Caurobert y es «du Luxembourg», la madre es americana de California.

Y basta con la lata; ¡y yo que te iba a escribir sólo unas líneas! Fal les manda cariños muy especiales, y *esto no es sólo una fórmula*. Il est toujou très touché de ce que tu penses de lui y quiere mucho a Alberto y como te dije se extasía ante los retratos de Blanca Isabel y de Nicolás.

Tendresses pour toi et cet amour Alberto.

María Luisa.

New York, julio 8/67<sup>3</sup>

Mis tan queridos Chela y Luis<sup>[5]</sup>:

Escribí carta esta «madrugada», carta que no dice ni la mitad de lo que siento y ahora se me ocurre que no he puesto bien la dirección —que es Bandera 620, 5.ºf. En todo caso espero que el cartero, siempre bueno en nuestros países, les hará llegar mis líneas y cariño.

Por si acaso, vuelvo a escribir éstas diciéndoles lo que los recuerdo y que me ocuparé activamente del libro de Luis apenas termine con «mi niebla». También con los libros de Ester Huneeus —hay mucha posibilidad, por favor díganse—, dentro de un mes estaré fuera de mi «tarea» y podré actuar.

Mucho me conmovieron, Chela, tus lindas palabras que aprecio de verdad. Es increíble lo que uno sufre y siente nostalgia de amigos como Uds. En este país tan indiferente para todo lo sentimental. Hasta la palabra «sentimental» es aquí palabra ridícula. Triste.

Pero «hay que casar a Joaquín», Luis me prometió que lo haría. Yo había pensado en mi hija Brigitte para él. Pero ¿qué creen Uds. que me contesta? Mamá, si ese hombre es tan atrayente como tú dices, yo ni muerta me caso con él porque no estoy dispuesta a pasarme la vida repartiendo cachetadas a diestra y siniestra a todas las mujeres...!!! Disculpen estas líneas locas. Den mis cariños a Lolo y al caballo de ajedrez y a los 300 volcanes.

Los abraza.

María Luisa.

New York, 8 de julio de 1967

Mis queridos:

Si dejo pasar más tiempo no habrá carta (Luis tiene razón. Hoy en día no se escriben cartas largas).

Por eso van estas líneas para decirles que los recuerdo tanto y que volver a Uds. fue volver a la tierra de mi corazón. Ahora debo confesar que me porto como me decía Luis Durand, como «una rota informal». Nada he hecho por el libro de Luis. Nada por los libros de Ester Huneeus —y hay posibilidades en ambos casos. Pero; qué hacerle, yo tengo que cumplir con «Orbe» y no consigo todavía salirme de mi casa de niebla<sup>[6]</sup>. Agreguen a esto muchos problemas de familia —bueno, no muchos, uno solo; el de mi hijastra, la que yo quiero tanto—, la otra que quería se me murió hace cinco años. En fin, hemos sufrido mucho Fal y yo; y hasta Brigitte su medio-hermana —de verla tan desesperada—, pero prefiero no hablar más de esto.

Quiero recordar los momentos que pasé con Uds., ante los biombos de Luis y... el que no ha hecho... el que se ve desde vuestras ventanas... con la estrellita nueva y tan bien lustrada... ¡Pensar que no he podido escribir ni una sola línea en el Diario de mi Vida! Y eso que los recuerdo «a diario».

En todo caso les declaro solemnemente que si no me dan el Premio Nacional no pienso renunciar a mi nacionalidad chilena. ¡¡¡Es posible renunciar a un país que tiene 300 volcanes!!! Silva Castro lo dijo y yo lo creo —300 *volcanes*. ¡La muerte, la muerte!

Los quiero y abrazo,

María Luisa.

New York, 15 de noviembre de 1967.

Mi querido Luis:

Aquí va mi idea genial, que Fal encuentra muy interesante, mucho más interesante que la de empeñarse con libros que esta gente no comprende. Han de ser escritos especialmente para ellos y fue en este sentido que *La última niebla* se transformó en *House of Mist* —que por suerte me resultó algo lindo literariamente— aunque un poco al margen de mi línea de entonces.

Pero vamos al grano. Como ya lo estarás sospechando, si es que Chela y tú han recibido mis dos últimas tarjetas, es de tarjetas que se trata Luis, la industria de la tarjeta se ha convertido aquí no sólo en un arte poderoso industrial sino, además, en verdadera galería de arte, que en cierto sector de esta industria se busca lo original, lo nuevo y netamente decorativo, en el más alto sentido de esta palabra.

Hay *numerosas* casas productoras y que una vez comprada una serie al artista la imprimen por millones; por consiguiente el artista está muy bien pagado desde el comienzo. (El caricaturista *famoso* chileno-francés Oscar Fabrès, luego de haber emigrado por causa de la guerra de Francia a ésta, se ganó hasta su muerte la vida dibujando las más tiernas caricaturas en los más tiernos colores de acuarela. Su especialidad eran las tarjetas para Pascua y Año Nuevo. Hay una que yo guardo con amor. Nueva York, la Quinta Avenida toda nieve y un policía parando el tráfico... para que se deje pasar a los Tres Reyes Magos. Yo era muy amiga de él. Lo conocía desde chica. Era un gran artista y nunca se sintió disminuido de trabajar en ese campo. Por el contrario, se divertía y lo encontraba un desafío para un artista).

Bueno, te das cuenta a lo que vengo naturalmente. Con tu talento decorativo y para el dibujo y color (porque el color en este campo es indispensable) tú podrías triunfar en este campo de la tarjeta. Como actuaríamos sería así: Tú preparas las maquettes, digamos, de 12 tarjetas *Happy Birthday*, nos las mandas y Fal —que es bala como agente y conoce este país y su gente como el suyo propio— irá a una de las grandes casas con ellas (más con la histórica de tu arte, fotografías de los murales del Carrera, etc.). Allí le dirán quién es el «executive» encargado de examinar el trabajo, etc. Allí va Fal a tratar con el «executive»; o acepta tus maquettes y te adopta como artista de la casa o Fal le hace un respingo y se dirige a otra casa. Las hay muchas y muy importantes, como te dije:

Lo interesante es que encuentres una idea original pero *sencilla y optimista*. Yo había pensado, como esta gente se lo pasa pensando en su horóscopo, que si tú hicieras una serie de 12 cada una con el dibujo de la constelación y signo del Zodíaco propia del mes, harías algo precioso y así habría el «Happy Birthday Gemini y el Happy Birthday Aries... y Capricornio y Sagitario», etc. Y la gente compraría la

tarjeta apropiada al mes de la persona a quien quiere enviar su saludo. Ésa es sólo una idea mía —la creo buena— para que te des cuenta más o menos de lo requerido por este público. Pero el campo es ilimitado, se imprimen tarjetas para todas las ocasiones de la vida, tarjetas que son simplemente como un «chiflido» de lejos a un amigo, (o a un enfermo) o felicitando para un compromiso, o matrimonio, o de queja porque no le escriben a uno, etc.

Si mi proyecto te interesa, contesta y te mando por sobre grande todas las tarjetas que elegiría para que tuvieras idea más precisa de todo esto que hacen. No dudo que entre tú y Chela van a encontrar miles de temas. (Pero por favor nada de huasos ni de cuecas ni de guitarras ni indios; ese criollismo no interesa). Eso sí, dentro de la *tarjeta religiosa* interesarían enormemente todas las manifestaciones de Nuestra Santísima Virgen en Chile, «La Virgen de Andacollo» por ejemplo se presta a imágenes llenas de colorido.

Te abraza.

María Luisa.

Santiago, 24 de agosto de 1976.

Yayo querido<sup>[7]</sup>:

¡Cuánto me emocionó tu carta de Madrid 26 mayo pasado! ¡Cuánto, tú no sabes; ha sido un consuelo espiritual dentro del pesar y tristeza por lo que he pasado últimamente! Mi mamá murió el 14 de junio pasado. Se fue en cuatro días — pulmonía doble—. Pero no sufrió y se veía muy linda y joven, muerta, cuando se la llevaron, también llevaba un semblante de paz muy grande y casi de dulzura. Bueno, Yayo, yo estaba en Santiago y ella me tenía guardada tu carta que tanto aprecio y leo y releo para darme ánimos y sentirme una razón de ser. Estoy muy desanimada a ratos, y atacada por la gran tentación de Satanás: la melancolía.

Por favor, Yayo, ¡pedirme el consentimiento para ocuparte de mi pequeña obra! Si más que consentimiento te doy las gracias y todo mi entusiasmo por ello. Ojalá no te haya desanimado el no recibir contestación inmediata mía. Mi único anhelo ha sido ser conocida y publicada en nuestra Madre Patria. ¡Y ahora tú y tu valiosa ayuda ayudándome a conseguirlo! No puedes haberme dado una alegría y esperanza mayores. Y me siento orgullosa de ser presentada allá por el profesor y escritor Manuel Peña.

Me alegra aún sobremanera lo que me cuentas sobre tus estudios y además el enterarme que no olvidas tu libro mitológico. Va a ser grande. Sobre todo si los personajes no son todos completamente nuestros; sí los hay entre ellos algunos «universales». Tú me entiendes.

Te echo de menos, Yayo; escíbeme diciéndome que me perdonas esta tardanza en contestarte. Y cuéntame de ti, tus últimas noticias.

Te abraza.

María Luisa Bombal.

P.D.: Mucho, mucho tendría que enterarte y contarte de nuestras actividades literarias aquí, pero será para otra vez. Quiero que ésta salga cuanto antes. Cariños. María Luisa.

Viña del Mar, 13 de enero de 1977.

Yayo querido:

Gracias por tus cartas. Me han emocionado de verdad. Cartas así las necesitaban mi ánimo y mi corazón, y me alegra sobremanera de que éstas vinieran de ti. Gracias nuevamente por todo lo que me dices de mi obra. Tu interés en ésta y en mi persona. Sí me haces comprender cuánto he perdido yo también al irte tú tan lejos. ¡Cuánto necesito de una compañía y amistad cotidianas como podrían haber sido y ser la nuestra! Pues a mí me interesa también enormemente tu obra. ¿Cómo va tu libro, ése tu *Mitología moderna*? Escíbeme de todo lo que escribes y piensas, pues me interesa tu pensamiento y vida. Cuéntame de España y de la gente que ves. Figúrate que mi sueño dorado desde hace mucho sería hacer un viaje largo a ésa. De España no conozco sino San Sebastián.

Yayo, me «encantó», porque la palabra es «encantamiento», lo que me inspiró tu trabajo sobre *Lo secreto*, trabajo tan profundo, hermoso... y ameno, quiero decir lleno de gracia además.

Y ahora contestando a tus preguntas.

*House of Mist*. Me encuentro justamente traduciéndolo yo misma de mi inglés. Asimismo mi *The Foreign Minister*. Extraña situación ¿verdad?, pero figúrate que ya tengo contrato con Ediciones Universitarias de la Universidad Católica de Valparaíso para su publicación apenas éstas (mis obras) estén a punto. No me atrevo a fijarte fecha aún. También van a hacer una nueva edición de *La historia de María Griselda y Trenzas*.

Quiero que ésta salga cuanto antes para que estés al corriente de la situación respecto a todo esto último, por ello no te escribo más largo; es mucho lo que tendría que decirte. Sara Vial recibió tu tarjeta y recuerdo. Muy conmovida. Te escribirá.

Para ti un abrazo fuerte de esta amiga y colega que te quiere y admira.

María Luisa Bombal.

Viña del Mar, 20 de enero de 1977

Blanca querida:

Gracias por tu carta. Ha venido a traerme un poco de aliento en esta muerte en vida que es mi vida porque así la siento. Aunque la muerte misma ha de ser menos triste y solitaria, me imagino. No es que esté enferma, ni me falta compañía ni éxito literario, a pesar del fracaso del Premio Nacional. Es que estoy enferma del alma y he perdido toda alegría y deseo de vivir. Además de sufrir constantemente de una inexplicable, insoportable angustia. Sé que comprendes esto último, pues creo que tú misma lo has sentido alguna vez. En fin, Blanca, es decirte que tu venida a ésta en febrero puede salvarme la vida y solucionar muchas cosas importantes aquí para todos. La cama de la mamá te espera. También Carmen te espera con cariño y está muy bien predispuesta para contigo. Con gusto acepto tu invitación por una temporadita en Buenos Aires. Y ahora te doy una gran noticia que sé te dará un gustazo grande. He dejado completamente de beber. Hace tres meses que no toco un trago. Y eso sin tratamiento de ninguna especie. Sólo por mi propia voluntad. Carmen y el Dr. Gajardo me han ayudado mucho moralmente. Estoy adelgazando bastante y si no fuera porque tomo Coca-Cola, ya no tendría ni pizca de guata. Y me siento mucho mejor y ya no estoy «patuleca». Bueno, dentro del momento moral por el que estoy pasando, esta decisión y actitud mías son lo único que me consuela. Aparte de la idea de *que vas a venir* y que todavía soy persona grata a Alberto y a Blanca Isabel. Me encantaría conocer la propiedad. Me parece un edén. No me vayas a desengañar. Ven. La semana próxima me voy a pasar unas semanitas donde Isabel Velasco, quien sigue siendo la amiga encantadora y fiel que tú conoces. Sara Vial lo mismo. Nos queremos como hermanas. Sara está muy extrañada y triste que no le hayas contestado. Ella te hizo mandar el libro *La historia de María Griselda y Trenzas* por intermedio del editor. Mucho me temo que no te haya llegado. Tantos se pierden en el correo. Pero te mandaremos otro editado nada menos que por las Ediciones Universitarias de la Universidad Católica de Valparaíso. La mejor casa de edición de Chile en el momento. Eso no impide que me encuentre muy alcanzada de plata. He de dar la mitad de lo que recibo a Carmen para llevar la casa. La vida está carísima y ella ha pagado muchas cosas que nos correspondía pagar a nosotros, respecto a la mamá, ¡qué se le va a hacer! Ya lo arreglaremos todo amistosamente y para bien de todos, espero. He estado en correspondencia con Juan Eduardo. No te la cuento para no mezclar temas. Ya sabrás cuando vengas. Yo le estoy muy agradecida pues es muy cariñoso con Brigitte. Recibí dos tarjetas de Brigitte muy cariñosas, creo que se las debo a él.

Respecto a la separación dolorosa para todos de Blanquita Isabel y Nicolás,

tendría tanto que decirte. Por suerte que se hace con tanta dignidad y amor. En el fondo no habrá total separación, que es lo importante ni de corazón, ni de presencia. Y estoy segura, segurísima, que todo resultará noble y feliz... aunque presiento que el que va a sufrir mucho —y no lo sabe todavía— es el pobre Nicolás. Yo también aprendí a estimarlo y a quererlo mucho. Es tan hombre y caballero. Blanca Isabel será feliz. La presiento fuerte. No sufran, se los ruego. Por favor contesta unas líneas acusando recibo de éstas.

Cariños a Alberto, Blanquita Isabel, Azulita y a tu futuro yerno. Me parece tan bueno como Nicolás, al que te pido abrazar también de mi parte.

Tendresses.

María Luisa

Viña del Mar, 12 de diciembre de 1977.

Georgie querido<sup>[8]</sup>:

Si supieras cuánto te recuerdo, aunque no lo parezca. Pero bien sabes que soy tan parca para mis cartas como para mis novelas.

Ésta es interesada. Te pido atiendas el pedido de mi amigo y representante Richard Cunningham. Es importante para mí; bien te darás cuenta, ¡oh monstruo sagrado!

Esto va a ser, estoy segura, el mejor regalo de Año Nuevo que se me va a hacer\* brindar.

Te abraza,

María Luisa

P.D. Excusa erratas\*.

Viña del Mar, diciembre 28 de 1977.

Yayo querido:

Esta es carta loca y breve, pero no sé escribir cartas que no lo sean a los que considero mis íntimos dentro de mi corazón y espíritu. Te echo de menos. Me haces falta como si de toda la vida nos hubiéramos visto tarde a tarde conversando y compartido ideas, poesía y atardeceres frente al mar en nuestra terraza-restorán de la avenida Perú, ¿recuerdas? Y de cómo aquel agudo, peligroso perro canillita nos siguió... y de cómo mi ama de llaves hubo de prestarnos su lapicera en la puerta porque nosotros no disponíamos del más mínimo utensilio similar... «En casa del herrero, cuchillo de palo», nos retó. ¿Te acuerdas?

Recibí tu carta. Sus noticias junto con su flor del Portugal me levantaron el ánimo... por unos cuantos días. ¿Cuándo vuelves a levantármelo pan-cotidiano?

Con Sara te recordamos también a menudo. Ella se encantó con tus padres. Te mandará su nuevo libro de sonetos *Al oído del viento*. Maravilla en todo sentido. Forma, imaginación, ambiente. Soplo de su viento apasionado y clásico al oído de ese viento misterioso de Dios. Además, figúrate que es libro «entretenido». ¿Has oído jamás catalogar a un libro de sonetos de entretenido? Pues cuando lo leas verás que este genial adjetivo mío no les quita nada de su perfecta grandeza y tierna poesía.

Roberto Silva me pide con urgencia unas breves líneas a fin de «encabezar» tu futuro, precioso y original libro de cuentos, ¿qué puedo decir que tú no digas ya en tus cuentos? Sólo expresar mi admiración literaria por su originalidad y sentimientos. Lo haré con entusiasmo ya que así tú y Roberto lo desean.

Te felicito y nos enorgullecemos todos aquí por tus triunfos tan merecidos en nuestra madre patria. Feliz Año Nuevo y... vuelve este año mismo.

Un abrazo de tu colega y amiga.

María Luisa Bombal

Viña del Mar, 27 de febrero de 1978

Mis tan queridos Lucía y Richard<sup>[9]</sup>:

Aquí van seguido notas importantes para nuestra colaboración respecto a mi obra literaria.

Nota a)

Sobre *The Shrouded Woman*, traducción mía del castellano al inglés de mi novela *La amortajada*.

En la edición en inglés *The Shrouded Woman* intercalé *La historia de María Griselda* más dos nuevos episodios cortos, todo escrito naturalmente por mí en castellano y traducido por mí al inglés. Dichos episodios salvo el del «Padre Carlos», no van ni fueron en mis pasadas ediciones y no irán en mis futuras ediciones en castellano de *La amortajada*.

Si intercalé todo ello en *The Shrouded Woman* fue a fin de dar mayor volumen a la novela, según pedido de mis agentes. Ahora bien a mí me parece que hay que dejar la edición de *The Shrouded Woman* tal cual apareció en inglés ya que fue conocida y obtuvo éxito en dicho idioma y en dicha forma.

Nota b)

Sobre *House of Mist*. Espero no hayan Uds. olvidado que es una nueva novela, versión en inglés (basada sobre mi novela en castellano *La última niebla*) y escrita directamente al inglés por mí. *House of Mist* fue la obra comprada por «Paramount» que retiene asimismo por contrato los derechos de mi obra *La última niebla* en castellano.

Nota c)

Respecto a mis cuentos *El árbol*, *Las islas nuevas*, *Lo secreto*, *Trenzas*.

Sólo *El árbol* ha sido traducido al inglés por una alumna de Bryn Maror College en un concurso que ella ganó. Fue publicado en la revista americana *Mademoiselle*. Yo tengo y guardo todos mis derechos sobre este cuento en el idioma que sea (así como en todo lo mío en el idioma que sea), cuentos, novelas y crónicas poéticas.

Nota d)

Mis crónicas poéticas no han sido traducidas que yo sepa. Son: *Mar, cielo y tierra* (revista *Saber Vivir*, Buenos Aires), *Washington, ciudad de las ardillas* (revista *Sur*, Buenos Aires).

Lucía, voy a hacer copia de *Mar, cielo y tierra* y mandártela a la brevedad posible. También de *Washington, ciudad de las ardillas*. Me gustaría tanto que Uds.

las leyera a fin de completar nuestro conocimiento literario y amistad.

P.D. Esta es carta netamente profesional. Pronto irá una íntima. Conversación, como dices, Lucía. Por favor, que Richard y tú me hagan saber si les llegó una mía anterior.

Gracias. Los quiere.

María Luisa

Santiago, 2 de agosto de 1979.

Lucía querida:

Aunque no parezca, los recuerdo constantemente; recién empecé el libro de Richard y le escribiré a él largo cuando lo haya terminado. ¡Que tema original!

Me cuesta mucho concentrarme para leer; más aún escribir a causa de esta depresión nerviosa de la que sufro rachas; pero estoy mucho mejor.

Te escribo a la Universidad y a la casa para evitar que no llegue mi carta, en caso de que haya habido cambio, como me dices en tu carta. Por favor acúsame recibo de ésta y mándanos tu nueva dirección lo antes posible. Isabel y yo la esperamos ya que es importante que estemos en contacto permanente.

No sabes cómo le agradezco a Richard su lindo artículo sobre mí. Dile que me gustó mucho, mucho. Aquí también este tiempo ha habido muchas publicaciones con motivo de que me nombraron Directora Honoraria de la Sociedad de Escritores. También dile que lo felicito por su merecido premio del Centro de Traducción de la Universidad de Columbia. Qué felicidad que vengan en noviembre. Los echamos de menos de verdad, y mucho. Yo debo ir una semana ese mes a la Universidad Austral, que celebra sus 25 años. Me han hecho un honroso convite con todos los gastos pagados y acompañada de tres escritores de mucha importancia.

Pasando a temas comerciales: Recibí el cheque de Farrar, Straus que Uds. me mandaron. Gracias. No saben cuánto lo necesitaba y cuánto necesitaré del futuro dinero del libro que piensan publicar el año próximo. De ninguna manera aceptaría que Richard no participe del 10% de las ganancias de lo que me mandaron, aunque me conmueve su generosidad. Es lo justo y lo correcto que él saque su comisión de cualquier venta de mis libros, ya que él es mi Agente Literario en EE. UU.

Encuentro muy poco amena esta carta. La próxima expresará mejor mi cariño y amistad; de todas maneras, qué bueno que nos veremos pronto.

Agradecí tanto el llamado a mi hija. ¿Crearás que todavía no me ha escrito? Por eso aprecio tanto que Uds. la oyeran hablar sobre mí y saber yo lo que ella piensa de la obra de su madre. Pienso por eso, si sería posible conseguirme —por algún tiempo— una residencia en alguna Universidad de Estados Unidos a cambio de relación personal y conversación con los alumnos. Así me acercaría a ella. Ya una vez, cuando vivía en Estados Unidos, tuve esa proposición; pero la rechacé porque eran distintas las circunstancias... Me despido antes de ponerme triste. Muchos cariños para toda esa familia. Y en noviembre te abrazaré.

María Luisa.

Santiago, lunes 29 de octubre 1979.

Mi querido Alberto:

Recibí hace ya días, el 24 ó 23, aviso del Banco Sud-Americano que los 300 dólares me habían llegado; los cobré enseguida. Gracias, Alberto, y disculpa la molestia que te doy con esos trámites y que me veré obligada a darte por un tiempo más.

También recibí carta de Blanquita Isabel, que ya contesté antes de ésta pues me emocionó profundamente, así como me tranquilizó. La inquietud me tenía casi paralizada de angustia. En fin, el punto álgido pasó tanto aquí como allá, dado que Blanquita Isabel me dice que Blanca va mejorando de su terrible accidente. Te agradezco tu carta cariñosa e interesante. Tu viaje a Bolivia ¡qué maravilla! Claro está que hay que rezar por ti y con fervor para que se cumpla lo que me escribes «esa culminación de muchos y largos esfuerzos a lo largo de tu vida para lograr una vejez tranquila y sin problemas». Lo mismo y tan bien expresado por ti rezaré para mí. «Dios y la Virgen Nuestra Madre» nos escucharán. Nos ha tocado a todos, tú, Blanca, Fal y yo, una vida tan dura bajo el punto de vista finanzas que nos ha impedido gozar enteramente la dicha y dones que «Ellos» nos han concedido.

Me hablas de lo que yo pudiera realizar para ayudar al acercamiento y unión definitiva de nuestros queridos países Chile y la Argentina. Se me ha ocurrido una idea *bastante genial* (no te rías de mi modestia, por calificarla de genial). Tú y Blanca podrían ayudarme a llevarla a cabo. Bartolo, me escribe Blanquita Isabel, le mande algún artículo para *La Nación*. He estado hurgando en mi mente lo que pueda interesar al público lector argentino y tu carta hizo saltar la chispa. ¿Por qué no escribir sobre todos los «ilustres» argentinos que han vivido en Chile y viceversa: Sarmiento, etc., políticos, escritores de ayer y tal vez de hoy también? Uds. podrían mandarme informaciones y ayudarme con éstas; mientras yo a mi vez consulto aquí el archivo de la Biblioteca Nacional. Blanca sería magnífica colaboradora. ¿Qué les parece mi idea? (sería por supuesto una serial de pequeños artículos). Bueno, Alberto querido, paso a escribirle a Blanca.

Un gran abrazo y todo mi cariño.

María Luisa.

Santiago, lunes 29 de octubre de 1977<sup>[10]</sup>

Blanca querida:

Perdona no te escribiera antes más largo, aunque me trastornó la descripción de tu accidente y pienso en ti constantemente y dándole gracias a Dios te salvaras de algo que pudo haberte sido fatal y una tragedia para todos nosotros. ¡Quedarme sin ti, mi única hermana! No quiero ni pensarlo, Blanca, yo te quiero mucho, te admiro y te necesito, además de agradecerte cuanto has hecho por mí en esta vida. Por suerte no te me fuiste. No hubiera podido soportar esta última pérdida en mi triste vida. Pero Haut les coeurs! Blanquita Isabel me escribe con tanto cariño y preocupación por tu estado físico y de ánimo. Blanca, no te desanimes. Todos, no hay quien no haya sufrido un accidente análogo. Aquí comentan día a día. Dios te protegió y quiere que sigas viviendo y actuando pues tienes tu misión. Marta Bañados, quien te recuerda siempre, me ha ayudado y protegido moral y materialmente en estos días aciagos. Me regaló hasta una cocina a gas espléndida más la cama de Cristián Precht, de su hijo sacerdote, quien acaba de ser recibido en audiencia privada por el Papa en Castelgandolfo. En fin toda nuestra familia Precht se porta regio conmigo. Todos desolados con tu accidente y llamándome constantemente para saber de ti. Escríbele, si el ánimo te acompaña, a Marta. Y sobre todo dime si puedes colaborar conmigo en el proyecto que le someto a Alberto en esta misma. Isabel te manda todo su cariño. Es una verdadera hermana para mí. En mi próxima te hablaré de Juanito y Helga. Se portan lo mejor que pueden conmigo. Por el momento te abraza y besa con todo cariño y gratitud.

María Luisa.

P.D. Estoy tratando de seguir y terminar mi libro.

P.D. ¡No creo que se me aumentará la renta del gobierno! Hasta ahora no se ha hecho.

Santiago, 13 de noviembre de 1979.

Mis tan queridos Blanca y Alberto:

La semana pasada recibí giro de 600 dólares por noviembre y diciembre. Gracias Alberto por tu molestia en los trámites para mandármelos y por tu carta tan cariñosa. También tuve visita del amigo Horacio Marcó, muy simpático y seria persona. Le dije los informara que había recibido el giro y le mandé a Azulita por su intermedio un libro de versos para niños con ilustraciones de su autora, una poetisa chilena encantadora. Rebeca Navarro. Léelos Blanca, te van a encantar. Ternura, rima perfecta, historias encantadoras. Veo que estoy abusando del término «encanto», pero es porque le corresponde tanto a la autora como a sus versos. Azulita va a gozar con esta obra de su «colega».

Blanca, pienso mucho, mucho en ti, también Isabel y Marta Precht. Lo que te ha pasado y por lo que estás pasando es prueba dura y te acompañamos con todo el corazón. Yo además con toda mi gratitud por seguir preocupándome por lo mío. Yo por mi parte con el ánimo un día bien, otro por los talones. Pero el haber juntado vidas con Isabel nos ha hecho mucho bien a ambas. Horacio Marcó te contará de nuestro departamento. Está a medio amoblar pero es amplio y en barrio práctico, casi al frente del que dejó Isabel. Por supuesto andamos a saltos y brincos con la plata. Pero nos tranquilizamos y ayudamos mutuamente. *No estamos solas*, que es lo principal, y compartimos los mismos amigos y familias.

Respecto a la casa de Viña, espero instrucciones de Uds. *Yo no entiendo nada*. Acuérdate que al abogado que tuve en Viña le quité todo poder, pues no me sirvió ni siquiera para enseñarme los derechos que teníamos y cómo había que manejar las gestiones en caso de que quisiéramos vender. El de Juan Eduardo sólo quería dinero para él. Pero en fin, mi mayor preocupación es que te repongas lo antes posible. Ten paciencia. No te precipites sobre todo en nada y para nada. Es la única y mejor manera de volver a lo normal en estos casos. Lo sé por experiencia propia. Alberto, me he «reconciliado» con Enrique Campos Menéndez, que ahora es Director de la Biblioteca Nacional y me va a ayudar con todos los datos que allí haya en los archivos para escribir mis artículos para *La Nación*. También tengo algo pensado sobre Nuestro Santo Padre. Volveré a escribir pronto carta más noticiosa.

Los quiere y besa.

María Luisa.

Santiago, 13 de noviembre de 1979

Mis queridos Blanca y Alberto:

Aquí les mando el recorte que da cuenta del aumento de mi pensión. Les avisaré apenas empiecen a pagármela para que descanse y me disminuya un tanto Blanquita Isabel su mesada. La pensión hasta hoy ha sido de 12 sueldos vitales, ahora la aumentan a 20 sueldos vitales, es decir a 8 vitales más que significan 5600 pesos chilenos más, que equivalen a 139 dólares. Por ello siento tanto que este aumento no alcance a cubrir ni la mitad de lo que ella me manda. Cuánto me hubiera gustado liberarla *absolutamente* de esta preocupación, de la que confío aliviarla totalmente en un futuro cercano. Todo esto se lo escribo a Blanquita Isabel por este mismo correo. También le mando el recorte.

Vale.

Por favor, den muchas gracias y cariños a Patricia Cubillos de mi parte. Esta misma semana daré mis gracias oficiales por carta al Ministro.

Santiago, 28 de noviembre de 1979.

Mi querido Rafael<sup>[11]</sup>:

Tu última carta ha de haberse cruzado con las breves líneas que te escribí acusándote recibo de tu giro por 300 dólares. Gracias otra vez; también por tu afecto y preocupación por mi persona, afecto y compañía que bien los necesito. Me siento muy triste, no ya tan deprimida pero triste siempre. Un estado de ánimo que no conocía hasta ahora. Dice la Biblia que la tristeza es la gran tentación del maligno. Reza por mí. Te hablo en serio. Reza porque pueda terminar mi libro en estos próximos meses.

Y pasando a libros y a lo que me preguntas en tu penúltima carta:

Con respecto a mi contrato con mi editor en inglés, debo decirte que para mi decepción aún no se ha formalizado nada. En cuanto tenga noticias concretas te lo comunicaré de inmediato. Paciencia. Todo en Estados Unidos es muy calculado, por consiguiente: lento. Como te he dicho anteriormente, tú tienes todos mis derechos en castellano, pero insisto en que mis obras en inglés han de ser manejadas por mí, yo conozco profesional y personalmente dicho ambiente y tengo plena confianza en poder desempeñarme de manera eficaz.

Respecto a las Ediciones Universitarias de Valparaíso, voy a tratar de llegar a un acuerdo. Me dicen ellos —Renato Carmona, su Director— que de los 3000 ejemplares —mi contrato por la *Historia de María Griselda*— quedan 2000 no vendidos. En este momento yo veo sólo dos caminos: 1) Esperar que se vendan los 2000 ejemplares; 2) Comprar yo los supuestos 2000 ejemplares no vendidos. Pero yo no podría hacer esto sola. Tú me brindarás tu apoyo financiero, pues he reflexionado... si tú te pusieras en contacto directo con ellos, sería abrirles el apetito y cerrarnos los caminos. Y tú te imaginas y has de comprender lo que significa lo que es tener una creación *detenida*. Aquí todos los estudiantes universitarios se quejan de no lograr conseguir *María Griselda*; y no sólo los universitarios, sino también el grueso público. Rafael, apruebo por supuesto todo lo que tú proyectas hacer con mis libros en castellano.

¿Qué es de España? Ahí mis libros estarían en su auge. Profesores de Chile para recibirse allí han hecho su tesis sobre mí. Lucía Guerra, catedrática de la Universidad de California, publicará su estudio sobre mi obra en la *Editorial Playor en Madrid*, quien lo ha calificado de un «valioso aporte para la comprensión y valor de mi narrativa y su difusión». Como ves estoy de moda en ésa. Y no hay libros... Convendría te pusieras en contacto con Editorial Playor, pues, si no me equivoco, aparte de estudios específicos también publica novela y cuento.

Y ahora, mi querido Rafael, te mando un gran abrazo, al amigo, al editor y a toda

tu querida familia. ¡Cuánto me gustaría verte y verlos!  
Cariños, cariños, cariños.

María Luisa.

# Entrevistas

María Luisa Bombal:

## La escritora que busca el secreto del subconsciente

.....

por Mario Vergara Z.<sup>[1]</sup>

Acabamos de entrevistar a María Luisa Bombal, que viene llegando de Nueva York, donde fue invitada por el Directorio de la Feria Internacional en representación del Pen Club de Buenos Aires, ciudad donde reside desde hace varios años.

María Luisa no es una desconocida para nosotros; nació en Viña del Mar y se educó en París, donde cultivó su espíritu en medio de aquel ambiente acogedor y siempre grato de la Sorbona. Más tarde, en Buenos Aires, ha publicado varios libros, entre los que se destacan *La última niebla* y *La amortajada*.

Nuestra entrevista iba a durar diez minutos, pues me recibió a las 8.45 P.M. con la advertencia de que a las 9 de la noche la esperaba a comer un grupo numeroso de amigos y amigas. Sin embargo, hilvanando recuerdos de Buenos Aires, de París y de los Estados Unidos, hablando de personas a quienes ambos habíamos conocido en diversas etapas de nuestras vidas, cuando me despedí de María Luisa hacía ya una hora que sus amigos la esperaban impacientes para el ágape suntuoso de la despedida.

—*En todas sus obras —le dije— aparece siempre el amor como eje máximo de todos los actos de su vida...*

—Así lo siento —me respondió María Luisa—. El amor es lo más grande de la vida. Ante el amor todas las demás emociones de la vida son emociones subalternas. Muchos hay que no comprenden el amor y por ello son desgraciados, pues les falta la facultad necesaria para hacer del amor un consuelo en los momentos de amargura o un elemento de expansión en la dicha y la alegría. El amor no reconoce barreras y prescinde de convencionalismos, proclama la libertad de amar y no se somete a la esclavitud sino para entregarse al ser amado. Desgraciadamente, las mujeres de hoy, presionadas por viejos prejuicios de ambiente colonial, tratan de mantenerse alejadas de las diversas manifestaciones del amor y, en cambio, hacen una vida frívola y mezquina, vida vacía y sin ideales, vida que no vale la pena de ser vivida...

—*Es admirable la forma sutilísima como usted ha sabido llevar a sus lectores al campo de la fantasía, hasta interesarles en lo que puedan hablar los muertos...*

—La muerte es una sensación que todos hemos sentido alguna vez en la vida. Viendo morir a un ser querido, viendo cómo se desgarran violentamente los lazos de afecto formados a través de toda una vida, se experimenta en carne viva la sensación de la muerte. Y entonces, desde el plano abstracto del ideal, escuchamos la voz de los muertos.

—*La tragedia la presenta usted con los matices más delicados, dentro de una*

*profundidad que abisma...*

—La verdadera tragedia es así: profunda y aparentemente cubierta por un manto de indiferencia. Cada uno lleva en el fondo de su alma una tragedia que se empeña en ocultar al mundo. Y esa tragedia íntima es la que desbarata las energías, concluye con la salud y produce en el espíritu un estado constante de alarma. Tal es la tragedia en los espíritus selectos, en las almas nobles. La tragedia que degenera en violencia no es tragedia: es un simple «hecho de policía»...

—*Cuéntenos algo de su reciente viaje a los Estados Unidos.*

—Aquél es un país maravilloso. Nueva York, aprisionada en los límites de la isla de Manhattan, hace años dejó de ser una ciudad horizontal para convertirse en una ciudad vertical. Allí se ha suprimido todo lo inútil, y las construcciones corresponden exactamente a las necesidades de la vida en medio de un confort y una pureza de líneas que forman un conjunto armónico ideal.

Con sorpresa me encontré que todos los grandes valores espirituales se han desplazado de Europa a los Estados Unidos, donde he encontrado una cultura intelectual y artística digna de la edad de oro de la vieja Europa.

Este detalle —nos dice María Luisa— le mostrará lo que es la cultura del pueblo americano. Tuve que tomar un bus en la parte alta de Manhattan para ir a Wall Street; le pedí al cobrador que me avisase cuando llegásemos a Wall Street, y él me preguntó si era extranjera y no conocía Nueva York. Cuando supo que era sudamericana, me dijo: «Le voy a avisar una cuadra antes de llegar a Wall Street para que pueda usted visitar el templo de la Trinidad, que es uno de los más hermosos del mundo»...

Aquel hombre del pueblo americano tenía una cultura superior y sentía orgullo de los grandes monumentos de la ciudad. Fue así como pude admirar uno de los rincones más hermosos de la isla de Manhattan.

Los escritores americanos hacen una intensa labor literaria en un purísimo ambiente de vida interior, vida de estudio y de arte. Todos ellos, sin excepción, se mostraron indiferentes ante la visita de los escritores europeos, pues consideran que aquéllos se preocupan más de hacer propaganda a sus obras que de cultivar el arte. Visité a Sherwood Anderson, uno de los más altos valores literarios de los Estados Unidos, quien me acogió en forma tan cordial, que ha comprometido mi eterna gratitud; fue mi guía en los Estados Unidos. Erskine Caldwell y Galantierre, dos de los escritores más célebres de la Unión, y con ellos los principales novelistas y literatos, se esmeraron en prodigarme sus más finas atenciones.

Entre los americanos he podido admirar la elegancia y distinción más exquisitas entre todos los elementos sociales, lo que demuestra que allí ha arraigado la vieja cultura europea y se ha moldeado admirablemente en el espíritu juvenil e inteligente de esa raza nueva, próspera y feliz.

Nos despedimos con un fuerte apretón de manos, como dos viejos amigos. María Luisa, mirando hacia el oriente, con una sonrisa en los labios, con un gesto de optimismo, saldrá mañana para iniciar una nueva jornada de su vida. Yo, contagiado

por su optimismo y su gracia, la veo emprender el vuelo hacia la gran urbe del Plata, donde la esperan sus labores literarias. Surge entre nosotros un ¡adiós! y ella corrige con viveza: ¡No, hasta luego!...

Entrevista exclusiva:

## Regresa a Chile María Luisa Bombal

.....  
*por Carmen Merino*<sup>[2]</sup>

María Luisa Bombal ha regresado a Chile después de diecinueve años de ausencia. Su nombre ha sido olvidado de la literatura chilena, a pesar de que las ediciones de *La amortajada* y *La última niebla* han desaparecido hace años de las librerías del país.

El tiempo no ha pasado por María Luisa. Su voz siempre de tono dulce va entregando las respuestas de la entrevista, con viveza y sinceridad.

—¿Cuál es el motivo de su viaje a Chile, después de tantos años de ausencia?

—Hace más o menos dos años escribí para la Revista de Viña del Mar unas breves páginas sobre mi recuerdo de esa ciudad. Y resulta que a medida que fuera escribiendo, me iba acometiendo una gran nostalgia de Viña, mi pueblo natal, como se dice. Nostalgia que siguió enseguida trabajándome hasta convertirme en una nostalgia de talle entero, de su cordillera y de su gente, de sus escritores y poetas, de sus álamos que tiemblan al hablarnos, de mis amigos, de mi madre... en fin, nostalgia que en inglés se llama *to be homesick*.

Pero no es esta razón de puro lujo sentimental el único motivo de mi viaje. He venido además a conversar con don Carlos (Carlos George Nascimento) acerca de la reedición de mis libros que están totalmente agotados desde hace años. Por breve que sea mi obra literaria, no quisiera verla morir conmigo un día de éstos...

—¿Qué impresión recibe de Chile, después de tantos años de alejamiento?

—Una primera, mi impresión fue la de descanso: el gran descanso que da el trato con gente inteligente. Y luego la «alegría de vivir» que da moverse en un ambiente en donde la música, arte, literatura, espíritu son considerados como una primera necesidad, una necesidad de orden vital. También me conmueve el comprobar que no se me ha olvidado completamente, ni como escritora ni como persona.

María Luisa sonrío. Recuerda que a su llegada se acercaron a ella amigos y los admiradores de sus obras. Las nuevas generaciones que habían oído hablar de la escritora chilena e incluso en los cursos de literatura chilena, habían sido aconsejadas a leer sus obras, que inútilmente buscan en las librerías, se acercan para conocerla. Este homenaje lo recibe María Luisa con sorpresa, emocionada.

—¿Qué obra nueva va a publicar en Chile?

—Una novela que don Carlos (Nascimento) aguardaba desde hace años, *El Canciller*. Una tragedia de hoy, y, sin embargo, romántica. Una historia terrible, y sin embargo constructiva. Por lo menos así lo siento, y creo haber logrado expresarla.

En reiteradas ocasiones se ha afirmado que María Luisa deseaba nacionalizarse norteamericana. Esto le daría privilegios en el país en que reside.

—*¿Por qué no se ha nacionalizado norteamericana?*

—Bueno, admiro, respeto y creo en los Estados Unidos como nación, además me arraigan a ella tantos lazos... Mi marido, mi hija son norteamericanos. Pero no me he nacionalizado por la sencilla razón de que soy chilena, y bastante orgullosa de serlo.

La hija de María Luisa, Brigitte, que recién cumple 17 años, estudia investigaciones científicas en la Universidad de Cornell. La autora, que describe ambientes tan espirituales, que lindan en la fantasía de las sensaciones, tiene una hija que ha obtenido las mejores notas en matemáticas y ciencias, en todo el Estado de Nueva York.

La pureza de estilo que María Luisa posee en sus escritos es lo que ha hecho que Universidades como B. Mawr, Vassar, Cambridge, Middlebury, Nueva York, Puerto Rico y otras, usen sus textos para la enseñanza del idioma castellano. Puede ser el secreto que dará la perduración a su obra, para que «no muera un día de éstos», como dice la escritora.

Retratos:

## María Luisa Bombal

---

por Germán Ewart<sup>[3]</sup>

Veinte años de ausencia y de silencio crearon un mito. El impacto de los dos libros de María Luisa Bombal se produjo en la segunda mitad de la década del treinta. Irrumpió con su prosa poética, emotiva y precisa, en un medio literario donde imperaban fundamentalmente el criollismo y el realismo.

Luego desapareció. Apenas una que otra noticia, escueta y fragmentaria, desde Estados Unidos. A la distancia y a los años se sumó el misterio del silencio. Agotados sus libros hace más de una década, quedó envuelta en una nebulosa, pero no cubierta por el olvido. Muchos hasta la creían muerta, presunción que no hace sonreír a la escritora. La enfurece.

La realidad de María Luisa Bombal es tan extraña como la leyenda. Cree en Dios y su ángel guardián. También en la hechicería y la magia. Sabe ser hada delicada, suave y tímida. Y, asimismo, tornarse bruja violenta, agresiva e intolerante. Dice:

—Mi vida es una extravagancia a la que estoy resignada.

Vehemente y vital, conversa con las manos y la cara. Articula con violentos énfasis en determinadas sílabas y sus «erres» retumban como redoble de tambor.

### *Viña del Mar*

Nació en la lánguida y tranquila Viña del Mar de 1910. Su madre, doña Blanca Anthes, es hija de alemanes y «muy música». Su padre, de origen provenzal y corredor de la bolsa, fue «un gigante de alto y gordo».

A los cinco años sabía leer. A los ocho escribió sus primeros versos. Para estimularla, su madre le regaló un álbum. Ahí quedaron reseñados sus poemas sobre *El Canario*, *La Noche* y *La Golondrina*. Sus hermanas mellizas se lo solían sustraer para reírse de ella. Entonces le daban desesperadas rabietas a María Luisa. Hasta que un día no soportó más y rompió el álbum.

Era dada a llorar, tal vez porque sus hermanas se burlaban a menudo. Tenían un año menos; además, las *mamas* de María Luisa y de las mellizas se odiaban mutuamente y estimulaban esas riñas.

La consolaba el afecto de su padre, que le daba preferencia sobre sus hermanas.

No tuvo mayor interés en las muñecas. Vivía con sus libros y, para que no se los pidieran prestados, los guardaba bajo llave en un gran cofre. La dejaban leer de todo. A los diez años conoció a Knut Hamsun y el *Werther* de Goethe, pero su pasión

fueron los cuentos de Andersen.

—Es un mago de la palabra. Se le cree escritor para niños, pero no es así. Aún lo releo todos los años. Grimm, en cambio, me parecía demasiado realista.

Sus mayores agrados eran mirar los árboles, los pájaros y caminar boquiabierta en medio de la naturaleza. Con Paco Moreno, ahora el director de bandas de la Armada, y un diminuto instrumento, comenzó a estudiar violín a los once años. Continuó hasta los dieciocho. Tocó bastante de oído, pero jamás consiguió dominar la teoría musical. Las llaves, fueran de fa o de sol, se tornaron imbatibles adversarias. Las matemáticas también; hasta el día de hoy, y a pesar de los esfuerzos pedagógicos de su hija, no domina las cuatro operaciones.

Estudió en las Monjas Francesas de Viña. Sin ser alumna brillante, solía obtener los premios de Francés e Historia Sagrada.

Falleció su padre y, a los trece años, partió a estudiar a Francia con su madre y hermanas.

La infancia viñamarina había llegado a su fin.

### *París*

Las monjas de París fueron más estrictas que las de Viña, pero el ambiente y las compañeras, parecidos. El idioma no le ofreció dificultades. Lo asimiló tan rápidamente que pronto escribió en francés: «Cosas personales, cuentos y teatro. Nada para ser publicado».

Ingresó a la Sorbonne, donde se licenció en letras con una tesis sobre Mérimée. Al mismo tiempo y a hurtadillas estudió teatro con Charles Dullin. Fue un paralelismo relativo porque los horarios coincidían y dos años seguidos quedó con el examen oral de la universidad «para marzo». Recuerda:

—Me ponían siempre en papeles que requerían linda silueta y sonrisa. No habría sido buena actriz. Era muy intelectual y fría, tal vez por timidez.

En los mismos cursos había un muchacho que también hacía teatro a escondidas. Su familia le suponía estudiando medicina. Entonces le conocían por Dominique. Hoy en día se llama Jean Luis Barrault.

Dullin insistía en que la práctica proporcionaba el mejor aprendizaje y utilizaba a sus alumnos como comparsas. María Luisa estaba de acuerdo, pero temía las matinés dominicales: podía asistir algún chileno.

Sucedió. Un domingo fue al teatro el tío que estaba a cargo de María Luisa. La reconoció, pero no dijo palabra. En cambio, escribió a Chile indicando que no podía hacerse responsable de la niña. A vuelta de correo le enviaron su pasaje a María Luisa. Seguramente porque ser viñamarina de buena familia y estudiar teatro eran actividades incompatibles.

Así llegó a su fin la adolescencia en París. Corría el año 1931.

### *Buenos Aires*

Regresó desesperada, truncados los anhelos de convertirse en escritora francesa. Chile sólo la conoció durante dos años. En 1933 partió a Buenos Aires. Huía de un amor desgraciado. Pablo Neruda, entonces cónsul en la capital argentina, la alentó y la estimuló. En la cocina del poeta comenzó a escribir su primer libro.

En Buenos Aires vivía en pensión y frecuentaba los ambientes literarios. El dinero escaseaba y siempre había alguna prenda empeñada para subsistir. En 1934 publicó *La última niebla* y se casó con el pintor Jorge Larco. El libro fue un éxito; el matrimonio, no.

La separación legal se produjo en 1936. Un año antes, *Sur* le publicó *La amortajada*, que tuvo una repercusión igual y aún mayor que su primer libro.

—No tuve dificultades. Todo el mundo se entusiasmó. Hasta el día de hoy me siento agradecida de lo bien que fueron acogidos mis libros, y todavía me emociono cuando alguien me cuenta que los leyó y que le gustaron.

Ambas obras fueron reeditadas en Santiago, donde tuvieron una acogida similar y, en 1937, le valieron ser enviada a Estados Unidos por un mes, como delegada chilena a un Congreso Internacional del Pen Club.

Regresó a Buenos Aires, donde publicó cuentos en la revista *Sur* e hizo el guión de *La casa del recuerdo*, película interpretada por Libertad Lamarque y dirigida por Luis Saslavsky. Durante la filmación defendió su libreto con constantes amenazas de retirar su nombre.

En 1941 retornó a Chile. Su frustrada vida emocional estalló en un dramático incidente y, un año después, se alejó de nuevo, esta vez en forma definitiva. Viajó a Estados Unidos, de donde sólo regresó ahora, veinte años después.

Apenas una tercera parte de la vida de María Luisa Bombal transcurrió en su patria. Pero es pertinazmente chilena.

### *Amor*

Solía exclamar:

—De qué me sirve ser autora de *La amortajada* cuando mi desesperación es tan grande. Nunca tuve tino en el amor. Ese es un hecho. Al enamorarme perdía a un amigo y lo reemplazaba por una tragedia.

De niña sufría con «amores secretos». La descubrían fácilmente, porque se sonrojaba ante la mención del objetivo de sus afectos. Siempre tuvo una marcada predilección por los hombres mayores.

—Tal vez porque eran más interesantes y sabían más que yo. También eran más celebradores de mis tonterías. Y siempre me ha gustado que me protejan.

Una hermana de María Luisa da otra interpretación: la eterna búsqueda de la imagen paterna.

Añade la escritora:

—Los hombres se enamoraban locamente de mí, pero siempre me iba mal. Tal

vez fui muy exclusivista, exigiendo que constantemente estuvieran pendientes de mí. Me ponía celosa de sus amigos, y quizás fui demasiado absorbente y dominante. Nunca me expliqué los motivos de lo que me sucedía.

Su vida sentimental recién se estabilizó al casarse con el conde Fal de Saint-Phalle, en 1944. Es francés nacionalizado en EE. UU., corredor de la bolsa y veinte años mayor que ella. Tuvieron una hija, Brigitte, que actualmente tiene 17 años y estudia en la Universidad de Cornell. El año pasado obtuvo las calificaciones más altas de todos los liceos del estado de Nueva York en física y matemáticas.

### *Nueva York*

El primer año de María Luisa en Estados Unidos transcurrió en Washington. Luego partió a Nueva York, donde trabajó en el departamento de publicidad de Sterling, la casa compradora de Bayer.

—Aprendí mucha publicidad. Especialmente que mientras más original es una, menos sirve. Siempre quieren lo mismo. Me tocó la propaganda de la aspirina y leche de magnesia para América Latina. Todas las mañanas me obsequiaban un tubo de aspirinas. Falta me hicieron. Al año siguiente trabajé para la Metro en el doblaje de películas al castellano.

Al casarse, la literatura retornó al primer plano. Después de leer *La última niebla*, su agente literario le dijo:

—Muy bonito, pero es demasiado corto, y no vamos a publicar un poema en prosa. Aclare el asunto: ¿Soñó o no la protagonista? Póngale final.

María Luisa amplió su novela. Escribió en castellano y su marido le traducía. *House of Mist* vendió más de cien mil ejemplares en Estados Unidos. Fue un éxito, aunque no un *best seller*. Antes ya había sido «Libro del mes» en Brasil (en traducción de Carlos Lacerda). Ahora también se editó en Francia (Gallimard), Suecia, Japón y Checoeslovaquia.

En 1945 Hal Wallis, productor de la Paramount, compró los derechos cinematográficos en 125 mil dólares. Descontadas las comisiones e impuesto del caso, quedó la respetable suma líquida de 65 mil dólares. Nunca se filmó:

—Fracasaron con el libreto. El primero fue un disparate muy intelectual. El segundo lo encargaron a otra inglesa. Fue un disparate menos intelectual. Nunca me dejaron ayudar, porque allá todo está canalizado. Al novelista le corresponde escribir novelas, no adaptarlas. Un día se les ocurrió que sería un buen tema para Audrey Hepburn, pero a la actriz no le agradó. Cada cierto tiempo me invitaban a cenar para comunicarme que alguien iba a filmar *La última niebla*, pero todo quedó en proyectos. Hace unos cinco años, Artistas Unidos quiso comprar los derechos a la Paramount, que ya había invertido más de 250 mil dólares en el asunto. No quisieron vender. Entiéndalos quien pueda.

*La amortajada* también se publicó en EE. UU. (asimismo en Inglaterra y

Francia). La editorial Knopf encargó la traducción a un tejano. Resultó pésima y, para rescindir el contrato y rescatar su libro, María Luisa debió pagar mil dólares. Luego se publicó en traducción de su esposo. Esta versión tiene un 50% más de texto que la original. Tuvo éxito de crítica en Boston y Filadelfia, pero no en Nueva York.

—Es la única parte donde tuve malas críticas. Me trataron de anticuada, de continental y de peculiar.

La relación de María Luisa con Estados Unidos es una mezcla de amor y odio:

—Le tengo un gran respeto como nación. Individualmente no me gusta; sobre todo literariamente. El ambiente literario de Estados Unidos es un avispero de ignorancia y maldad, con desdén por todo lo latinoamericano. Allá no interesamos.

Me carga lo que escriben. Artísticamente es la gente más atroz que conocí en mi vida. Sus libros están llenos de historias inventadas con caracteres inventados. No hay verdad. Además no saben escribir. No es literatura, sino una cosa telegráfica: taca-taca-tu, taca-taca-tu... Sin sexo, sordidez y crimen, no hay libro. En general hay ahora una tendencia a lo sórdido. Lamento que también haya llegado a Chile. Nuestros escritores eran realistas, pero tenían dignidad.

Las discrepancias de María Luisa con EE.UU. son literarias, no políticas. Va «matemáticamente» a las manifestaciones frente a la embajada soviética y sustenta un anticomunismo violento y emocional.

—Odio al comunismo porque quiere destruir al individuo, a Dios y al arte. Si esas cosas no existen, prefiero morir.

En los asuntos de la vida diaria se adaptó perfectamente a Nueva York. Entre sus amigas se cuentan varias norteamericanas:

—Me aceptan. Les hago gracia y me encuentran exótica.

No sabe manejar auto. Prefiere tener cocineras que dominen el volante y dedicarse a mirar el paisaje. Por lo demás, una vez que iba a aprender, la visitó una delegación de vecinas para implorarle que no hiciera tal cosa.

### *Tres idiomas*

En su departamento neoyorquino María Luisa conversa en castellano con su hija y en francés con su esposo, mientras padre e hija charlan en inglés. Esa experiencia trilingüe suele desconcertar a las visitas.

Aunque piensa igualmente en francés e inglés, nunca perdió el dominio del castellano. Pasa de un idioma al otro con la mayor naturalidad.

Como escritora también tiene una trayectoria trilingüe. Del castellano de los versos infantiles pasó a la prosa francesa de la adolescencia. Según filólogos como Henríquez Ureña, el francés le ayudó a escribir su propio idioma en forma más precisa, corta y directa.

Del francés retornó al castellano durante su época argentina. Una vez que se editaron sus obras en inglés, vino una etapa en que quiso ser escritora

norteamericana.

Fue el explicable efecto del éxito de *La última niebla*, de vivir allá y tener una familia norteamericana.

Su silencio de tantos años no significó inactividad literaria. Aunque no publicara, escribió todo el tiempo.

Tres obras de teatro y una larga novela fueron escritas directamente en inglés. La novela se llama *El Canciller* y la concluyó hace ocho años. Es «la historia de un caso de conciencia y de un gran amor conyugal que transcurre en nuestros días tras la Cortina de Hierro». Es «una novela romántica y terrible, inspirada en el caso de Jan Masaryk». A mediados de año será editada en Chile por Nascimento.

—La estoy traduciendo al castellano. ¡Qué extravagancia! ¡Qué horrenda extravagancia! ¡Qué atrocidad! Me dio por hacerme escritora norteamericana y lo siento. El profesor Federico de Onís me dijo: «Deje usted de escribir en inglés. Hágalo en castellano, que si no la gente en su tierra la olvidará». Mi presencia aquí es la prueba de que seguí su consejo.

No se crea, sin embargo, que estuvo totalmente entregada al inglés. También tiene una cantidad considerable de originales en castellano. Entre ellos, una serie de *Cuentos mágicos*. Es un tema que también le interesa al margen de la literatura:

—Sé mucho de magia. Un día me resultó una experiencia. Casi me morí de susto y yo me dije: esto es del diablo. Cuando me da mucha rabia, se paran los relojes de la casa, y si pienso en algo y pienso bien fuerte, suele suceder.

### *Ira y sufrimiento*

Durante sus dos meses en Chile no hizo vida social ni frecuentó los ambientes literarios. Su mayor alegría fue reencontrar a su madre y amigas de infancia en Viña, pero detestó la faz actual del balneario.

—Viña fue malograda por el proletariado rico. Está tan fea que hasta se les arrancó el mar. La taparon de rascacielos. ¿Dónde estaban los urbanistas cuando se perpetró ese atentado?

También la indignó la desaparición del antiguo centro de Santiago y algunas innovaciones la enfurecieron. En especial el estacionamiento de automóviles en el sitio del antiguo Ministerio de Justicia (Moneda esquina de Teatinos).

—¡Es un ultraje a la cara de Chile colocar ese tugurio al lado de la Moneda!

Su ira no conoce límites. Si le obsequiaran una bomba plástica no dudaría en emplearla. Como no dispone de explosivos, llama todas las noches a los tabloides de oposición, incitándoles a iniciar una campaña. No le hicieron caso. Le duele como el gran fracaso de su vista a Chile.

Durante su permanencia en Santiago preparó la reedición de *La amortajada* y *La última niebla*.

—Al editar las obras en inglés les hice agregados con el fin de decir muchas cosas

que antes no había tenido la madurez de expresar. Ahora, al verter al castellano, acorté de nuevo.

Fue un trabajo arduo:

—Trabajaba durante una semana y después leía lo que había hecho. Me di cuenta de que era una traducción. Tuve que reescribir todo cuatro, cinco y seis veces antes de darme por satisfecha. ¡Qué atroz! Siempre me ha costado mucho escribir. No soy de aquéllos para quienes el escribir es una fuente de felicidad. Lo difícil para mí no es concebir una obra, sino construir y elaborarla: el trabajo de precisión. Para mí, el goce está en sentir un libro y fijarlo con notas. Lo siento terminado dentro de mí. Lo que me hastía es escribirlo. Si no tengo un trago al lado, ese trabajo me abrumba. Tengo lo que Colette llamo «la fobia del papel blanco». Pongo música, hablo por teléfono, escribo cartas. Todo es pretexto para alejarme del trabajo. Cuando escribí *El Canciller*, mi marido me desconectó el teléfono durante seis meses para alejar esa tentación. Pulo tanto que de repente tengo que parar y volver al texto original. Me ha sucedido que, a fuerza de pulir, malogro mis cosas. Escribir es para mí un trabajo lento, muy lento. «¿Qué hiciste todo el verano?», me preguntó una amiga hace un par de años. «Escribir un cuento», le respondí. Pero cuando termino una obra me siento feliz y me admiro.

Así pasaron veinte años, escribiendo con dolor y en silencio. Más de alguien le ha preguntado por qué lo hace si le cuesta tanto.

Y ella responde, simplemente:

—Porque es lo único que sé hacer.

Una mirada al misterioso mundo de:

## María Luisa Bombal

.....  
*por Carmen Merino*<sup>[4]</sup>

Con sólo dos libros publicados en castellano, *La amortajada* y *La última niebla*, los más destacados críticos chilenos, unánimemente, colocan a María Luisa Bombal como la mejor prosista de nuestra literatura.

Su tercera obra, *Casa de niebla*, fue escrita en inglés. De inmediato se convirtió en un *best seller* en Estados Unidos y Gran Bretaña. Lo mismo sucedió con las traducciones publicadas en Francia, Japón, Alemania, países escandinavos, etc.

María Luisa Bombal sinceramente rehúye la publicidad. Por lo demás, no la necesita. Ahí están sus obras que, con cierto lapso, se publican en sus cuartas o quintas ediciones.

Chilena de nacimiento y de corazón, al igual que Gabriela Mistral, las circunstancias la han hecho vivir fuera del país. Después de 20 años de ausencia, regresó en una corta visita hace cuatro años. Nuevamente está en Chile. Viene a publicar en Santiago *Casa de niebla*. En el fabuloso contrato firmado en Nueva York para editar este libro, se guardó para sí los derechos para editarlo en español.

Es en Viña del Mar, la ciudad donde nació, donde María Luisa se ha aislado para reescribir en español su *Casa de niebla*. En la residencia de su madre recibe a *Eva*. La sorprendemos leyendo los poemas de Nicanor Parra.

—¡Son extraordinarios!... —declara con espontaneidad—. Estoy poniéndome al día con la literatura chilena.

Hay algo misterioso en el mundo de fantasía de la literatura de esta escritora chilena. La trilogía del amor, la muerte y el tiempo aparece en todos sus cuentos. Le pedimos que nos permita echar una breve mirada a estos temas que ella sabe tratar con tanta poesía.

Sobre el amor dice:

—La mujer tiene un destino de amar. Es normal que muchas veces ese amor no reciba la misma respuesta. Pero lo importante es tener la capacidad de amar profunda, enteramente. En mis personajes los hombres quieren a la mujer. ¡Yo diría que les son casi indispensables! Pero ellos la quieren a su modo. Creo que en la vida real sucede lo mismo.

—¿Debe, entonces, la mujer resignarse a amar sin ser correspondida?

—¿Por qué pedirle al hombre que sienta como nosotras? —responde—. Mientras que la vida de casi todas las mujeres parece haber sido hecha para vivir un gran amor, un solo amor, con toda su belleza y su dolor, la misión del hombre en este mundo al

parecer no es la misma. Pero yo creo en nuestra misión de amar, aunque en estos días las mujeres se han inclinado hacia una actitud algo así como en un orgullo intelectual de no creer en el amor. ¿Moda?

—¿Hay posibilidad de tener en algún momento una comunicación total entre un hombre y una mujer que se aman?

—Creo que sí: durante el momento del amor físico. Tal vez en ese momento, más que en ninguno otro, el hombre abandona su coraza y deja hablar su espíritu.

Luego se coloca nuevamente su armadura, y después olvida...

### *La muerte es una etapa*

Es el misterio de la muerte el que María Luisa Bombal trata de penetrar en *La amortajada*. Pero es una muerte dulce, sin terror, casi amiga.

—¿Cuál es su concepto de la muerte?

—No creo que existe —declara enfáticamente—. Soy religiosa. Creo en una vida en el más allá, donde los seres que se han ido tienen influencia sobre los que permanecen en la Tierra. Personalmente tengo más amigos entre los muertos que entre los vivos. La muerte no me aterra: me da una curiosidad inmensa. Tal vez con un poquito de recelo, pero una curiosidad latente. Creo que lo peor sería descubrir que detrás de la muerte no hay nada. Sería tan terrible como creer que todo termina con la muerte.

—¿Piensa usted a menudo en la muerte?

—No, no muy seguido. Pero cuando reflexiono sobre la muerte siempre termino leyendo la Biblia. Todas las respuestas están en el Nuevo Testamento. Me gusta especialmente un versículo de San Juan que dice: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas». Ese es un mensaje muy importante, y está relacionado con la muerte.

—En *La amortajada* hay una belleza pagana en la extinción de la protagonista. ¿Cómo lo concilia con su pensamiento religioso?

—Escribí el libro hace veinticinco años. Siempre vi que faltaba resolver el problema religioso. Lo dejé sin abordar porque en esa época no lo tenía resuelto. Ahora en la cuarta edición lo afronté: la amortajada tenía su religión tan adentro que no necesitaba hablar de ella. Su confesor lo sabía. Son sólo unas pocas líneas las que agregué. Creí que era honrado colocarlas, ahora que había resuelto ese problema.

### *¿Qué es el tiempo?*

En su libro *Historia Personal de la Literatura Chilena*, Hernán Díaz Arrieta (Alone) escribe de María Luisa Bombal:

«¿Dónde aprendió esta joven de sociedad, en qué escuela, con cuál maestro, su arte que parece inmemorial e impalpable, esa lengua que lo dice todo y no se siente, que hace ver, oír, saber de una manera como milagrosa, entre angélica y diabólica?

*La última niebla*, *La amortajada* y otro relato más, los tres muy breves, han bastado para que los más rigurosos críticos la estudien, no sin asombro. Antigua y moderna, tiene antepasados en la mitología griega, en las más remotas líricas, no menos desnudos e inocentes, a la par que se codea con las escuelas vanguardistas, mezclada a sus filas sin sorpresa...».

Es difícil precisar en qué época transcurren las obras de la escritora chilena. En las casas de campo que describe hay coches conducidos por caballos y se alumbran las noches con velas. En cambio, el tema puede ser el de hoy o de ayer. En *La última niebla* y *Casa de niebla*, María Luisa juega con el tiempo, destierra relojes y calendarios.

—¿Qué representa el tiempo para usted?

María Luisa ríe. Es una risa joven, alegre, de niña divertida con el sonido de una palabra que ignora.

—¿El tiempo? —repite—. ¿Qué es el tiempo? ¿Pero cómo se mide y se valoriza el tiempo? Un hecho ocurrido años atrás puede hoy seguir siendo tan importante como lo que estoy haciendo en este momento. No existe el tiempo. Es una infame invención moderna para justificar el apresuramiento. Sencillamente, rehúso creer que existe. Para mí, mis amigos no envejecen jamás, porque no creo en el tiempo...

#### *Mi cuento «Hans Andersen»*

María Luisa Bombal vive en Nueva York. Ahí se casó con un noble francés, hoy ciudadano norteamericano, Fal de Saint-Phalle. Su hija Brigitte cursa los estudios para doctorarse en Altas Matemáticas.

La conversación recae sobre el *best seller* de nuestra compatriota. Mencionamos haber visto en los escaparates de libros, aun en los más apartados aeropuertos de Estados Unidos, su *House of Mist*, el que en castellano se llamará *Casa de niebla*.

—Ese es mi cuento *Hans Andersen* —afirma María Luisa—. Siempre quise escribir un cuento, tipo Hans Andersen moderno. Pero debo explicarme, para que no se haga confusión con mi primera obra *La última niebla*. Este es, en realidad, un tema tomado desde adentro y tratado en prosa, casi como un poema. Tomar este mismo tema desde afuera me tentó, como un desafío intelectual, y lo hice desarrollándolo con toda la técnica que requiere una novela.

—¿Por qué lo consideró un desafío?

María Luisa medita unos segundos. Se concentra en sí misma para buscar las palabras precisas. Enseguida contesta:

—Porque comprendí que era muy difícil, pero seguía apasionándome mi tema. Sabía que esto se ha hecho pocas veces en la literatura. Pero hay casos, como el de James Joyce, que en su *Ulises* desarrolla el tema de *El retrato de un artista*.

#### *El libro más robado*

La cuarta edición de *La amortajada* fue publicada recientemente por la Sociedad de Bibliófilos de Chile, en 250 ejemplares numerados. Es un nuevo homenaje que recibe en su patria la escritora a quien el Premio Nacional Manuel Rojas, en su *Breve Historia de la Literatura Chilena*, describe como:

«María Luisa Bombal es la princesa de las escritoras chilenas, la mujer, la muchacha, casi, que un día, sin antecedentes previos, publicó un libro que dejó asombrado y deleitado a todo el mundo... Imprecisa, surrealista, escritas, como ninguna mujer y casi ningún hombre ha escrito en Chile, estas dos novelitas, *La amortajada* y *La última niebla*, no han tenido, por desgracia, sucesoras...».

Llega de visita otra escritora. Viene a Viña del Mar únicamente para ver a María Luisa. Su llegada interrumpe la entrevista.

—¿Sabe? —dice la visitante—, quise traer mi volumen de *La amortajada* para que me lo autografiara. Pero éste ya desapareció de mi casa. Creo que es el tercero que me sacan. Llamé a una amiga para que me cediera el suyo, pero también se lo han robado.

—¿Qué pasa con ese libro? —pregunta extrañada y sonriente María Luisa—. A cada rato alguien me cuenta que su libro ha desaparecido.

*La amortajada* no sólo es el libro más robado de las bibliotecas particulares; también ha desaparecido en dos ocasiones de la Biblioteca Nacional. La autora ríe con esta información, y con espontaneidad declara:

—Creo que esto es lo más halagador que he oído en mi vida.

María Luisa Bombal:

## «Chile nunca morirá porque es un país de poetas»

.....

por Celia Zaragozas<sup>[5]</sup>  
(Buenos Aires)

*La amortajada* y *La última niebla*, notables novelas de la escritora chilena María Luisa Bombal, acaban de ser lanzadas en Buenos Aires en su sexta edición, con hermosas cubiertas de Nicolás García Urriburu, por Editorial Andina. Los libros pueden, ya, hablar por sí mismos. Demos, entonces, la palabra a la autora.

*La amortajada* es un relato retrospectivo, publicado en 1938, en Buenos Aires, por Editorial Sur. Reeditada en 1941, en Santiago de Chile, obtuvo allí al año siguiente el Gran Premio Municipal de Literatura.

Es la historia de una «muerta feliz» quien, desde su singular estado, «ve» todo con mayor equilibrio y serenidad, a partir del momento en que deja la vida y la amortajan, la velan y la entierran. No está ya descontenta de lo que vivió, ni inquieta ante lo que vendrá. Ha perdido el miedo a la muerte.

—¿Cuál fue la repercusión inicial de *La amortajada*?

—Intensa en todos los sectores. Por ejemplo, recuerdo haber obsequiado este libro a un mucamo de cierto hotel en el que me alojaba, quien me dijo más tarde que su hermana, moribunda, lo había leído, encontrando en el libro consuelo y conformidad. Según él, *La amortajada* debería incluirse en las bibliotecas de los hospitales para que el paciente perdiera el miedo a la muerte.

—¿Y a través del tiempo?

—Ha despertado el interés para su filmación, de varios productores (veo a Mirtha Legrand como la actriz ideal para mi personaje).

Demos un paso hacia *La última niebla*. Se editó en Buenos Aires en 1935 a instancias de Alberto Gironde y Norah Lange, a quienes, por cierto, está dedicado.

En los Estados Unidos, donde más tarde me radiqué, escribí *The House of Mist* (*La casa de la niebla*), inspirada en *La última niebla*. La Paramount, decidida a filmarla, me compró el libro en 125 000 dólares, sin llevarla al celuloide, porque nunca la conformó su propio script. En determinado momento, se pensó hacerla con Audrey Hepburn.

En este libro fueron halladas resonancias de Poe, Selma Lagerlöf, de Rodenbach. Muy significativos fueron los conceptos de Amado Alonso.

«La aparición de una novelista de calidad no es común. María Luisa Bombal parece narrar para sí misma y el lector tiene que ajustar su ojo a la pupila de ella. La sencillez y la marcha recta son cualidades salientes de este estilo. Con poética

plenitud, surge el frecuente goce de la naturaleza en toda la novela».

Sentimos el casi imperceptible chasquido de un follaje. Es, naturalmente, *El árbol*, breve cuento descriptivo de la influencia que un gomero puede tener en la vida de una persona (gozar a su sombra... sufrir a su luz). Traducido a varios idiomas y publicado, originalmente, en *Las islas nuevas*, en la revista *Sur*.

Es evidente que Buenos Aires, donde María Luisa Bombal residió desde 1933 hasta 1940, tuvo mucho que ver en la trayectoria literaria de la escritora chilena.

—Mis bisabuelos fueron mendocinos. En la época de Rosas emigraron a Chile. Si no hubiera sido así, yo sería argentina.

De su década del 30, al azar, un recuerdo espléndido. Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña y Raimundo Lida, este último en calidad de alumno del Instituto de Filología que el primero dirigía. Le facilitaba la máquina de escribir que María Luisa Bombal utilizaba allí, mientras aquellas excepcionales figuras dilucidaban problemas filológicos.

La novelista estuvo en Buenos Aires por última vez en 1941. Tras larga pausa regresó en febrero de este año.

—Encontré el mismo encanto y Buenos Aires me retomó, inclusive, a través de sus libros. *Personas en la sala*, magnífica creación de Norah Lange. *La pareja de Núñez*, maravilla de poesía, tan argentina, tan universal, de Gloria Alcorta; *Fabulario*, de Gudiño Kieffer; en un comienzo, desafié a este libro a que «no me tomaría», pero me cautivó por su humor, por su imaginación, su locura bien organizada.

Varios cuadros de Nicolás García Urriburu y una curiosa fotografía de Blanca Isabel Alvarez de Toledo, sus sobrinos, dan un sello de familia al ambiente... que se prolonga en Chile, observa mientras se lo comentamos.

En Viña del Mar, donde nací —sigue diciéndonos— y viví mis primeros años, está mi madre, quien me acompañó a París a proseguir mis estudios. Siempre retorno a Viña, donde naturalmente siento el hogar más que en ninguna parte.

También hubo *home* en Estados Unidos, donde María Luisa Bombal se casó con Fal de Saint-Phalle, miembro de una antiquísima familia francesa.

—Mi hija se llama Brigitte y es doctora en Ciencias Matemáticas; una valiosa científica. En sus preferencias es mi antítesis. Mientras ella estudiaba, yo escribía libretos radiales para un departamento dependiente de las Naciones Unidas.

La escritora retorna a Chile.

«Chile nunca morirá porque es un país de poetas». Y nos nombra a dos cuya obra aún no es conocida entre nosotros. María Urzúa y Sara Vial, esta última de Valparaíso. «¿Novelistas? Me gusta Manuel Rojas en sus novelas, pero sobre todo en sus cuentos: *El vaso de leche...*».

Otra predilección, ésta internacional y para todas las edades. «Siento pasión por los cuentos de Andersen, especie de Biblia para mí. El encanto de Perrault es espiritual, el de Grimm, realista, pero el de Andersen lo definiría como un infinito

‘además’: poesía, alma y la esencia de muchos imponderables».

—¿Cómo ve a la distancia su propia carrera literaria?

—Internacionalmente, satisfecha. Mis obras han sido traducidas al checo, alemán, portugués, francés, inglés, sueco, japonés. En cuanto al oficio en sí, demoro un año en escribir una novela. Me cuesta mucho plasmar la idea en el papel. ¡Será por eso que adoro lo que escribo! —concluye con una cantarina carcajada chilena.

—¿Proyectos?

—Preparo un libro que nació de un hecho. Una antigua idea que quiero desarrollar desde hace mucho tiempo. Es la historia de un hombre que habla con Dios, especie de duelo donde el protagonista y Dios se pelean de igual a igual. Le anticipo que Dios gana la partida.

—¿Cómo nació la idea?

—Yo tengo fe y siento la religiosidad sin llegar a la beatería. Me intrigó siempre el hecho de que no queramos aceptar completamente la voluntad de Dios y nos angustiamos de manera permanente con infinitos porqués. Pero en este intento que evita lo altisonante, lo declamatorio, lo abstracto, y procura mantener un tono poético, emotivo, humano, la mayor dificultad estriba en que, por momentos, el tema me excede. Se reproduce un duelo, esta vez entre la novela y yo.

—¿Y el título?

—Sobre este libro no quiero agregar nada. Me he vuelto un ser supersticioso. Porque últimamente me sucede que, de tres libros que he comenzado, una vez que los anuncio, no puedo retomarlos ya, y me fatigan los retornos. El título es un nombre hebreo muy antiguo, un nombre de magia bíblica. No quiero pronunciarlo. Si lo hago, creo que estallará el libro, ¡saltarán por el aire todos los manuscritos!

—¿Su futuro?

—Tal vez la publicación de *El Canciller*, novela ya terminada, caso de conciencia, muy romántico y actual y el desarrollo de una bella y antiquísima leyenda irlandesa, virtualmente inexplorada. En general soy optimista con mi futuro. Siempre agradezco a Dios la facultad de apreciar y gozar de la literatura, de la poesía y de la naturaleza. Me duele mucho, aún, la pérdida de mi marido. Tal vez me ha llegado el momento de admitir, como Brígida, la protagonista de *El árbol*, que la verdadera felicidad está en la convicción de que se ha perdido irremediablemente la felicidad. Entonces, empezamos a movernos por la vida sin esperanzas ni miedos, capaces de disfrutar por fin de todos los pequeños goces, que son los más perdurables.

María Luisa Bombal:

## «Sólo quise llegar al corazón de todos»

.....  
*por Sara Vial*<sup>[6]</sup>

Estamos en su casa, la casa de su madre, Blanca Anthes de Bombal.

—Para qué me vas a hacer una entrevista —me reclama—; la gente se aburre, no le interesa. Además, Sara, hablamos todos los días...

—Pondré lo que hablemos ahora. A la gente claro que le interesa.

Se sabe que no puede ver las entrevistas y hay preguntas, sobre todo, que corren el riesgo de ponerla en desbandada. Es celosa de su privacidad y, al mismo tiempo, rehúye sistemáticamente la publicidad. Pero si en Chile hay alguien a quien vale la pena entrevistar entre los escritores, es ella. No insistiremos sobre la obvia injusticia literaria que sigue sufriendo su obra en su propio país. Le den o no el Premio Nacional, sobrevivirá al tiempo. ¿No es todo el secreto? «Tienes que soportar la entrevista —le digo—. Sucumbiste a la televisión y todo resultó bien». Esto no me lo puede refutar. La periodista y escritora porteña Myriam Phillips libró también su personal batalla para convencer a María Luisa Bombal de ser entrevistada para el Canal 4 de Valparaíso.

—¡Ah! —exclama entonces—. Sí, el programa de Myriam estuvo muy bien. Le quedé agradecida, porque ella lo hizo con mucho corazón. ¿Sabes? Y, además, tengo que regalar mi *Amortajada* a esa muchacha tan bonita que hizo el papel de muerta. Nadie quería hacer el papel, les daba miedo. A ella también, pero se atrevió. Supe que trabajaba en utilería, que no tenía nada que ver con cámaras. Y que es hija de alemanes, con ascendencia alemana, igual que yo. Su nombre, sí, Gabriela Barner. Estuvo hecha para el personaje, tan delgada, tan alta, con el pelo largo sobre la almohada, tal como describo a Ana María en mi novela. Se le colocó ese batón blanco y un crucifijo entre las manos y estaba tan bella con los ojos cerrados, sin respirar. Me emocionó cuando vi el video. Me confesó que al principio tenía mucho miedo, pero cuando empezaron las palabras del texto de esa escena, dijo que se había sentido tan bien, que sonaba tan lindo y se sintió completamente feliz. Qué hermoso lo que me dijo, ¿verdad? Su madre estaba muy enojada porque hizo de amortajada. La retó mucho.

*Un ángel que pasa*

Sí, la escena resultó impactante y fue impactante presentar a María Luisa conversando y diciendo cosas que en muchos momentos llegaron al corazón de los

televidentes; ahora está riendo.

—La cama era de Silvia Piñeiro, la de su programa. No tenían dónde poner a mi muerta.

—*María Luisa, a la gente le gusta saber cómo nacen los libros. ¿Cómo nacieron los tuyos?*

—Ah, uno nace con ellos, tú lo sabes. Yo no sé por qué los escribí. No se puede saber por qué. Explicar esas cosas, poder explicarlas, sería hacerles perder su magia. ¿Quién puede definir la magia? Un poema es como una flor que brota, que viene de la tierra. O del cielo. Escribir es un aliento de la tierra, un aliento de Dios. Llega a uno como un viento, como un viento de Dios, que pasa... Escribir es un ángel que pasa.

—*Tú has hablado de tu deseo de llegar al corazón de todos y de todo.*

—Sí, quizás atribuyo a ello la comunicación que lograron mis libros. *La última niebla, La amortajada*, mis cuentos. Quizás sea por mi deseo de llegar realmente al corazón de todos, a mi curiosidad y emoción por los misterios y secretos del alma y del espíritu de cada uno de nosotros. Y, por último, a mi entusiasmo por ese milagro vivo, y día a día renovado, de la naturaleza.

—*¿Te quedas para siempre en Chile?*

—Sí. En Buenos Aires me sentía sola, sola en una ciudad tan grande. Viña del Mar, donde he nacido, es como el hogar, al que siempre se vuelve. Sin embargo, allá tenía muy buenas amigas, como Gloria Alcorta, con quien estudiamos juntas en la Sorbona. Nos queremos mucho. Tienes que leer su libro: *La pareja de Núñez*. Te lo prestaré. Pero me lo devuelves. También están Josefina Cruz. Es historiadora. Y Delia Vieyra, de gran talento. Su libro *Un indiano en la corte*, también hay que conocerlo. Es una creadora de leyendas. Sabe mucho de geología. Hay escritores maravillosos en Argentina, como Gudiño Kieffer. A ti te fascinarán sus cuentos. Su *Fabulario* me lo traje a Chile, con mis papeles. Es poeta y sabe ser, al mismo tiempo, muy moral y muy cínico. Es especialísimo.

—*También te interesa a ti la juventud, ¿te leen los jóvenes?*

—¡Oh, sí! Y esto lo digo con gratitud, con alegría. Pareciera ser que con la juventud mi anhelo se cumple: adentrarme en sus emociones y lograr que ella comparta las mías. Me emocionó leer en el diario *La Patria* que una estudiante que logró alto puntaje académico me incluyó entre sus autores preferidos. Aunque la juventud moderna pareciera haberse vuelto fría, distinta o ajena, no es así. Creo que el corazón, la emoción, siguen siendo en ellos los mismos que nuestra emoción. Pienso que en sus vidas no ha cambiado la base verdadera y profunda, sino sólo, a veces, la apariencia.

Sobre nuestra literatura opina que es de gran interés, con una prosa particular, «muy nuestra», pero nos afirma que por encima de todo aprecia a nuestros poetas.

—Una vez dije en la prensa de Buenos Aires que Chile nunca morirá, porque es país de poetas. A los pocos días de aparecer publicado en *La Nación* de Buenos Aires esa declaración, le dieron el Premio Nobel a Neruda. A veces soy profética. Recuerdo

lo que dije cuando me vine a Chile. Me voy allá para poner orden.

—*¿Y estás contenta con este Chile que hallaste?*

—En mi viaje anterior lo hallé en el punto de no ser más Chile. No más nuestro país, sino un feudo.

Sus facciones se han endurecido súbitamente. Tocamos en ella una fibra muy definida, definitoria.

—Ahora volvemos a ser Chile —prosigue—. Muy simple. Nos salvamos. Somos un país. Nuestro gobierno me gusta: es democrático, estricto, eficiente, respetuoso de los derechos humanos. Debo decirte que no creí nunca que iba yo a asistir a la unión, a la lucha y a la devoción de gentes de ideas diferentes, clases diferentes; integrarse con tanta intensidad y pasión para defender su país de caer en la nada. Lo que se dice afuera es una injusticia, producto de la ignorancia y calumnias premeditadas por fuerzas que no necesito nombrar pus todo el mundo las conoce.

—*Sobre Solyenitsyn...* (no alcanzamos a terminar la pregunta).

—Mi pensamiento es claro. Solidarizo furiosamente con él. Me indigna que se coarte la libertad del creador. Según mi punto de vista, debiera sentirse contento de haber salido de esa jaula que es su país.

### *Más amigos en el otro mundo*

—*Eres muy religiosa, ¿temes a la muerte?*

—Como soy religiosa, no le temo. Sí tengo temor del instante mismo del tránsito de una vida a otra. Es un miedo físico. De la muerte propiamente tal, no tengo ningún miedo. No creo en ella. Tengo tantos amigos allá, ¡muchos más amigos en ese mundo que en el de acá! ¿Ves? No voy a sentirme sola...

Su rostro se ha suavizado nuevamente. Sonríe.

### *Mi vida con Neruda*

—*¡Qué curioso!* —le decimos—. *Una vez Neruda nos contestó lo mismo que tú a una pregunta ante la muerte. Nos dijo cuatro palabras. La muerte no existe.*

—Es que es verdad. Él también lo sabía. Y no es la respuesta del marxista. Es lo que te habría contestado el Neruda que yo conocí, con el cual conviví un tiempo en Argentina, con él y su mujer Maruca Hagenaar. Entonces era hombre con ideas de izquierda, pero nada más. No tenía partidismos. Y, claro, él está vivo. Míralo, está ahí, sentado en ese sillón. Nos está mirando y oyendo todo hace rato. ¡Cómo se estará divirtiendo! Debe pensar que estamos armando una tramoya. Pero no importa, déjalo que jorobe. Es lo que más le gustaba: jorobar a medio mundo. Pero yo lo conocía.

María Luisa no es de risa fácil, pero su mente sonrío frecuentemente.

—*Ustedes fueron muy amigos.*

—Claro, imagínate, y lo seguimos siendo y yo lo sigo retando igual. No me importa nada que esté muerto. Le digo las cosas como son. Tú sabes por qué y él

también lo sabe. Pero nos quisimos mucho. Fuimos como hermanos en nuestra juventud. Él me conoció cuando yo era poco más que una chiquilla, en casa de Marta Brunet. Una vez fui con mis hermanas a verlo a Temuco. Nos recibió la «madre». Muy seria. Nos dijo que andaba por ahí. Lo fuimos a buscar no sé adónde. Sí, Pablo es el recuerdo de una parte muy inolvidable de mi vida. Fue muy bueno, muy generoso conmigo. Lo nombraron cónsul en Buenos Aires y allá nos fuimos los tres, a la calle Corrientes. Maruca, su mujer, era muy buena. No lo entendía mucho, pero era muy buena. Para mí, ese es el Pablo de *Residencia en la tierra*, poéticamente el más valedero.

—¿Te influenció de alguna forma?

—Sí, me enseñó mucho, me enseñó la retórica, siendo que él no era retórico. Él creó un idioma que le salía del alma. Empezó a decaer cuando permitió que en su obra entrara la política. Cambió el idioma. Inventó un idioma. Con *Residencia en la tierra* yo aprendí mucho. Escribí mi novela *La última niebla*, en la cocina de su casa. Recibí esa fuerza misteriosa de su *Residencia*, pero, claro, yo me expresé de una manera distinta. Me enriqueció interiormente. Yo le mandé mi libro a España. Reuní a todos los amigos para celebrarlo. Me escribió una carta maravillosa, cariñosísima. Conservo todas sus cartas. Me las guarda mi editor, Joaquín Almendros, en su caja de fondos, pues con los viajes para un lado a otro, temí perderlas.

Prosigue recordando:

—Pablo peleaba conmigo en materia literaria a veces. Le gustaba leerme sus cosas. Yo le decía: Esto me gusta. Esto no me gusta. A veces se enojaba: «Es que tú no entiendes la poesía moderna, tú no llegas más que hasta Mallarmé». «Pues yo considero que he llegado bastante lejos», le decía yo. También me tenía un sobrenombre, *Madame* de Mérimée, porque hice mi Tesis en la Sorbonne sobre Mérimée. Pero siempre llegaba con sus papeles: «Mira, escucha esto», y me leía. Pero una vez me indigné. Había agregado una frase horrible: «matar a una monja con un irrigador». Lo de azotar a un notario con un lirio cortado estaba bien. «Esto es muy feo», le dije, «es grotesco. Esto no eres tú, no es más que *épaté le bourgeois*. Además, no entiendo por qué necesitas poner estas cosas». Volvía unas horas después: «Mira, escucha ahora. Cambié la frase»: Me leía otra vez el poema. Pero, luego, se enojaba y me decía: «Lo que más rabia me da es que cómo es posible que una ignorante como tú tenga siempre la razón».

### *Pesadilla profética*

María Luisa ya se ha embarcado en sus recuerdos.

—Una vez, Pablo tuvo una pesadilla extraña, profética. Estábamos todos juntos y yo empezaba a gritar, que no se fuera a España, gritaba tanto que él me hacía callar y quería irse a su cama y se ponía a dormir y veía inmensas cantidades de agua, por todas partes. Luego, despertaba y su cama estaba rodeada por altas humaredas, que lo

cercaban. Se levantó espantado, creyendo que había un incendio en la casa y se iba hacia la cocina, para ver qué sucedía. La cocina tenía unos vidrios empavonados, blancos. Vio tras ellos una sombra oscura y alta, de perfil, una silueta negra, parada allí. No pudo más, corrió a despertarme. «He visto a la muerte —me dijo—, he visto algo. He tenido un sueño horrible. Necesito salir a la calle, conversar. Me voy a morir del corazón». Estaba pálido, demudado y temblaba como quien no ha visto algo en sueños, sino despierto. Salimos. Fuimos al Café Munich. Maruca estaba despierta. «Acompáñalo, por favor», me dijo. Estuvimos conversando hasta que amaneció y, cuando estuvo tranquilo, regresamos. Al poco tiempo, lo enviaron a Europa. Lo que tuvo fue una visión premonitrice de la guerra, de la muerte, de la Guerra Civil española.

### *García Lorca*

—*Dicen que García Lorca también la tuvo.*

—Sí. Federico era de nuestro grupo de amigos, en Buenos Aires. Al irse, él mismo dijo que se sentía extraño, con angustia. Fue una época muy alegre aquélla, hoy todos están muertos. Conocí a Alfonsina Storni. La vi muerta. Estaba muy bonita. Era muy afectuosa. Su vida fue triste y se suicidó. García Lorca era encantador, el hombre de más encanto y vitalidad que he conocido en la vida. Nos interpretaba al piano *María Luisa es así*. Y tocaba unas notas. Tocaba muy bien al piano. A veces era alegre y otras triste o chacotero. Recitaba siempre, como si conversara. Nos reuníamos en casa de Oliverio Gironde y Norah Lange, escritores también. Recuerdo a Conrado Nalé Roxlo, Arturo Capdevila, Lisandro Gaitié que aún vive, Pedro Henríquez Ureña, Jorge Larco, el pintor. Me casé con él y luego enviudé. Mi segundo marido, tú lo sabes, fue francés, Fal de Saint-Phalle, un hombre al que no puedo olvidar. Murió hace tres años. Vivimos siempre en Nueva York. Conocí también en la época que te relato a Gonzalo Losada, el editor. Me lo presentó el filólogo español Amado Alonso, quien fundó el Instituto de Filología en Buenos Aires. Soy amiga, desde entonces, del poeta Jorge Luis Borges, a quien conocí en casa de Victoria Ocampo, que dirigía la revista *Sur*. También Eduardo Mallea, otro gran escritor, fue amigo mío.

Pero el espacio, no así los recuerdos, las anécdotas, llega a su fin.

María Luisa, en el intertanto, ha salido a caminar por la ciudad para las fotografías. Ha elegido el estero, «porque me gusta el estero más que el mar. Lo siento más cercano a mí, con sus sauces, con su sensación de tierra adentro. No es que no sienta el mar, pero el mar de Viña es solitario como un desierto azul marino. Parece lejos. ¿Será porque ya no están las playas de mi infancia, la de Miramar con sus rocas que el mar se llevó? No sé. Pero a veces me acerco al mar, trato de escucharlo».

María Luisa pudo haber sido, de quererlo, una actriz teatral y ello surge al oírla

narrar, hacer determinados giros, producir una atmósfera que es muy difícil reflejar en una crónica. Estudió teatro en L'Atelier, de París, nada menos que con Charles Dullin, y Ortiz Echague alabó su capacidad interpretativa.

Ella se ríe. «Sara, no nací para eso. Aunque hice algunos papeles, era muy joven, muy apasionada».

La dejamos en su casa de 2 Poniente. No quiere hablar de lo que escribe. Sabemos que trabaja en una leyenda irlandesa. Su hija Brígida, que vive en Estados Unidos, lleva ese nombre en recuerdo de la Patrona de Irlanda.

Tiene otra obra inédita, *El Canciller*, y otra en que el nudo central se basa en un diálogo del hombre con Dios. como siempre, sigue prefiriendo la magia. «Aun ellos no han nacido, no han sido editados. Sigo trabajando, pero... no hay más».

María Luisa Bombal:

## Prepara ciclo de temas históricos

.....  
*por Sara Vial<sup>[7]</sup>*

«He recibido el Premio Ricardo Latcham con alegría, con emoción, porque es el Premio que lleva el nombre de quien fuera uno de mis mejores amigos. Sentir que me llega así de improviso su nombre, para hacer pensar en el mío, es despertar a tantos recuerdos, sentirse rodeada otra vez de su presencia y de tantas otras presencias de amigos escritores que murieron. ¡Ah, pero tú sabes que la muerte y la vida son para mí grandes hermanas, y tengo tal cantidad de amigos en la muerte que allá no voy a sentirme nunca sola, los voy a reencontrar a todos!».

Así nos habló en Viña del Mar la escritora nacida en esta ciudad el 8 de junio de 1910. Era la misma tarde del día en que se anunció la noticia del premio que la dejó conmovida y feliz. Aún la prensa no comenzaba a llenarse rápidamente con su rostro y su nombre, bruscamente convertidos en noticia, rescatados a esa típica y nacional indiferencia en que «descansan» nuestros más legítimos valores.

Ella, con su finura natural y su bondadoso carácter, se ilumina con el premio, con modestia, sin rastros de un resentimiento que podría ser lógico en alguien con menos calidad literaria y humana, debido a la tan cercana fecha en que, nuevamente, se le mezquina el Premio Nacional. Lo estampó Alone marmóreamente hace unos días: «No es María Luisa quien necesita el premio; es el premio el que la necesita a ella».

*No publicar no significa no escribir*

María Luisa vive con su madre en un chalet de dos pisos, rodeado de un pequeño jardín con vista a una calle quieta y arbolada, desde la cual se percibe la proximidad del estero, en esta ciudad que acaba de cumplir cien años.

El galardón del Pen Club la sorprende en plena corrección de las pruebas de su último trabajo literario, encargado por la Universidad Católica de Santiago para integrar un libro de memorias de infancia en que figuran diez escritores chilenos.

María Luisa es una escritora eternamente insatisfecha de su propio esfuerzo, implacable crítica de su obra, y a quien consumen días y meses o años de desvelos, ya que nunca termina de cortar, tachar, reparar, volver a escribir, sin darse tregua en su combate de honestidad y búsqueda del logro auténtico. «Para mí es doloroso el oficio de escribir —nos confiesa—, siento la desesperación de exigirme más y más, y a veces esto me frustra y el dolor es aún mayor».

—María Luisa, ¿a esa dura autocrítica se debe el hecho de que tu obra aparezca

en sólo dos novelas? ¿Y a ese mismo hecho, el que no te decidas a publicar otros libros que sabemos has escrito?

—Desde luego, no publicar no significa no escribir o haber dejado de cultivar el oficio de escribir. Yo he seguido escribiendo siempre. Pero por el concepto que tengo del escritor, por el respeto que me inspira escribir, y por este desesperado deseo de perfección, no he vivido pensando en publicar, sino en crear. Escribí en inglés en Estados Unidos, país donde residí treinta años, una novela, *El Canciller*. He querido traducirla al castellano, pero espero hacerlo en la forma que debe hacerse. He trabajado en otras obras. Por ejemplo, en una leyenda irlandesa bellísima y casi desconocida, cuya heroína se llama Santa Brígida; por eso bauticé Brígida a mi única hija. Tengo otro libro inédito en que planteo el diálogo de un hombre con Dios, que tiene una atmósfera poética y emotiva, sin abstracciones; es un libro que me interesa, pues soy muy religiosa. Tengo, además, otros trabajos no concluidos, y he escrito ensayos y cuentos que no se han publicado en Chile, como *Las ardillas de Nueva York*, por ejemplo, o *Las trenzas*; y también guiones de cine, como el de *La casa del recuerdo*. Estuve a punto de tener la satisfacción de que la versión inglesa que hice de mi primera novela, *La última niebla*, o *The house of Mist*, en Nueva York fuera convertida en una película. Ultimamente he estado pensando en unos relatos basados en nuestra historia patria, en personajes nuestros que me inspiran, y que deseo presentar en una forma nueva, pero no me pidas más detalles. Sólo podría anticiparte que parto del descubrimiento de Chile por los españoles. Bueno, esto es una primicia para *Qué pasa*.

—¿Tú crees que es la emoción poética de tus obras, de *La última niebla* y *La amortajada* y de tus cuentos, lo que produce esta comunicación tan viva y vigente entre ellas y tus lectores, entre tus creaciones de hace tantos años y la realidad actual?

—La emoción lo es todo. Uno lucha con el oficio, que es duro, implacable, lógico, seco, pero escribir ‘es un ángel que pasa, es el misterio, el secreto, la magia’. ¿Cómo podríamos explicar todo eso? ¿Y para qué explicarlo? Es imposible definir, y odio las definiciones, todo lo sesudo que pretende asir lo que es, por esencia, inaprehensible me resulta retórico y antipático.

### *La gente que no conocí*

—Se ha hablado de influencias de la literatura nórdica en tu obra, de *Selma Lagerlöff*, por ejemplo...

—Sí. Pero no debo ser ingrata con el influjo misterioso que recibí de *Residencia en la Tierra*, ese libro de Pablo Neruda que, con su poder metafísico, para mí es lo más hondo de su obra. En la cocina de su casa nació mi primera novela *La última niebla*. Yo era muy joven. Escribía de noche. Él me había apodado «mangosta», el nombre de un animalito oriental, que se acomoda con docilidad en cualquier parte y

es suave y discreto. Por cierto que aun reconociendo el impacto de *Las Residencias*, mi forma de expresarme es distinta. Él acostumbraba decirme que nunca aceptara correcciones de nadie: «Sé siempre tú tu único juez». Fue bueno y generoso conmigo.

María Luisa Bombal, doctorada en La Sorbona, con sus libros traducidos a ocho idiomas: inglés, sueco, francés, checo, japonés, italiano, portugués y alemán, tiene un nombre y una obra que Chile aún no ha sabido agradecer, en el aspecto oficial, pero que marca una huella que, al menos, y eso es lo más importante, el público sí ha valorado y elevado a la única permanencia verdadera, la que él entrega a despecho de jurados o jueces. «No se ha escrito en Chile prosa semejante, y después de los poetas máximos, sólo buscando mucho en las letras universales podría encontrarse paralelo», ha dicho Alone.

### *Viña del Mar*

—*María Luisa, para terminar, ¿en qué te inspiraste para escribir tus evocaciones de infancia que pronto saldrán a la publicidad?*

Se arregla su clásica chasquilla castaña, la misma que muestran sus hermosos retratos de juventud.

—Envié hace años a Viña, desde Nueva York, un pequeño artículo lleno de esa nostalgia por mi ciudad natal que siempre sentí dentro de mí. Dije muchas veces, afuera, que Viña era para mí el hogar. Lo ha seguido siendo en todo instante. El artículo apareció publicado en 1968 en la revista viñamarina *Círculo*. Antes lo había publicado también Luisa Wilson del Solar en la revista *Viña del Mar*, que ella dirigía. Viña a la distancia es para mí un gran jardín perfumado y húmedo, con calles donde «taciturnos faroles parecían encenderse uno a uno». Allí estaba mi antigua casa, «allá en el fondo de la calle Montaña, desde donde, durante la noche, percibíase nítidamente el nacer, alzarse y desplomarse de cada ola...».

La escritora se abstrae y vemos, a través de ella, «desaparecido el viejo estanque con sus cisnes —uno de ellos era negro— y desaparecida en Miramar, la playa», y es como si aún esa pequeña niña, que en 1920 ya sentía el llamado de la nostalgia, siguiera escuchando «El pitido orgulloso del expreso de Santiago a Valparaíso, rayo luminoso cortando medio a medio, por entre pueblos y jardines, el temblar de las grandes casas dormidas a ambos lados de la línea»... Ese «pasar fantasma del ‘nocturno’, marcando para los que dormíamos la hora exacta de nuestro insomnio y de nuestra tristeza», como ella escribiera desde su rascacielo neoyorquino, con el mismo corazón desvelado de sus doce años.

La dejamos en su casa vecina al estero, escribiendo, en la pequeña mesa de su dormitorio, ese retorno a su infancia, que es al cabo el retorno a su propia tierra, a su amada raíz.

«Porque todo duerme en la tierra —como dice en su *Amortajada*— y todo despierta en la tierra».

María Luisa Bombal:

## Los poderes de la niebla

.....  
*por Alfonso Calderón*<sup>[8]</sup>

Luego de treinta y cinco años, como si todo fuese cuestión de un día o dos, María Luisa Bombal, de quien Ignacio Valente ha destacado «el poder de la alusión» y Amado Alonso, «un sentido certero de lo esencial y de lo prescindible», y sobre cuya obra *Alone* insiste en un juicio eterno: «no se ha escrito en Chile prosa semejante», y de traducciones al francés (Gallimard), al inglés, al sueco, al japonés, al checo, al italiano, al portugués y al alemán; de haber vendido (146 mil dólares de 1946) los derechos de *La última niebla* a la Paramount, y de atender a la solicitud de su editor norteamericano (*Ercilla* 1040, abril 1955), el cual reclamaba «una niebla menos oscura, más luminosa y con un final feliz», vuelve a las andadas.

Y con un nuevo libro: *La historia de María Griselda*, que es algo así como la complementación de la historia de *La amortajada*, a la que sigue *Trenzas*, un cuento patético, ceñido y lleno de una extraña temporalidad. Desde 1940, María Luisa Bombal posponía la publicación y todos nos resignábamos a la idea de que el libro resultaba tan prolijo y extenso como la propia Creación, o que el pudor intelectual excesivo le había quitado de las manos la página escrita. Por eso es una fiesta comenzar su nuevo libro, oyéndola decir: «Recuerda que nadie había venido a su encuentro y que ella misma hubo de abrir la tranquera...»

Admite que sin la presión exigente y el deslumbramiento de la escritora Sara Vial (*La ciudad indecible*, *Un modo de cantar*, *Viaje en la arena* y *En la orilla del vuelo*, los dos últimos libros publicados por Losada, de Buenos Aires, periodista «completamente» de Valparaíso) y del periodista y profesor Roberto Silva Bijit, autor de *Me llamo Viña del Mar*, todo «habría permanecido igual, porque yo decía ¿y para qué, para qué?»

El libro, mil ejemplares (100 en papel pluma, firmados), impreso en Quillota (Colección Relámpago, Ediciones El Observador) se atrasó —según Sara Vial— «porque las correcciones de María Luisa demoran». Y es explicable: en la entrevista concedida a *Ercilla*, insistió en que desde siempre ha pensado no aumentar el caudal de la literatura «con lo que resulta inferior como obra a lo que es casi definitivo».

Trata intencionalmente —a través de la conversación— de disimular su enorme talento, poniéndose unas trampas en forma de preguntas («¿te acuerdas tú?» o «¿cómo se llamaba ése?»), haciéndose la que ya olvidó un libro, una historia o los desvíos de un personaje pero ¡guay! de quien se aventure, opinando acerca de lo que no ha leído, no domine bien o malinterprete, porque salta como una fiera, con un

rotundo: «No, no es así, qué torpeza», a lo que sigue la tormenta: una extensa y prolija noción del asunto, sus precedentes y la verdadera motivación sin asomos de pedantería.

Se aburre —o simula hacerlo— con las divagaciones extensas y parece sumergirse en otra historia anterior, pero sale de ella para continuar allí, allí mismo, en el filo de la disposición ordenada, para no perderse la probable fiesta de ver a un pedantón dar palos de ciego, que después ella convertirá en los verdaderos palos, con una impaciencia comprensiva.

Asegura que tiene más amigos «entre los muertos que entre los vivos». Que no publicará jamás la novela *El Canciller* (sobre la vida de Masaryk) y promete para las calendas griegas un libro «sobre una leyenda irlandesa. La heroína se llama Santa Brígida». «¡Shiit! Cállate. ¡No sea que Sara (Vial) y Roberto (Silva) me los quieran publicar!».

Cree que el único pecado es la envidia. («El infierno está hecho para los envidiosos, para nadie más»). Dice que no hay que hablar acerca del tiempo («con el tiempo no se juega»). El Buenos Aires que ella recuerda con fuerza y énfasis es el de los años treinta, aquél de la revista *Sur* y de Victoria Ocampo, del té con masitas, de Jorge Luis Borges y de la calle Florida, de la visita de García Lorca, que entonces «era un mago, un organizador genuino de la alegría para los demás, un personaje que se daba a sí mismo en el genio, en la amistad y en la ocurrencia», y de Pablo Neruda y Delia del Carril, de Oliverio Girondo, de Roberto Arlt.

### *Viña del Mar*

Sus novelas y cuentos no envejecen, no tienen grietas y al releerlos parecen escritos hoy día mismo. Es «el estilo perpetuamente joven», de que habla Sara Vial.

—Buena. ¿Y dónde quedó todo, la infancia, por ejemplo. Aquélla en la que los ángeles se parecían a nuestras primas mayores, las que tenían novios, iban a bailes y se ponían brillantes en el pelo, en aquella *Viña del Mar* que parecía desafiar el tiempo?

—Desapareció, se esfumó, malograda por el proletariado rico; y se volvió fea: hasta el mar se les arrancó. La taparon de rascacielos. La pusieron absurda, como para dejarla de vuelta y media a gritos y a pura pena. Es tan absurda como una novia muerta.

Fue niña contemplativa, capaz de distraerse en sí misma o en el examen del mundo que la rodeaba. Nunca habló mucho, pues «tenía miedo de que dieran en reír de mí». Los estudios eran una mezcla de imposiciones, jerarquías y disciplinas, todo perfectamente en serio. «A los ocho años yo escribía poesías y las guardaba en un cuaderno. Un día me lo encontraron y, con rabia y llanto, privada del secreto, lo rompí».

—Sí, escribía poesía. Algo sobre el copihue blanco, todo él como seda brillante,

como telaraña, nada de pulposo como son las otras flores.

Su tío Roberto fue el primer crítico, leyó y dijo: «Tiene usted, mi linda, que elegir la cosa más sin gracia que hay. Los copihues rojos, pasen; pero el blanco, qué miseria».

A los trece años la llevaron a París, desde donde inició ese extraño exilio y dispersión por el mundo (diez años en Francia, ocho en Argentina, treinta en Estados Unidos). Primeros pasos. Olores. Los colores esfumados. Las estaciones. El bullicio. El liceo Labourgère, el violín y las letras. Después la licenciatura en la Sorbonne y el desafío al mundo con esa chasquilla rebelde y eterna, que nadie le podrá quitar, a ella, la «*madame Mérimée* o Mangosta», como la bautizara Neruda.

¡Qué caudal de lecturas! La persiguió el papel impreso. Se le puso por el camino. La tentaba desde un estante o asomándose a los sillones. De noche y de día. «Mi vida literaria comenzó con el embrujo de Andersen, con el hallazgo de *Victoria*, de Knut Hamsun; con ese imposible del amor: *Werther*, de Goethe —ese mismo que se iría desdibujando con los años, por su estiramiento y retórica; con Selma Lagerlöff, todos los nórdicos, puro ensueño y tragedia, entre brumas y tentaciones».

### *Héroes y heroínas*

Más tarde, en el río de los idiomas, otros dioses vendrían «Willa Cather, porque hizo una síntesis de vida y de lenguaje, con el mayor rigor posible», «¿Scott Fitzgerald? No, no, es sofisticado e infantil». La rodean —y persiguen— los héroes, los artistas del descontento, de la abulia, del fracaso, por ejemplo «ese fantasma delicado, que casi no deseaba molestar, del marido de Teresa Raquin; o el ritmo de los amores perversos y tristísimos de Naná; o la exquisita nadería de *Malencontre*, de Guy de Chantenpleure».

¿Y otros, que abrieron la ruta de la mujer moderna? La Hedda Gabler, de Ibsen, por ejemplo, esa heroína que siempre estaba rodeada de admiradores, amenazando con irse de compras o con sacar las pistolas del coronel Gabler, antes de aburrirse terriblemente...

No, cállate, ésa no, era una teórica, una mandona, una m..., una pedante que llegó a la muerte de puro teórica. Y hasta el final porfiada, afirmando: «a mí no me exijan nada».

Tenía poco más de veinte años y ya sus heroínas empezaban a vivir dentro de ella. Es la época que enmarcan «los sueños, la neblina, las pasiones desafortunadas, los meteoros, los milagros, las mujeres con largas trenzas. He decidido que en mis libros no haya jamás una heroína que tenga pelo corto. Y es por eso que considero que escribir es algo así como ir creando un ambiente según mi tristeza, mi desencanto, mi violencia o mi fantasía».

Lo he dicho más de una vez, y eso explica la brevedad y discreción de su obra. El goce definitivo consiste «en sentir un libro y fijarlo con notas. Lo siento terminado

dentro de mí. Lo que me hastía es escribirlo». Posee lo que Colette llamó «la fobia del papel blanco» y admite que no puede escribir sin «el ritmo, el ritmo, el ritmo», porque «aunque la palabra me guste, si no entra en el ritmo, la rechazo. Busco algo que se parezca a la marea. Siempre hay una ola que se despeña, va hacia arriba, cae y vuelve para formarse de nuevo, y de repente viene otra...».

¿Son quizás esas palabras «que caen las unas sobre las otras», según el decir de Henry Miller? ¿Y que habitan en sus novelas y relatos con el mismo vigor que sus criaturas, vagamente expresionistas, liberadas por las percepciones y puestas a vivir en son de tragedia, entre los corredores, la niebla, los bosques o el fuego, entre presencias invisibles y activas?

Se detiene y elige rehuir, pero una vez, tan sólo una, en Buenos Aires, abrió esa puerta que siempre debe permanecer cerrada: «lo misterioso es para mí un mundo en el que me es grato entrar, demorarme y permanecer, aunque no más sea con el pensamiento y la imaginación».

Lo cierto es que allí, en *La última niebla* (1935), en *La amortajada* (1938) y en *La historia de María Griselda*, transitan eufóricamente o dolorosamente el fuego, el viento, la lluvia o la niebla. ¿Son acaso los agentes precursores de la tragedia, del ensueño, del amor, de lo funesto, que asedian a sus heroínas, Reina, Ana María o Griselda, todas una, la misma, la única?

Sus personajes femeninos comparten un destino: la desdicha o el fracaso. Se desorientan, son amadas, en el límite de una violación que es ofrenda. Hallan placer en el fuego y temen sucumbir en la niebla («la noche y la neblina pueden aletear en vano contra los vidrios de la ventana, no conseguirán infiltrar en este cuarto un solo átomo de muerte»).

Casi toda su obra postula la oposición entre la niebla (la frustración, el amor sin sentido, el sueño, la costumbre) y el fuego (el amante, la pasión, la aventura, la seguridad, la existencia verdadera). «Sí —acepta—. Veo en la niebla algo como la incertidumbre, lo que sentimos en la noche cuando estamos solos».

Sin embargo, por sobre todo está el cabello. Que nada tiene que ver con el fetiche y con el grito del ritual de la tribu: es un símbolo quemante y lleno de reverberaciones. «Le han cortado el pelo», dice el narrador de *La última niebla* al ver a Reina, en el final de la historia; y luego ese corte dolorosísimo en que emerge el mundo de la separación concebida como la castración de alguien: «del sueño que fue la vida, probablemente», dice María Luisa Bombal. La que termina violentamente con ese... «vislumbro en las manos del amante, enloquecido de terror, dos trenzas que de un tijeretazo han desprendido, empapadas en sangre».

—No. No es bueno asomarse hoy a ese mundo. Terminó todo. Quizá vida y muerte allí estén mezcladas. Por de pronto, las trenzas, si recuerdas, son románticas. La extraña María, de la novela de Isaacs, tenía trenzas. Además el pelo sigue creciendo después de la muerte. No hay que meter las narices donde no se debe. Hay países extraños. Total: todo está allí y «yo no soy retórica ni la maldita Hedda Gabler

y quiero aún vivir en este hermoso, triste y complicado mundo nuestro...».

## Entrevista con María Luisa Bombal

---

por Marjorie Agosín<sup>[9]</sup>

Durante julio del 77, en la soleada ciudad de Viña del Mar, Chile, tuve la oportunidad de conversar con María Luisa Bombal, que después de treinta años de ausencia regresa a Chile, su país natal.

Con unos ojos profundos, centelleantes, conservando aún esa realidad mágica y maravillosa que aparece en sus consagradas novelas como *La amortajada* y *La última niebla*, me invita a su casa blanca, de dos pisos, ubicada muy cerca del mar. Subimos por unas escaleras sonoras, antiguas, hasta llegar a su cuarto lleno de fotografías, recuerdos y cuadros. Los cerros de Valparaíso se divisan a lo lejos.

Bombal, con voz lenta, me cuenta de su querido amigo Jorge Luis Borges, quien le ayudó con la edición de *La amortajada*, de aquellos días en que escribía *La última niebla* en la cocina de Pablo Neruda en Buenos Aires. «Pablo se enojaba conmigo: me decía *Madame Mérimée* porque soy una clásica y maniática perfeccionista de la forma y estilo de mis novelas y cuentos».

También me conversa de sus personajes que acompañan a la autora, ayudándola a combatir su soledad. «La amortajada soy yo, y sé que pronto resucitará. Mi pobre María Griselda, sólo yo comprendo su tristeza. En el jardín de mi amiga Isabel, hay un árbol igual al de mi cuento (*El árbol*)».

En Chile permanece alejada del ambiente literario a pesar de haber publicado recientemente la segunda edición de la nouvelle, *La historia de María Griselda*. Su mayor alegría es reencontrar amigas de la infancia, pasearse por los parques de la ciudad y, obviamente, soñar: su única realidad existente.

A pesar de que la producción literaria de Bombal es exigua en cantidad, sus obras rompen con la literatura naturalista criollista de la época e inician las nuevas formas de la literatura contemporánea.

*MA: Su técnica narrativa ha sido clasificada de diversas maneras: como prosa surrealista, prosa poética, novela de penumbras. ¿Cómo clasificaría usted su técnica narrativa y sus propias novelas?*

*MLB: Es difícil contestar a sus preguntas tan sutiles como exactas. Trataré. ¿Mi técnica narrativa? Yo la clasificaría tanto de prosa surrealista, como de prosa poética. ¿Mis novelas? De la historia de las «penumbras» del corazón; y de nuestro goce de la naturaleza que es misterio y milagro. También a veces, de historia de una titubeante, ansiosa búsqueda de lo que llamamos el «más allá».*

*MA: Cedomil Goic comenta que usted rompe totalmente con la narrativa naturalista criollista de la literatura chilena. ¿Considera dicho comentario exacto?*

*MLB: Sí, me atrevo a decir que no sólo rompí e incité a romper con la narrativa*

naturalista criollista en la literatura chilena, sino también con la narrativa de igual naturaleza en algunos otros de nuestro países latinoamericanos. Quiero decir con esa literatura que es sólo «descripción» de un existir, hechos y vicisitudes. Sí, creo haber insinuado y hecho aceptar en nuestra novela aquel otro medio de expresión: el de dar énfasis y primera importancia no a la mera narrativa de hechos, sino a la íntima, secreta historia de las inquietudes y motivos que los provocaran ser o les impidieran ser.

*MA: Directores argentinos comentan que usted también rompe con las tendencias criollo-realistas del cine argentino en su conocido guión La casa del recuerdo, interpretada por Libertad Lamarque.*

*MLB:* Tuve esa suerte. El cine argentino comenzaba. Sus temas eran realistas, el tango su única música. Sucedió que Luis Saslavsky, director dentro de este cine, me pidió un guión escrito especial para Libertad. Fue éste *La casa del recuerdo*, guión cuyo tema romántico del fin de siglo argentino abrió la veta a nuevos argumentos igualmente románticos así como al canto y una música de fondo universales.

*MA: ¿Qué autores, aspectos, acontecimientos han influido en su obra?*

*MLB:* Acontecimientos que han significado cambios bruscos, radicales —ya sean tristes, ya afortunados— han influido por cierto en mi vida, pensamiento y obra. Pero ello sería largo de contarle. Toda una vida.

En cuanto a los autores que usted me pregunta haber influido en mi obra, mi primera reacción es decirle: ninguno. Porque me parece y siento haber nacido junto con mis libros... así como se cree el haber nacido con su destino.

Sin embargo, pensándolo más, me encuentro con dos autores que sí han inspirado e influido en mí y en mi obra. Hans Christian Andersen, cuyos cuentos mi madre nos leía a mí y mis dos hermanas en aquellas tardes de nuestra infancia. Nos los leía en alta voz, traduciéndolos directamente del alemán, de un libro que fuera la traducción y versión completa de la obra del gran dinamarqués. Los cuentos de Andersen: pensamiento y poesía, tierno juego y fantasía que no nos cansábamos de escuchar. Lejanas tardes, televisión de ayer...

La otra influencia: Knut Hamsun, el casi místico noruego. Su primer libro *Victoria* —breve novela del enigma y conflicto de dos seres con su propio corazón— fue y sigue siendo la novela de amor que yo también hubiera deseado escribir.

*MA: ¿Hasta qué punto sus personajes pertenecen a una esfera común?*

*MLB:* No podría decirlo. Me lo pregunto yo misma. Recuerdo algunos. Yolanda, por ejemplo, de mi cuento *Las islas nuevas*. Yolanda, que esconde el ala naciente en su hombro, ¿hasta qué punto pertenece a una esfera común?

El capitán pirata de mi cuento *Lo secreto*, que en su buque náufrago y hundido empieza a sospechar y luego a comprender que tanto él como su tripulación han muerto... están en el infierno, y habiendo perdido para siempre toda posibilidad de reconciliarse con Dios. ¿Hasta qué punto este capitán que llaman «El Terrible» pertenece a una esfera común?

Ana María de mi novela *La amortajada*; ella también, una muerta. Pero una muerta que vive la experiencia de un pensar y sentimientos que no conoció ni pudo haber conocido en vida...

Así como Brígida, de mi cuento *El árbol*, la siempre-niña que vive y convive con ese árbol... Y mi dulce a la par que ardiente heroína de *La última niebla* cuya vida es soñar y ensoñar... Y María Griselda, aquella tímida, trágica, inconsciente beldad... Me pregunto hasta qué punto escapan de la esfera humana y común.

MA: *¿Es su Historia de María Griselda una continuación de La amortajada?*

MA: *¿La música puede relacionarse con la niebla en cuanto al aspecto interior psicológico?*

MLB: ¡Esa sí que es pregunta no tan sólo compleja sino además, capciosa... por lo personal! Trataré, sin embargo, de contestarla. La música, así como la niebla significan, son para mí... silencio. Un silencio que acalla en nosotros ese mundo de banalidades, obligaciones y dolores de la vida cotidiana... para dejarnos momentáneamente oír y escuchar ese canto cuidadosamente escondido dentro de nuestro mundo interior.

MA: *En sus libros aparece el motivo del cabello como visión temática de la mujer. ¿Por qué el cabello?*

MLB: La cabellera me parece no sólo aquello más estrechamente unido a la belleza en la mujer, sino además el arranque más evidente y vivo que une a todo ser con la naturaleza. Porque: explíqueme usted la razón de ser que nuestros cabellos sigan creciendo aún después que nuestro cuerpo ha muerto.

MA: *¿A qué se debe la interiorización y hasta cierto punto el escape de sus personajes? ¿Existe una relación de tipo social en que la mujer es desplazada debido a su sociedad burguesa?*

MLB: Esa interiorización y escape que usted anota en mis personajes se debe a la propia manera de sentir de ellos mismos. Ciertamente es, sin embargo, que debido a la sociedad burguesa en que les tocaba vivir, mis personajes-mujeres se encontraban un tanto desplazadas en el aspecto social. Porque más sentimentales y abnegadas, se retraían de mutuo acuerdo para vivir —o no vivir— calladamente sus decepciones, deseos y pasiones. Quisiera agregar por mi cuenta que no creo que los derechos sociales reconocidos oficialmente en la actualidad a la mujer puedan hacer cambiar lo íntimo de su naturaleza. Creo que somos y seguiremos siendo la eterna mujer. La idealista, sensible, sacrificada, ávida ante todo de dar y recibir amor.

MA: *¿En qué quedó su tan esperado libro El Canciller?*

MLB: *El Canciller, The Foreign Minister*, obra de teatro que escribí directo en inglés, entusiasmó a mi agente literario americano, y fue seriamente considerado el ser producida por uno de los más importantes directores de teatro en Norteamérica. En Inglaterra también la estudiaron y consideraron agentes y directores igualmente importantes.

Pero sucedía que el tema de pieza —drama romántico, aunque de técnica muy

moderna— tenía como base de inspiración un acontecimiento oficial, entonces, reciente, al que los intereses «complejos» de la política del momento querían imponer, en general, una discreción y escape de mayores comentarios, sin «exponer a luz» dicho acontecimiento.

Hablo del trágico fin de Jan Masaryk, canciller e hijo del hombre que convirtiera en país independiente ese rincón de Bohemia en Europa, hijo del que fuera su libertador *and First President*. Ese trágico fin de un hombre que fuera canciller de un país ya casi sometido a un régimen comunista soviético, ¿fue suicidio o asesinato político?

Tema controversial que, si bien interesaba, la gente de teatro consideró tal vez inoportuno el producir. Pero espero, pienso, que ha llegado la hora en que esta obra mía puede ser publicada y producida en los Estados Unidos.

*MA: Usted ha declarado que le es muy difícil escribir. ¿Por qué lo hace entonces?*

*MLB: Porque a pesar de todo, es lo único que puedo y sé hacer.*

*MA: Entonces, ¿no le gusta?, ¿no es para usted un placer escribir?*

*MLB: Le contestaré con las enigmáticas palabras que contestó un autor teatral inglés, a quien formularan la misma pregunta en una entrevista junto a muchos otros escritores americanos e ingleses: To Write —dijo— is a solitary work. La soledad, Marjorie, ¿es un placer que escogería usted?*

# Entrevista con María Luisa Bombal

---

por Gloria Gálvez Lira<sup>[10]</sup>

María Luisa Bombal (1910-1980) no sólo es una escritora original y una renovadora de las letras, sino que también con ella la literatura femenina chilena alcanzó un prestigio que hasta entonces no tenía. Su creación artística dio una nueva fisonomía a las tendencias literarias vigentes diferenciándolas de las anteriores. La Bombal penetró en un mundo totalmente inexplorado, en el que el conflicto básico de sus personajes no es ya el del hombre devorado por el ambiente, sino la incomunicación proveniente de la lucha del hombre consigo mismo, cuyo final es el fracaso de la relación hombre-mujer producida por el cansancio, la infidelidad, los celos o el hastío de una vida rutinaria.

Los modos novelescos del siglo diecinueve son substituidos por el monólogo interior, la superposición de planos espaciales y temporales, la simbiosis de fantasía y realidad y el juego verbal de predominio metafórico que el surrealismo acentúa en nuestro siglo. Esta nueva visión del mundo con utilización de una técnica novelística distinta y de la cual María Luisa Bombal fue su expresión en Chile, conectó nuestra literatura con la del resto del mundo no hispánico e hispánico en un plano de universalidad, dejando su sello inconfundible.

Las ideas anteriores iniciadas en sus cuentos *El árbol*, *Las islas nuevas*, y *La historia de María Griselda*, alcanzan su expresión máxima en sus dos únicas novelas, *La última niebla* y *La amortajada*.

Sobre estos y otros temas conversé con la escritora el 11 de enero de 1979. Enérgica y apasionada, la «abeja de fuego», como la llamaba Pablo Neruda, responde a mis preguntas con una maravillosa sencillez. En sus ojos inquietos todavía se adivina aquel verde castaño profundo que debe haber sido uno de sus más grandes atributos en su juventud. Ella empezó el diálogo.

Bombal: Me eduqué en las Monjas Francesas, pero no voy a misa. Yo tengo mi entendimiento con Dios. He sido muy religiosa, pero me divorcié. —Luego de una pausa, agrega—: Fue la circunstancia. Aunque no he practicado las leyes de la Iglesia, siempre me sentí recontra católica. No me importa que la Iglesia me eche por la puerta, yo entro por la ventana.

Tuve una niñez feliz; lo único desafortunado fue que mi padre murió cuando tenía nueve años y lo adoraba. Por eso es que en mis maridos buscaba a mi padre. Con mi madre y mis hermanas viajé a Francia. Allí estudié en el colegio Notre Dame de l'Assomption. Más tarde ingresé a la Sorbonne —donde ¡por Dios que me hicieron estudiar!— y ahí me licencié en Letras con una tesis sobre Mérimée.

Regresé a Chile y después de dos años de permanencia en el país, en 1933 partí a

la Argentina con Pablo Neruda y su esposa holandesa Maruca Haggenaar. En Buenos Aires conocí a Federico García Lorca, Alfonsina Storni, Conrado Nalé y Jorge Luis Borges —mi amigo de siempre—. En la cocina de la casa de Neruda, en Corrientes, en el treinta y tres, empecé *La última niebla*, porque era ideal, espaciosa y nueva. Con Neruda fuimos grandes amigos desde muy jóvenes. También recuerdo con cariño a Gabriela Mistral.

*L: Usted se casó dos veces. ¿Le importaría referirse brevemente a sus matrimonios?*

B: Me casé muy joven con el pintor argentino Jorge Larco, pero no tuve éxito en mi matrimonio. Peleábamos mucho. El amor lo conocí con mi segundo marido, el conde Fal de Saint-Phalle, banquero francés nacionalizado americano. Con él viví treinta años en los Estados Unidos. La muerte de mi segundo marido, ocurrida en 1970, me ha afectado profundamente. Cada año que pasa, lo echo más de menos. Dicen que el tiempo hace pasar el dolor —¡mentira!—, hay seres irremplazables. Con él nunca me sentí sola.

De esta segunda unión nació mi única hija, Brigitte —o Brígida en español—, quien es hoy una brillante profesora de Matemáticas en San José, California. —Sus ojos se iluminan mientras comenta—. Ella es un genio en las matemáticas y yo que no recuerdo ni las cuatro operaciones. Siento falta de comunicación con mi hija. Los hijos se despegan y la que sufre es la madre. Los hijos no comprenden a los padres; lo he experimentado personalmente. Yo le escribo y ella manda una tarjeta de vuelta.

*L: Y los hombres, María Luisa, ¿qué piensa de los hombres?*

B: Tanto en la vida real como en la ficción he preferido a los hombres mayores. —Su primer esposo era cinco años mayor que ella y el segundo veintiocho—. Me gustaban los hombres mayores que supieran más, naturalmente buenos mozos, varoniles e inteligentes, aunque fueran pesados. A los tontos no los tolero.

*L: ¿Qué piensa del hombre latino en relación al norteamericano?*

B: Los hombres latinos —típico en *El árbol*— son mandones, indiferentes y desapegados. Los americanos son más responsables, más finos, menos inteligentes, pero sensitivos, más respetuosos de la personalidad de la mujer.

*L: El escribir, ¿es una tarea fácil o difícil para usted?*

B: Es un trabajo lento, muy lento. No escribo por escribir, sólo cuando tengo algo que decir. No soy Dumas padre. He escrito poco y me cuesta mucho; me cuesta expresarme. Construyo los libros y después los escribo y me cuesta escribirlos como los siento. Expresar muy sencillamente lo que se siente es muy difícil. Corrijo mucho, porque el estilo es sagrado y sufre con las erratas. Jamás pongo cosas desagradables en mis novelas, por estética.

*L: La felicidad y la relación hombre-mujer son temas que se destacan en sus creaciones. ¿Podría referirse a estos temas?*

B: ¿La felicidad?... La felicidad no existe. Los latinoamericanos viven buscándola. Momentos existen. La felicidad permanente no existe. La felicidad

consiste en gozar los momentos, gozar de las pequeñas cosas, la amistad, por ejemplo. Con los años una se aferra a la amistad.

La mujer tiene un destino de amar. En la relación hombre-mujer hay falta de comunicación intelectual y sexual. La vida sentimental depende del hombre. Una se enamora locamente. Él es el eje de su vida. Sin ellos está la soledad; con ellos hay apoyo y protección, ¡aunque se porten mal!

*L: Usted cree en la fantasía. Noto que en sus novelas y cuentos los personajes fluctúan en mayor o menor grado entre el plano real y la fantasía; que en los casos específicos de El árbol y La última niebla, por ejemplo, siento que las heroínas se realizan plenamente en el plano ficticio y pienso que ellas crean algo así como una segunda vida que pasa a ser tan real como la primera, llegando, a veces, a reemplazarla. ¿Está de acuerdo con esta observación?*

B: Eso es cierto. Lo que una tiene lo perfecciona en sus sueños. Es soñar lo que esto hubiera podido ser o intentar lo que se quisiera. Porque la heroína no tiene nada, inventa el personaje de sus sueños.

*L: María Luisa, ¿cuánto se identifica con sus personajes femeninos o son pura creación?*

B: Sí me identifico con ellos, sobre todo con la amortajada. No con María Griselda, la nuera de la amortajada. *La amortajada* es mi libro más importante, porque es como un estado de pasaje entre la vida y la muerte; porque desprendida de la vida, ve la vida —seres— de una manera muy indulgente y comprende muchas cosas.

*L: ¿Cree que ha recibido influencia literaria de Virginia Woolf, Katherine Mansfield o Rosamond Lehman? Después de todo, aun el título de su cuento más famoso coincide con el cuento de Katherine Mansfield The Tree. ¿Y ha recibido influencia de Freud?*

B: Ellas son otra cosa. Las admiro, pero no he recibido su influencia. Respecto a la coincidencia entre el cuento de Katherine Mansfield y el mío, no hay relación alguna. Hay títulos que son dominio público. En cuanto a Freud, no tengo nada que ver con él. Todo lo contrario, yo no creo en Freud. Es tan poco poético, ¡qué asco! Lo poquito que yo he hecho es mío.

*L: Pero ha recibido influencia del escritor noruego Knut Hamsun, ¿verdad?*

B: Sí. También he leído mucha psicología. He aprendido psicología en los clásicos y en la gente. A mí me llegaban las confidencias, yo no preguntaba nada.

*L: Su estilo diáfano, fresco, «poético», como lo ha llamado Amado Alonso, uno de sus mejores críticos, ¿a quién se lo debe?*

B: A todos los grandes clásicos. Especialmente a Mérimée y Mallarmé.

*L: ¿Qué piensa de la literatura hispanoamericana actual?*

B: Creo que hay algunos grandes prosistas argentinos: Gudiño Kieffer, Silvina Ocampo, Jorge Luis Borges. Hay grandes poetas chilenos: Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Fernando González Urizar, Juan Guzmán Cruchaga y

Sara Vial. A Cortázar, Vargas Llosa y García Márquez no los puedo soportar, porque inventan tragedias y la vida ya es bastante trágica.

*L: ¿Qué piensa de la literatura norteamericana actual?*

B: Prefiero a Sherwood Anderson, Willa Cather, William Faulkner, James Joyce y Eugene O'Neill. Es cierto que en la literatura americana no hay belleza, no hay poesía. Son libros prácticos, sin imaginación, salvo en los mencionados anteriormente y en el caso de Tennessee Williams, quien es, tal vez, el más poético de todos. Pero mis discrepancias con los Estados Unidos son solamente literarias. En el plano personal, siento el más grande sentimiento de aprecio, respeto, cariño y admiración por todo lo americano. El país es precioso y la naturaleza también. Es un país todo lo contrario de lo que la gente cree.

*L: En los Estados Unidos quieren saber por qué ha dejado de escribir.*

B: Publicaré en castellano mi novela *The Foreign Minister* —*El Canciller*—, escrita en inglés en 1954. Es una novela romántica de tema controversial inspirada en el caso de Jan Masaryk. —También habla de un libro de poesías y de su cuento *La maja y el ruiseñor* publicado por la Universidad Católica de Santiago en 1976. Este cuento forma parte de la Antología *El niño que fue*, que incluye también cuentos de otros escritores chilenos conocidos—. Es memoria de infancia, recuerdos de chica, biografía sentimental de la niñez. Mi cuento *El árbol* se estrenó en la televisión el 30 de noviembre del año pasado. El teleteatro tuvo una duración de cuarenta minutos. Me puse rabiosa, porque fue una mala adaptación.

Finalmente hablamos del Premio Nacional de Literatura. Porque este año, por quinta vez, fue candidata. Todo el mundo literario tenía la certeza de que, por fin, lo ganaría. Pero no fue así. Y María Luisa no teme comentar la razón: «No me lo han dado, porque el premio se ha convertido en algo político». Después supe que el ganador fue Rodolfo Oroz, un profesor de alemán, lingüista y filólogo.

En cambio el 8 de enero, tres días antes de esta entrevista, en el Casino de Viña del Mar, las autoridades de la Quinta Región le otorgaron el Premio Regional de Literatura Joaquín Edwards Bello (llamado así en homenaje al famoso prosista de Valparaíso), consistente en una medalla de oro y un diploma.

# María Luisa Bombal

(Escritora)

.....  
*por Edda Morales B.*<sup>[11]</sup>

Desde la terraza, en el piso 17, una panorámica visión perfila la ciudad de Viña del Mar, mientras el atardecer cubre desde el mar a los cerros junto al aroma de las flores, sobre el escritorio, en el departamento de nuestra entrevistada. Ella es María Luisa Bombal, considerada la más representativa figura del surrealismo literario.

Es la más alta prosa poética. Autora de *La última niebla* y *La amortajada*, obra donde el mundo humano muestra todo un aspecto mágico y poético y las impresiones oscilan entre la realidad y el ensueño. María Luisa Bombal ha novelado a la mujer, que ama con intensidad. Nuestra escritora se muestra emocionada por la designación: ser ella el Primer Premio Regional de Literatura Joaquín Edwards Bello, en 1978, entregado en 1979, en acto solemne en el Casino Municipal de Viña del Mar por la Secretaría de Relaciones Culturales del Gobierno de la V Región. María Luisa Bombal expresa gratitud al Gobierno de Chile por la distinción de que ha sido objeto y felicita la labor y preocupación que este Gobierno desarrolla y promueve en favor de la cultura y el arte.

María Luisa Bombal ha accedido a responder a algunas preguntas para todos los lectores de la revista.

*P. La escritora María Luisa Bombal, ¿cómo define a la mujer María Luisa Bombal?*

R. Yo diría, soy una mujer de gran carácter y temperamento, diferentes la una de la otra. Pero ambas se unifican frente a la palabra amor, y frente a la palabra paz. Una paz muy grande para todos los seres humanos.

*P. ¿Qué significa para usted La última niebla? ¿Es su obra favorita? ¿Se identifica con alguno de sus personajes?*

R. *La última niebla* tiene una gran significación por ser mi primera obra. Se ha constituido en mi favorita. Realmente la adoro, la adoro... Me identifico con las dos mujeres que aparecen, con la soñadora y con Regina, la apasionada.

*P. ¿Cuáles son sus proyectos literarios?*

R. Deseo terminar un libro que hace un tiempo he comenzado a trabajar. Quiero que sea el más grande. También he iniciado varios cuentos a los que pronto daré término, para su publicación.

*P. Como creadora, ¿puede usted decir cómo se gesta una nueva obra en su interior?*

R. No sé. Me parece que he nacido para mis obras, junto con mi destino. Las

cosas que mis sentimientos han forjado, las he vivido intensamente. Mi vida personal ha estado siempre vinculada a mi vida literaria.

*P. ¿Qué impresión o vivencia podría destacar como la más importante en su vida, y por que?*

R. Las impresiones de mi vida son tantas y tantas para destacar. Son todas las que compartí con mi segundo marido, quien me acompañó durante treinta años espiritual y materialmente.

*P. ¿Qué autor podría destacar y por qué?*

R. Todos los autores conocidos contienen algo por lo cual se destacan. Siempre revelan algo interesante, algo emocionante. Tendría que hacer una lista muy larga, para nombrarlos a todos. No tengo autores predilectos.

*P. ¿Cree usted que el recordar el ayer nos hace nacer o envejecer?*

R. Recordar el ayer, sin lugar a dudas, nos hace nacer, nacemos siempre en el presente... Siempre nacemos, jamás envejecemos... Siempre nacemos.

## «Para poder escribir debo estar contenta»

.....  
por Martín Laso<sup>[12]</sup>

María Luisa Bombal, viñamarina de nacimiento y ascendencia francesa, refinada, culta, con mucho sentido del humor y por sobre todas las cosas escritora, nos recibe en un amplio y acogedor departamento.

A María Luisa Bombal, a pesar de no haber tomado nunca los pinceles, le gusta mucho la pintura y es gran conocedora de ella a través de su primer marido, Jorge Larco, un excelente pintor argentino, de quien enviudó muy joven. Su segundo marido, Fal de Saint-Phalle era francés, de familia de banqueros, quien para seguir su carrera se nacionalizó norteamericano. Por ese motivo María Luisa vivió muchos años en Estados Unidos, donde tiene actualmente una hija norteamericana y paradójicamente doctora en matemáticas.

A pesar de haber nacido cerca del mar, confiesa que le gustan más los ríos y los bosques y que le fascina el sur de Chile. La cordillera, en cambio, la atemoriza; le gusta sólo para verla de lejos como un hermoso y gran telón de fondo.

Le gustan los caballos y los perros policiales.

Se ha acostumbrado a vivir en Santiago, donde hay más vida turística y literaria. Tiene muy buenos amigos entre la gente de letras. De ellos se refiere especialmente, con gran cariño y admiración, a Alone, Hernán Díaz Arrieta, a quien suele visitar.

Cuando vivió en Argentina escribió artículos y crítica cinematográfica en la revista *Sur* y después enviaba sus colaboraciones desde Washington. Recuerda que, estando en Buenos Aires, Libertad Lamarque le pidió que escribiera un guión cinematográfico, a lo que María Luisa Bombal accedió: fue el de la película *La casa del recuerdo*.

—¿Usted ha escrito poco o ha publicado poco?

—Hay muchas cosas que no he publicado, pero ya lo haré. Tengo que retomarlas y pulirlas.

—¿Ha publicado sólo tres obras?

—Sí. *La última niebla*, en 1934; *La amortajada*, en 1938 y *La Historia de María Griselda*. Este libro se editó primero en Quillota y después en Santiago.

—Ahora, ¿en qué está trabajando?

—Hace dos años que estoy trabajando en una novela, pero diversas circunstancias me han dado poca ocasión de concentrarme lo suficiente como para terminarla. Esto me inquieta, pues hay un personaje de esa novela que se me ha transformado en una obsesión. A veces, en sueños, lo veo sentado a los pies de mi cama, desde donde me dirige reproches porque no termino de escribir el libro. Despierto desesperada. Además estoy escribiendo dos cuentos muy lindos, uno se llama *Noche de luna*, es

muy difícil explicarlo, pues es muy sutil. El otro se llamará *El Señor de mayo*, porque trata de lo que sucede a una familia antes y después del terremoto.

—¿Cuánto se demoró en escribir *La última niebla*?

—Un año. En cada libro he demorado un año.

—De sus obras, ¿cuál considera la más importante?

—Todas. Para mí son importantes todas. Me cuesta tanto escribirlas que me enamoro de ellas.

—Sus libros, ¿le han dado dinero?

—Sí, bastante, lo que no es lo acostumbrado. Mis libros se han publicado en diversos países. Yo misma los traduje al inglés, ayudada por un diccionario. Lo curioso es que del inglés se han hecho las traducciones a los otros idiomas, no del castellano.

—¿Usted también publicaba en revistas?

—Sí. En la revista *Sur* publiqué muchos artículos y críticas cinematográficas.

—¿Conoció a Victoria Ocampo?

—¡Por supuesto! Era mi editora. En esa época yo formaba parte de los escritores jóvenes, así es que la trataba con mucho respeto. Conmigo fue muy generosa, no me cobró nunca el porcentaje que su Editorial *Sur* debía recibir por las traducciones de mi obra a otros idiomas. Yo he sido la única escritora chilena que ella publicó. Victoria Ocampo era una mujer muy interesante, muy inteligente, de figura majestuosa, dueña de una gran fortuna, de su editorial, de la revista, una verdadera reina de las letras. Invitaba a Buenos Aires a grandes escritores, como Ortega y Gasset y otros.

—¿Con qué escritores ha tenido usted amistad o se ha sentido ligada?

—Con Pablo Neruda, a quien conocí aquí, y luego traté mucho en Buenos Aires. También conocí bastante a García Lorca. Era un hombre encantador, muy entretenido, lleno de sencillez. Cuando nos reuníamos un grupo de amigos, nos recitaba apenas se lo pedíamos. Recuerdo que tenía mucho talento y gran sentido del humor.

—En *Viña y Valparaíso* hay un movimiento de escritores y poetas jóvenes. ¿A quiénes conoce de ellos?

—A Sara Vial, a quien admiro mucho. Como poeta es tan alegre, tal como es ella misma, atrayente y llena de vitalidad. Patricia Tejada es otra escritora a quien considero muy importante.

—En Santiago, ¿hace alguna vida literaria?

—Por supuesto. Me veo con muchos poetas y escritores, incluso vivo con una poeta, Isabel Velasco.

—¿Cómo es su horario para escribir?

—Antes era muy ordenado. Escribía todos los días después de almuerzo, toda la tarde; ahora ando un poco desconcentrada. Pero a menudo, mientras estoy sentada conversando o escuchando conversar a otros, de repente me encuentro escribiendo

mentalmente, tomando notas, que luego me apresuro a escribir, pero sin ponerme hora fija, sólo hasta que puedo.

—¿Sabe exactamente lo que va a escribir?

—Sé exactamente qué escena voy a escribir y dónde pondré tal o cual pensamiento. Generalmente va coincidiendo en el papel lo que yo tengo en la mente. Pero para poder escribir tengo que estar contenta, tener calma. No puedo hacerlo cuando no me siento bien. No entiendo que haya escritores que se fijan metas de tantas páginas o palabras por día. Yo creo que hay que estar en ánimo de escribir.

—De los poetas chilenos, ¿cuáles prefiere?

—Gabriela Mistral.

—¿La conoció?

—Mucho. Aún conservo cartas de ella. La conocí en Argentina, después en Estados Unidos la vi mucho; cada vez que ella iba a Washington o a Nueva York preguntaba por mí y pedía que me ubicaran para vernos. Era un ser muy encantador, muy generoso, se interesaba mucho por la gente. Era tan profunda y tan sencilla...

—¿Qué otros poetas chilenos le gustan?

—Desde luego Pablo Neruda. También Juan Guzmán Cruchaga, a quien conocí mucho en Viña. Es un poeta que no cambió con los años, es el mismo en todos sus libros. El último de ellos me pareció muy lindo. También me gusta mucho la poesía de González Urizar.

—¿Le gustan los poetas modernos?

—Hay algunos que me parecen muy buenos: Sergio Hernández, Jaime Saavedra, de trágico fin. Su libro *Recalada incierta* me gustó mucho. Isabel Velasco es una excelente poeta.

—¿Y entre los prosistas?

—González Vera, a quien conocí hace muchos años vendiendo pieles tras un mostrador. Recuerdo que Marta Brunet me lo presentó. Otro escritor que siempre me ha gustado mucho es Pedro Prado.

—¿Qué sensación tiene respecto al Premio Nacional de Literatura, o sea, qué siente cuando se lo dan a otra persona y no a usted?

—Me da un ataque de rabia, pero después se me pasa... gracias a Dios.

—¿Cómo definiría usted su fe religiosa?

—Yo creo en Dios, en la Santísima Virgen, en la Historia Sagrada, en lo que dice la Biblia. Siento la fe. He tenido épocas en mi vida en que he estado muy enojada con Dios, pero después me he dado cuenta de que es inútil. Dios gana siempre. Soy bastante religiosa, pero tengo un entendimiento especial con Dios. Voy a misa cuando quiero ir y sé que Dios me comprende.

—¿A usted le gustaría vivir hasta edad muy avanzada?

—No. No me gustaría, porque me desagrada estar enferma. Vivir sí, pero teniendo buena salud, con ánimo para disfrutar de los buenos momentos. Estar enferma es como vivir en vano.



MARÍA LUISA BOMBAL nació en Viña del Mar, Chile, el 8 de junio de 1910. A los doce años, tras la muerte de su padre, pasó a cursar estudios en París, donde residiría hasta 1931. En 1933 se estableció en Buenos Aires, donde se hospedó durante dos años en casa de Pablo Neruda y entró en contacto con el grupo de la revista Sur. En 1940 contrajo matrimonio con el conde Raphael de Saint-Phalle y pasó a residir en los Estados Unidos hasta la muerte de su esposo en 1970, fecha en que regresó a Chile. Murió el 6 de mayo de 1980.

# Notas

[\*] Novela publicada por primera vez en 1938 por Editorial Sur, en Buenos Aires, bajo la dirección de Victoria Ocampo. <<

[\*] Publicado por primera vez en la revista *Sur*, N.º 60, septiembre, 1939, pp. 20-30.

<<

[1] Esta carta, dirigida a Gabriela Mistral, fue escrita en el Hotel Crillón sólo unos días antes del que, saliendo de este mismo hotel, María Luisa Bombal divisó a Eulogio Sánchez, lo siguió, y al estar cerca de él, le disparó tres balazos. En vez de hacerse cargo del puesto ofrecido por Pedro Aguirre Cerda, la escritora estuvo cuatro meses en la cárcel por intento de asesinato. <<

[2] Esta carta, tal como la anterior, está dirigida a Gabriela Mistral. <<

[3] Las dos cartas que siguen fueron enviadas a la catedrática Gabriela Mora, quien le había solicitado información para incorporar en la Tesis de Grado que estaba escribiendo sobre la narrativa de María Luisa Bombal. <<

[4] Las cartas de la escritora a su hermana Blanca Bombal han sido proporcionadas para esta edición por Agata Gligo, autora de *María Luisa* (excelente biografía de María Luisa Bombal), publicada por Editorial Andrés Bello en 1984. <<

[5] Las tres cartas siguientes están dirigidas a Luis Meléndez y Chela Reyes. Fueron proporcionadas por Agata Gligo para esta edición. <<

[6] Se está refiriendo a la traducción al castellano de su novela *House of Mist*. Este proyecto de edición no se concretó. <<

[7] Carta enviada al escritor Manuel Peña Muñoz, quien estaba residiendo en España.

<<

[8] Carta a Jorge Luis Borges en la cual le solicita «Página Preliminar» para la edición de su obra en inglés (New Islands. Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 1982). <<

[9] Carta dirigida a Lucía Guerra y Richard Cunningham. <<

[10] Error de fecha. Evidentemente corresponde a 1979. <<

[11] Carta a editor de Editorial Orbe en Argentina. <<

[1] *La Nación* de Buenos Aires, 13 de julio de 1939. <<

[2] *La Nación* de Santiago, Chile, 31 de diciembre de 1961. <<

[3] *El Mercurio*, 18 de febrero de 1962. <<

[4] *Eva*, N.º 1139, 3 de febrero de 1967. <<

[5] *La Nación*, Santiago, 21 de noviembre de 1971. <<

[6] *La Patria*, 21 de abril de 1974. <<

[7] *Qué pasa*, 13 de noviembre de 1975. <<

[8] *Ercilla*, 14 de septiembre de 1976. <<

[9] *The American Hispanist*, vol. III, N.º 21, noviembre 1977. <<

[10] Entrevista realizada el 11 de enero de 1979 e incluida en el libro de Gloria Gálvez Lira titulado *María Luisa Bombal: realidad y fantasía* (Potomac, Maryland: Scripta Humanistica, 1986). <<

[11] *El Correo de Valdivia*, 3 de agosto de 1979. <<

[12] *Qué Pasa*, N.º 471, 24 de abril de 1980. <<